



SALESIANOS
DON BOSCO-CHILE



TRABAJO Y TEMPLANZA

- 6 -

SCRUTINIUM
ORATIONIS

*“Que la Palabra de Cristo resida en ustedes con toda su riqueza.
Instrúyanse en la verdadera sabiduría,
corrigiéndose los unos a los otros.
Canten a Dios con gratitud y de todo corazón
salmos, himnos y cantos inspirados.
Todo lo que puedan decir o realizar,
háganlo siempre en nombre del Señor Jesús,
dando gracias por él a Dios Padre”.*
(Col. 3, 16-17)

*“Dócil al Espíritu Santo,
Don Bosco vivió la experiencia de una oración humilde,
llena de confianza y apostólica,
que de modo espontáneo enlazaba la oración con la vida(...)
La oración salesiana es gozosa y creativa, sencilla y profunda;
se abre a la participación comunitaria,
conecta con la vida y en ella se prolonga”.*
(Cons. 86)

SCRUTINIUM
ORATIONIS

INTRODUCCIÓN

“Los religiosos, bebiendo en los manantiales auténticos de la espiritualidad cristiana, han de cultivar con interés constante el espíritu de oración y la oración misma” (PC. 6).

Este es un compendio sobre la **Oración** que te ayudarán en tu discernimiento personal y comunitario, en la fidelidad del seguimiento de Jesús, como sus discípulos y misioneros, a través del carisma salesiano.

En la primera parte, encontrarás una serie de fuentes bíblicas, (textos) que iluminan el camino y ponen el horizonte de lo que el Señor quiere de cada uno, y de nuestras comunidades hoy. Además el camino eclesial, el Magisterio de la Iglesia y carismático, una propuesta hecha concreta en la historia en don Bosco.

En la segunda parte, están los “scrutinium” siempre a nivel personal y comunitario, que permite no sólo un intenso examen de conciencia, sino además un verdadero “impulso pastoral” en nuestro camino con el Señor.

En la tercera parte, encontraremos algunas propuestas de celebración de la fe, que nos permiten en la comunidad vivir la alegría cotidiana del encuentro con el Señor y nutrirnos para “comunicar la alegría de la fe”.

Espero que estos textos, más allá de ser un insumo en nuestro itinerario formativo permanente y de vida comunitaria, sean especialmente un camino que nos anime en el proceso de conversión personal y pastoral al interior de todas nuestras comunidades, y nos vitalicen continuamente en esta hermosa tarea de acompañar, y custodiar la vida de las personas que el Señor pone a nuestro lado, especialmente los jóvenes más pobres.

PRIMERA PARTE

NOTAS PARA LA REFLEXIÓN



1. PALABRA DE DIOS

“Jesús recorría todas las ciudades y los pueblos, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Noticia del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias. Al ver a la multitud, tuvo compasión, porque estaban fatigados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: “La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para su cosecha”. (Mt 9, 35-38)

“En esos días, Jesús se retiró a una montaña para orar, y pasó toda la noche en oración con Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos y eligió a doce de ellos, a los que dio el nombre de Apóstoles”. (Lc 6, 12-13)

“Un día en que Jesús oraba a solas y sus discípulos estaban con él, les preguntó: “¿Quién dice la gente que soy yo?”. Ellos le respondieron: “Unos dicen que eres Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, alguno de los antiguos profetas que ha resucitado”. “Pero ustedes, les preguntó, ¿quién dicen que soy yo?”. Pedro, tomando la palabra, respondió: “Tú eres el Mesías de Dios”. Y él les ordenó terminantemente que no lo dijieran a nadie”. (Lc. 9, 18)

“Entonces quitaron la piedra, y Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo: “Padre, te doy gracias porque me oíste. Yo sé que siempre me oyes, pero lo he dicho por esta gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado”. (Jn 11, 41-42)

“Y yo rogaré al Padre, y él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes: el Espíritu de la Verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Ustedes, en cambio, lo conocen, porque él permanece con ustedes y estará en ustedes”. (Jn. 14, 16-17)

“¡Simón!, ¡Simón!, mira que Satanás ha pedido poder para zarandearlos como el trigo, pero yo he rogado por ti, para que no te falte la fe. Y tú, después que hayas vuelto, confirma a tus hermanos”. (Lc. 22, 31-32)

“Después Jesús les enseñó con una parábola que era necesario orar siempre sin desanimarse: “En una ciudad había un juez que no temía a Dios ni le importaban los hombres; y en la misma ciudad vivía una viuda que recurría a él, diciéndole: “Te ruego que me hagas justicia contra mi adversario”. Durante mucho tiempo el juez se negó, pero después dijo: “Yo no temo a Dios ni me importan los hombres, pero como esta viuda me molesta, le haré justicia para que no venga continuamente a fastidiarme”” (Lc. 18, 1-5)

“También les aseguro que si dos de ustedes se unen en la tierra para pedir algo, mi Padre que está en el cielo se lo concederá. Porque donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, yo estoy presente en medio de ellos”. (Mt 18, 19-20)

“Por eso les digo: Cuando pidan algo en la oración, crean que ya lo tienen y lo conseguirán. Y cuando ustedes se pongan de pie para orar, si tienen algo en contra de alguien, perdónenlo, y el Padre que está en el cielo les perdonará también sus faltas”. (Mc. 11, 24-25)

“Y yo haré todo lo que ustedes pidan en mi Nombre, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si ustedes me piden algo en mi Nombre, yo lo haré”. (Jn 14, 13-14)

“Si ustedes permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y lo obtendrán”. (Jn. 15, 7)

“Les aseguro que todo lo que pidan al Padre, él se lo concederá en mi Nombre. Hasta ahora, no han pedido nada en mi Nombre. Pidan y recibirán, y tendrán una alegría que será perfecta”. (Jn. 16, 23b-24)

“Eleven constantemente toda clase de oraciones y súplicas, animados por el Espíritu. Dedíquense con perseverancia incansable a interceder

por todos los hermanos, y también por mí, a fin de que encuentre palabras adecuadas para anunciar resueltamente el misterio del Evangelio, del cual yo soy embajador en medio de mis cadenas. ¡Así podré hablar libremente de él, como debo hacerlo!”. (Ef. 6, 18-20)

“Cuando se reúnan, reciten salmos, himnos y cantos espirituales, cantando y celebrando al Señor de todo corazón. Siempre y por cualquier motivo, den gracias a Dios, nuestro Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo”. (Ef. 5, 19-20)

“El dirigió durante su vida terrena súplicas y plegarias, con fuertes gritos y lágrimas, a aquel que podía salvarlo de la muerte, y fue escuchado por su humilde sumisión”. (Hb 5, 7)

“En primer lugar, doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo, a causa de todos ustedes, porque su fe es alabada en el mundo entero. Dios, a quien tributo un culto espiritual anunciando la Buena Noticia de su Hijo, es testigo de que yo los recuerdo constantemente, pidiendo siempre en mis oraciones que pueda encontrar, si Dios quiere, la ocasión favorable para ir a visitarlos”. (Rom 1, 8-10)

“Igualmente, el mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad porque no sabemos orar como es debido; pero el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que sondea los corazones conoce el deseo del Espíritu y sabe que su intercesión en favor de los santos está de acuerdo con la voluntad divina”. (Rom 8, 26-27)

“Todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios ¡Abba!, es decir, ¡Padre!”. (Rom 8, 14-15)

“Pensando en esto, rogamos constantemente por ustedes a fin de que Dios los haga dignos de su llamado, y lleve a término en ustedes, con su poder, todo buen propósito y toda acción inspirada en la fe. Así el nombre del Señor Jesús será glorificado en ustedes, y ustedes en él, conforme a la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo”. (2Tes 1, 11-12)

“No dejo de dar gracias a Dios siempre que me acuerdo de ti en mis oraciones, 5 porque he oído hablar del amor y de la fe que manifiestas hacia el Señor Jesús y en favor de todos los santos”. (Flm. 4-5)

“También los saluda Epafras, su compatriota, este servidor de Cristo Jesús que ora incansablemente por ustedes, para que se mantengan firmes en la perfección, cumpliendo plenamente la voluntad de Dios”. (Col. 4, 12)

“Que la Palabra de Cristo resida en ustedes con toda su riqueza. Instrúyanse en la verdadera sabiduría, corrigiéndose los unos a los otros. Canten a Dios con gratitud y de todo corazón salmos, himnos y cantos inspirados. Todo lo que puedan decir o realizar, háganlo siempre en nombre del Señor Jesús, dando gracias por él a Dios Padre”. (Col 3, 16-17)

“Ustedes también nos ayudarán con su oración, y de esa manera, siendo muchos los que interceden por nosotros, también serán muchos los que darán gracias por el beneficio recibido”. (2Cor 1, 11)

“Tenemos plena confianza de que Dios nos escucha si le pedimos algo conforme a su voluntad. Y sabiendo que él nos escucha en todo lo que le pedimos, sabemos que ya poseemos lo que le hemos pedido. (1 Jn. 5, 14-15)

2. PADRES DE LA IGLESIA

“El santo abba Antonio, mientras vivía en el desierto, cayó en la acedia y se oscurecieron sus pensamientos. Dijo a Dios: “Señor, quiero salvar mi alma, pero los pensamientos no me dejan. ¿Qué he de hacer en mi aflicción? ¿Cómo me salvaré?”. Poco después, cuando se levantaba para irse, vio Antonio a un hombre como él, trabajando sentado, que se levantaba de su trabajo para orar, y sentábase de nuevo para trenzar una cuerda, y se alzaba para orar, y era un ángel del Señor, enviado para corregir y consolar a Antonio. Y oyó al ángel que le decía: “Haz esto y serás salvo”. Al oír estas palabras sintió mucha alegría y fuerza, y obrando de esa manera se salvó”. (San Antonio Abad).

“Le preguntaron también los hermanos: “Entre todas las virtudes cuál exige mayor esfuerzo?”. Les dijo: “Perdonadme, creo que no hay trabajo igual al de orar a Dios. Cada vez que el hombre quiere orar, los enemigos se esfuerzan por impedirselo, pues saben que sólo los detiene la oración a Dios. En toda obra buena que emprenda el hombre, llegará al descanso si persevera en ella, pero en la oración se necesita combatir hasta el último suspiro””. (Abad Agatón)

“Veneramos al Creador de este universo, de quien afirmamos como lo hemos aprendido que no necesita víctimas sangrientas, ni libaciones, ni incienso; Lo alabamos lo más que podemos, mediante el lenguaje de la oración, y agradeciendo todo cuanto se nos procura; ya que hemos aprendido que la única manera de honrarlo, digna de El, no consiste en consumir por el fuego los bienes que El produce para nuestra subsistencia, sino en usarlos para nosotros mismos y procurárselos a los indigentes; consiste en ofrecerle solemnidades e himnos, expresando

con la palabra nuestro reconocimiento por haber recibido de El la vida, todos los medios de acrecentar el vigor de ésta, las cualidades distintivas de las clases de seres, y el sucederse de las estaciones; también dirigimos a El nuestras súplicas para alcanzar, cuando nos corresponda, la inmortalidad, en razón de la fe que en El depositamos”. (S. Justino)

“La actividad que le conviene a la dignidad de la inteligencia es la oración; o dicho de otro modo, es el más adecuado y mejor empleo de ésta”. (Evagrio del Ponto)

“Cuando, por el ‘deseo ardiente’ del amor, la ‘inteligencia’ emigra hacia Dios, entonces ella ya no siente en absoluto a ningún ser. Iluminada del todo por la infinita luz de Dios, queda insensible a cuanto El ha creado; así como el ojo no ve ya las estrellas al levantarse el sol. Todas las virtudes ayudan a la ‘inteligencia’ a llegar al ‘deseo ardiente’ de Dios; pero más que ninguna, la oración pura.

Gracias a ella, elevándose hacia Dios como sobre alas, la ‘inteligencia’ se desprende de todos los seres. Y cuando la ‘inteligencia’, arrebatada de amor por el conocimiento de Dios, y desprendida

de los seres, percibe la infinitud divina, entonces, atemorizada como el divino Isaías, toma conciencia de su propia bajeza y es llevada a decir las palabras del profeta: «¿Ay de mí! Estoy perdido. Porque soy un hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros. ¿Y con mis ojos he visto al Rey, al Señor de las Potencias!» (Isaías 6,5)” (Máximo el Confesor)

«Nada hay mejor que la oración y coloquio con Dios...Me refiero, claro está, a aquella oración que no se hace por rutina, sino

de corazón, que no queda circunscrita a unos determinados momentos, sino que se prolonga sin cesar día y noche».

«La oración es luz del alma, verdadero conocimiento de Dios, mediadora entre Dios y los hombres. Por ella nuestro espíritu, elevado hasta el cielo, abraza a Dios con abrazos inefables; por ella nuestro espíritu espera el cumplimiento de sus propios anhelos y recibe unos bienes que superan todo lo natural y visible».

«La oración no es el efecto de una actitud exterior, sino que procede del corazón. No se reduce a unas horas o momentos determinados, sino que está en continua actividad, lo mismo de día que de noche. No hay que contentarse con orientar a Dios el pensamiento cuando se dedica exclusivamente a la oración; sino que, aun cuando se encuentre absorbida por otras preocupaciones (...) hay que sembrarlas del deseo y el recuerdo de Dios». (S. Juan Crisóstomo)

“Cuando oráis a Dios con salmos e himnos, que sienta el corazón lo que profiere la voz”. “Tu deseo es tu oración; si el deseo es continuo, continua también es la oración. No en vano dijo el Apóstol: Orad sin cesar. ¿Acaso sin cesar nos arrodillamos, nos prosternamos, elevamos nuestras manos, para que pueda afirmar: Orad sin cesar? Si decimos que sólo podemos orar así, creo que es imposible orar sin cesar. Pero existe otra oración interior y continua, que es el deseo. Cualquiera cosa que hagas, si deseas aquel reposo sabático, no interrumpes la oración. Si no quieres dejar de orar, no interrumpas el deseo. Tu deseo continuo es tu voz, es decir, tu oración continua. Callas cuando dejas de amar. ¿Quiénes se han callado? Aquellos de quienes se ha dicho: Al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría.

La frialdad en el amor es el silencio del corazón; el fervor del amor es el clamor del corazón. Mientras la caridad permanece, estás clamando siempre; si clamas siempre deseas siempre; y, si deseas, te acuerdas de aquel reposo. Todo mi deseo está en tu presencia. ¿Qué sucederá delante de Dios está el deseo y no el gemido? Pero ¿cómo va a ocurrir esto, si el gemido es la voz del deseo? Por eso añade el salmo: No se te ocultan mis gemidos. Para ti no están ocultos; sin embargo, para muchos hombres lo están. Algunas veces el humilde siervo de Dios afirma: No se te ocultan mis gemidos. De vez e cuando puede advertirse que también sonríe el siervo de Dios: ¿puede acaso, por su risa, deducirse que murió en su corazón aquel deseo? Si tu deseo está en tu interior también lo está el gemido; quizá el gemido no llega siempre a los oídos del hombre, pero jamás se aparta de los oídos de Dios”. (S.Agustín)

“A más de otras enseñanzas y preceptos divinos, con los cuales encaminó a su pueblo a la salvación, Cristo nos enseñó también la forma de orar, él mismo nos inculcó y enseñó las cosas que hemos de pedir. Quien nos dio la vida nos enseñó también a orar, con aquella misma benignidad con que se dignó dar y conferir los demás dones, para que, al hablar ante el Padre con la misma oración que el Hijo enseñó, más fácilmente seamos escuchados.

El Señor había ya predicho que se acercaba la hora en que los verdaderos adoradores adorarían al Padre en espíritu y en verdad; y cumplió lo que antes había prometido, de manera que nosotros, que por su santificación hemos recibido el espíritu y la verdad, también por su enseñanza podamos adorar en verdad y en espíritu.

¿Pues qué otra oración en espíritu puede haber fuera de la que nos fue dada por Cristo, el mismo que nos envió el Espíritu Santo? ¿Qué otra plegaria puede haber que sea en verdad ante el Padre, sino la pronunciada por boca del Hijo, que es la misma verdad? Hasta tal punto, que orar de manera distinta de la que él nos enseñó no sólo es ignorancia, sino también culpa, ya que él mismo dijo: Anuláis el mandamiento de Dios por seguir vuestras tradiciones.

Oremos, pues, hermanos muy amados, tal como Dios, nuestro maestro, nos enseñó. A Dios le resulta familiar y aceptable la oración, cuando oramos con la que es suya, cuando llega a sus oídos la oración del mismo Cristo”. (s. Cipriano)

“Donde está el corazón del hombre, allí está también su tesoro; pues Dios no acostumbra a negar la dádiva buena a los que se la piden. Por eso, porque Dios es bueno y porque es bueno sobre todo para los que esperan en él, adhirámonos a él, unámonos a él con toda el alma, con todo el corazón, con todas nuestras fuerzas, para estar así en su luz y ver su gloria y gozar del don de los deleites celestiales; elevemos nuestro corazón y permanezcamos y vivamos adheridos a este bien que supera todo lo que podamos pensar o imaginar y que confiere una paz y tranquilidad perpetuas, esta paz que está por encima de toda aspiración de nuestra mente”. (S. Ambrosio)

“La oración es una ofrenda espiritual que ha eliminado los antiguos sacrificios. ¿Qué me importa -dice- el número de vuestros sacrificios? Estoy harto de holocaustos de carneros, de grasa de becerros; la sangre de toros, corderos y chivos no me agrada. ¿Quién pide algo de vuestras manos?

El Evangelio nos enseña qué es lo que pide el Señor: Llega la hora -dice- en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque Dios es espíritu y, por esto, tales son los adoradores que busca. Nosotros somos los verdaderos adoradores y verdaderos sacerdotes, ya que, orando en espíritu, ofrecemos el sacrificio espiritual de la oración, la ofrenda adecuada y agradable a Dios, la que él pedía, la que él preveía”.
(Tertuliano)

3. MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Sacrosanctum Concilium (CVII, 1963)

10. LITURGÍA, CUMBRE Y FUENTE DE LA VIDA ECLESIAL

“No obstante, la Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan para alabar a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor. Por su parte, la Liturgia misma impulsa a los fieles a que, saciados “con los sacramentos pascuales”, sean “concordes en la piedad”; ruega a Dios que “conserven en su vida lo que recibieron en la fe”, y la renovación de la Alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo. Por tanto, de la Liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin”.

90. FUENTE DE PIEDAD

“El Oficio divino, en cuanto oración pública de la Iglesia, es, además, fuente de piedad y alimento de la oración personal. Por eso se exhorta en el Señor a los sacerdotes y a cuantos participan en dicho Oficio, que al rezarlo, la mente concuerde con la voz, y para conseguirlo mejor adquieran una instrucción litúrgica y bíblica más rica, principalmente acerca de los salmos”.

Evangelica Testificatio (Pablo VI 1971)

RENOVACIÓN Y CRECIMIENTO ESPIRITUAL

42. DESEO DE DIOS

“¿Cómo no vais a desear, queridos religiosos y religiosas, conocer mejor a Aquél que amáis y queréis manifestar a los hombres? ¡Con El os une la oración! Si hubierais perdido el gusto por ésta, sentiríais nuevamente el deseo poniéndoos humildemente a orar. No olvidéis por lo demás el testimonio de la historia: la fidelidad a la oración o el abandono de la misma son el paradigma de la vitalidad o de la decadencia de la vida religiosa”.

43. ORACIÓN

“Descubrimiento de la intimidad divina, exigencia de adoración, necesidad de intercesión: la experiencia de la santidad cristiana nos demuestra la fecundidad de la oración, en la cual Dios se manifiesta al espíritu y al corazón de sus siervos. El Señor nos da este conocimiento de si mismo en el fuego del amor. Son múltiples los dones del Espíritu, pero ellos nos permiten siempre gustar este conocimiento íntimo y verdadero del Señor, sin el cual no lograríamos ni comprender el valor de la vida cristiana y religiosa, ni poseer la fuerza para progresar en ella con la alegría de una esperanza que no decepciona”.

44. EL ESPÍRITU DE ORACIÓN PENETRA LA VIDA FRATERNA

“Ciertamente el Espíritu Santo os da también la gracia de descubrir el rostro del Señor en el corazón de los hombres, que El mismo os enseña a amar como hermanos. Y os ayuda a recoger las manifestaciones de su amor en medio de la trama

de los acontecimientos. Con la atención humildemente dirigida hacia los hombres y hacia las cosas, el Espíritu de Jesús nos ilumina y nos enriquece con su sabiduría, con tal de que estemos profundamente penetrados por el espíritu de oración”.

45. NECESIDAD DE VIDA INTERIOR

“¿No es quizá una de las miserias de nuestro tiempo el desequilibrio “entre las condiciones colectivas de la existencia y las exigencias del pensamiento personal y de la misma contemplación”? ¡Muchos hombres -y entre ellos muchos jóvenes- han perdido el sentido de su propia vida y están ansiosamente en busca de las dimensiones contemplativas de su ser, sin pensar que Cristo, por medio de su Iglesia, podría dar una respuesta a sus expectativas! Hechos de este tipo os deberían llevar a reflexionar seriamente sobre lo que los hombres tienen derecho a esperar de vosotros, que os habéis comprometido formalmente a vivir al servicio del Verbo, “la luz verdadera que ilumina a todo hombre”. Tened pues conciencia de la importancia de la oración en vuestra vida y aprended a dedicaros generosamente a ella: la fidelidad a la oración cotidiana seguirá siendo para cada uno y cada una de vosotros una necesidad fundamental y debe ocupar el primer puesto en vuestras constituciones y en vuestra vida”.

46. SILENCIO

“El hombre interior ve en el tiempo de silencio como una exigencia del amor divino, y le es normalmente necesaria una cierta soledad para sentir a Dios que le “habla al corazón”. Es necesario subrayarlo: un silencio que fuese simplemente ausencia de ruido o de palabras, en el cual no podría templarse el alma, estaría evidentemente privado de todo valor espiritual y

podría por el contrario servir de perjuicio a la caridad fraterna, si en aquel momento fuese urgente entrar en contacto con los demás. En cambio, la búsqueda de la intimidad con Dios lleva consigo la necesidad verdaderamente vital de un silencio de todo el ser, ya sea para quienes deben encontrar a Dios incluso en medio del estruendo, ya sea para los contemplativos. La fe, la esperanza, un amor a Dios dispuesto a acoger los dones del Espíritu, como también un amor fraterno abierto al misterio de los demás, implican como exigencia propia una necesidad de silencio”.

47. VIDA LITÚRGICA

“Finalmente, ¿es necesario recordaros el puesto especialísimo que ocupa en la vida de vuestras comunidades la liturgia de la Iglesia cuyo centro es el sacrificio eucarístico, en el cual la oración interior se une al culto externo?. En el momento de vuestra profesión religiosa, habéis sido ofrecidos a Dios por la Iglesia, en íntima unión con el sacrificio eucarístico. Día tras día, este ofrecimiento de vosotros mismos debe convertirse en realidad, concreta y continuamente vivida. La comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo es la fuente primaria de tal renovación; vuestra voluntad de amar verdaderamente y hasta la donación de la vida se robustezca incesantemente en ella”.

48. LA EUCHARISTÍA, CORAZÓN DE LA COMUNIDAD Y FUENTE DE VIDA

“Reunidas en su nombre, vuestras comunidades tienen de por sí como centro la Eucaristía “sacramento de amor, signo de unidad, vínculo de caridad”. Es pues normal que ellas se encuentren visiblemente reunidas en torno a un oratorio, donde la presencia de la sagrada Eucaristía expresa y realiza a la vez lo que debe

ser la principal misión de toda familia religiosa, como, por otra parte, de toda asamblea cristiana. La Eucaristía, gracias a la cual no cesamos de anunciar la muerte y la resurrección del Señor y de prepararnos a su venida gloriosa, trae constantemente a la memoria los sufrimientos físicos y morales que agobiaron a Cristo y que sin embargo habían sido aceptados libremente por El hasta la agonía y la muerte en la cruz. Las pruebas que vais a encontrar, sean para vosotros la ocasión de llevar juntamente con el Señor y ofrecer al Padre tantas desgracias y sufrimientos injustos que afligen a nuestros hermanos y a los cuales sólo el sacrificio de Cristo puede dar, en la fe, un significado”.

49. FECUNDIDAD ESPIRITUAL PARA EL MUNDO

“De esta manera, también el mundo está presente en el centro de vuestra vida de oración y de ofrenda, como el Concilio ha explicado vigorosamente: “Y nadie piense que los religiosos, por su consagración, se hacen extraños a los hombres o inútiles para la sociedad terrena. Por que, si bien en algunos casos no sirven directamente a sus contemporáneos, los tienen sin embargo presentes de manera más íntima en las entrañas de Cristo y cooperan espiritualmente con ellos, para que la edificación de la ciudad terrena se funde siempre en el Señor y se ordene a El, no sea que trabajen en vano quienes la edifican””.

Perfectae Caritatis (CVII, 1965)

6. ANTE TODO HAN DE CULTIVAR LA VIDA ESPIRITUAL

“Por esta razón los miembros de los Institutos, bebiendo en los manantiales auténticos de la espiritualidad cristiana, han de cultivar con interés constante el espíritu de oración y la oración misma. En primer lugar, manejen cotidianamente la

Sagrada Escritura para adquirir en la lectura y meditación de los sagrados Libros “el sublime conocimiento de Cristo Jesús”. Fieles a la mente de la Iglesia, celebren la sagrada Liturgia y, principalmente, el sacrosanto Misterio de la Eucaristía no sólo con los labios, sino también con el corazón, y sacien su vida espiritual en esta fuente inagotable. Alimentados así en la mesa de la Ley divina y del sagrado Altar, amen fraternalmente a los miembros de Cristo, reverencien y amen con espíritu filial a sus pastores y vivan y sientan más y más con la Iglesia y conságrense totalmente a su misión”.

Mutuae relationes (Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares, 1978)

16. ABSOLUTA NECESIDAD DE LA “UNIÓN CON DIOS”

“La misión, que tiene en el Padre su origen, está exigiendo a cada uno de los enviados que explicita la conciencia de su caridad en el diálogo de la oración. De ahí que, en estos tiempos de renovación apostólica, como siempre por lo demás, cuando se trata de una tarea apostólica, el primer lugar se ha de dar a la contemplación de Dios, a la meditación de su designio de salvación y a la reflexión sobre los signos de los tiempos a la luz del Evangelio, de suerte que la oración se alimente y robustezca en calidad y frecuencia.

Es sin duda una necesidad apremiante, para todos, el tener en gran consideración la oración y el recurrir a ella.

Los Obispos y sus colaboradores, los Presbíteros (cfr. LG 25; 27; 28; 41) dedicados a la oración y al ministerio de la palabra (Act. 6, 4), dispensadores de los misterios de Dios (1 Cor. 4, 1) pongan todo su empeño en que aquellos que les han sido

confiados vivan concordes en la oración y, mediante la recepción de los sacramentos, crezcan en gracia y sean fieles testigos del Señor (CD 15).

Los religiosos, por su parte, habiendo sido llamados a ser como profesionales de la oración (Pablo VI, 28.X.1966) a Dios... ante todo busquen y amen y, en cualesquiera situaciones, esfuércense en fomentar la vida escondida con Cristo en Dios (Col. 3, 3), de donde procede y apremia el amor del prójimo (PC 6).

Por disposición de la divina Providencia, no pocos fieles sienten hoy día un impulso interior que les lleva a reunirse, a escuchar el Evangelio, meditar profundamente y contemplar con mayor elevación. Por ello, en vista de la eficacia misma de la misión, es absolutamente indispensable que todos, y antes que nadie los Pastores, se dediquen a la oración; asimismo es necesario que los Institutos religiosos conserven íntegra su propia forma de entrega a Dios, tanto promoviendo la noble misión que en este campo llevan a cabo las comunidades de vida contemplativa, como haciendo que los religiosos dedicados a la acción apostólica cultiven su propia íntima unión con Dios y den testimonio de ella abiertamente (cfr. PC 8)".

Dimensión contemplativa de la vida religiosa (Plenaria SCRIS, 1980)

5. LA ORACIÓN RENOVADA

“La oración es el aliento indispensable de toda dimensión contemplativa: en estos tiempos de renovación apostólica como siempre por lo demás, cuando se trata de una tarea apostólica, el primer lugar se ha de dar a la contemplación de Dios, a la meditación de su plan de salvación y a la reflexión sobre los signos de los tiempos a la luz del Evangelio, de suerte que la

oración pueda alimentarse y crecer en calidad y en frecuencia.

De este modo la oración, abierta a la realidad de la creación y de la historia, se convierte en reconocimiento, adoración y alabanza constante de la presencia de Dios en el mundo y en su historia, eco de una vida solidaria con los hermanos, sobre todo con los pobres y los que sufren.

Pero esa oración, personal y comunitaria, se evidencia tan solo si el corazón del religioso o religiosa alcanza un grado elevado de vitalidad y de intensidad en el diálogo con Dios y en la comunión con Cristo Redentor del hombre.

Por eso, en el ritmo a veces fatigoso de las tareas apostólicas, la oración personal y comunitaria habrá de tener sus momentos cotidianos y semanales cuidadosamente elegidos y suficientemente prolongados. Esos momentos se completarán con experiencias más intensas de recogimiento y de oración realizadas mensual y anualmente”.

Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa (Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares, 1983)

28. LA ORACIÓN

“La vida religiosa no se puede sostener sin una profunda vida de oración, individual, comunitaria y litúrgica. El religioso, que abraza una vida de total consagración, está llamado a conocer al Señor resucitado con un conocimiento ferviente y personal y a conocerle como a uno con el cual se está personalmente en comunión: « Esta es la vida eterna: conocer al único Dios verdadero y a Jesucristo a quien El ha enviado

» (Jn 17, 3). Su conocimiento en la fe trae consigo el amor: « aun sin verle le amasteis y sin verle todavía os alegráis ya con gozo tan glorioso que no se puede describir (1 Pt 1, 8). Este gozo de amor y conocimiento, se produce de muchas maneras, pero fundamentalmente, y como medio necesario y básico, a través de encuentros personales y comunitarios con Dios en la oración. Aquí es donde el religioso encuentra «la concentración de su corazón en Dios» (DmC 1), que unifica vida y misión”.

29. “Así como ocurrió con Jesús, en cuya vida la oración como acto diferenciado, ocupó un espacio amplio y esencial, el religioso necesita orar para ahondar su unión con Dios (cf Lc 5, 16). La oración es, además, una condición necesaria para proclamar el Evangelio (cf Mc 1, 35-38). Viene a ser el contexto de todas las decisiones y acontecimientos importantes (cf Lc 6, 12-13). También como en Jesús, el hábito de oración es necesario si el religioso quiere lograr aquella visión contemplativa de las cosas por la que Dios se revela, por la fe, en los acontecimientos ordinarios de la vida (cf DmC 1). Esta es la dimensión contemplativa que Iglesia y mundo tienen derecho a esperar del religioso, por el hecho de su consagración. Dimensión que debe ser robustecida con tiempos prolongados, dedicados exclusivamente a la adoración del Padre, a amarle y a ponerse silenciosamente a su escucha. Por esta razón, Pablo VI insistía: «La fidelidad a la oración diaria sigue siendo siempre una necesidad fundamental para el religioso. La oración debe tener un lugar preferencial en vuestras constituciones y en vuestras vidas » (ET 45)”.

30. “Al decir « en vuestras constituciones », Pablo VI nos recuerda que para el religioso la oración no es sólo volverse la persona amorosamente hacia Dios, sino también una respuesta comunitaria de adoración, intercesión, alabanza y

acción de gracias, que debe ser regulada en forma estable (cf ET 43). No puede dejarse al caso. A nivel de cada instituto, de cada provincia y de cada comunidad, son necesarias normas concretas para que la oración adquiriera profundidad y madurez en la vida religiosa, individual y comunitariamente. Sólo a través de la oración será capaz el religioso, en último término, de responder a su consagración; pero la oración comunitaria tiene una función importante en orden a proporcionar el necesario apoyo espiritual. Cada religioso tiene derecho a ser ayudado por la presencia y ejemplo de los otros miembros de la comunidad en oración. Cada uno tiene el privilegio y la obligación de orar con los otros y de participar con ellos en la liturgia, que viene a ser el centro unificador de sus vidas. Esta ayuda mutua estimula el esfuerzo por vivir la vida de unión con el Señor, a la cual los religiosos son llamados. « La gente tiene que sentir que alguien está obrando a través de ti. En la medida en que vives tu total consagración a Dios, estás comunicando algo de El y es El en último término Aquél por quien el corazón humano está suspirando » (Juan Pablo II, Altötting)».

Vita Consecrata (Juan Pablo II, 1996)

93. UN DECIDIDO COMPROMISO DE VIDA ESPIRITUAL

“Una de las preocupaciones manifestadas varias veces en el Sínodo ha sido el que la vida consagrada se nutra en las fuentes de una sólida y profunda espiritualidad. Se trata, en efecto, de una exigencia prioritaria radicada en la esencia misma de la vida consagrada, desde el momento que, como cualquier bautizado pero por motivos aún más apremiantes, quien profesa los consejos evangélicos está obligado a aspirar con todas sus

fuerzas a la perfección de la caridad. Este es un compromiso subrayado vigorosamente por los innumerables ejemplos de santos fundadores y fundadoras, y de tantas personas consagradas que han testimoniado la fidelidad a Cristo hasta llegar al martirio. Aspirar a la santidad: este es en síntesis el programa de toda vida consagrada, también en la perspectiva de su renovación en los umbrales del tercer milenio. Un programa que debe empezar dejando todo por Cristo (cf. Mt 4, 18-22; 19, 21.27; Lc 5, 11), anteponiéndolo a cualquier otra cosa para poder participar plenamente en su misterio pascual.

San Pablo lo había entendido bien cuando exclamaba: « Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús [...] y conocerle a El, el poder de su resurrección » (Flp 3, 8.10). Es también la senda indicada desde el principio por los Apóstoles, como recuerda la tradición cristiana en Oriente y en Occidente: « Los que actualmente siguen a Jesús abandonándolo todo por El, imitan a los Apóstoles que, respondiendo a su invitación, renunciaron a todo lo demás. Por esta razón tradicionalmente se suele hablar de la vida religiosa como apostólica vivendi forma ». La misma tradición ha puesto también de relieve en la vida consagrada la dimensión de una peculiar alianza con Dios, más aún, de una alianza sponsal con Cristo, de la que san Pablo fue maestro con su ejemplo (cf. 1 Co 7, 7) y con su doctrina proclamada bajo la guía del Espíritu (cf. 1 Co 7, 40).

Podemos decir que la vida espiritual, entendida como vida en Cristo, vida según el Espíritu, es como un itinerario de progresiva fidelidad, en el que la persona consagrada es guiada por el Espíritu y conformada por El a Cristo, en total comunión de amor y de servicio en la Iglesia.

Todos estos elementos, calando hondo en las varias formas de vida consagrada, generan una espiritualidad peculiar, esto es, un proyecto preciso de relación con Dios y con el ambiente circundante, caracterizado por peculiares dinamismos espirituales y por opciones operativas que resaltan y representan uno u otro aspecto del único misterio de Cristo. Cuando la Iglesia reconoce una forma de vida consagrada o un Instituto, garantiza que en su carisma espiritual y apostólico se dan todos los requisitos objetivos para alcanzar la perfección evangélica personal y comunitaria.

La vida espiritual, por tanto, debe ocupar el primer lugar en el programa de las Familias de vida consagrada, de tal modo que cada Instituto y cada comunidad aparezcan como escuelas de auténtica espiritualidad evangélica. De esta opción prioritaria, desarrollada en el compromiso personal y comunitario, depende la fecundidad apostólica, la generosidad en el amor a los pobres y el mismo atractivo vocacional ante las nuevas generaciones. Lo que puede conmover a las personas de nuestro tiempo, también sedientas de valores absolutos, es precisamente la cualidad espiritual de la vida consagrada, que se transforma así en un fascinante testimonio”.

94. A la Escucha de la Palabra de Dios

“La Palabra de Dios es la primera fuente de toda espiritualidad cristiana. Ella alimenta una relación personal con el Dios vivo y con su voluntad salvífica y santificadora. Por este motivo la lectio divina ha sido tenida en la más alta estima desde el nacimiento de los Institutos de vida consagrada, y de manera particular en el monacato. Gracias a ella, la Palabra de Dios llega a la vida, sobre la cual proyecta la luz de la sabiduría que es don del Espíritu. Aun cuando toda la Sagrada Escritura sea

« útil para enseñar » (2 Tm 3, 16) y « fuente límpida y perenne de vida espiritual », una particular veneración merecen los escritos del Nuevo Testamento, sobre todo los Evangelios, que son « el corazón de todas las Escrituras ». Será, pues, de gran ayuda para las personas consagradas la meditación asidua de los textos evangélicos y de los demás escritos neotestamentarios, que ilustran las palabras y los ejemplos de Cristo y de la Virgen María, y la apostólica vivendi forma. A ellos se han referido constantemente fundadores y fundadoras a la hora de acoger la vocación y de discernir el carisma y la misión del propio Instituto.

La meditación comunitaria de la Biblia tiene un gran valor. Hecha según las posibilidades y las circunstancias de la vida de comunidad, lleva al gozo de compartir la riqueza descubierta en la Palabra de Dios, gracias a la cual los hermanos y las hermanas crecen juntos y se ayudan a progresar en la vida espiritual. Conviene incluso que se proponga esta práctica también a los otros miembros del Pueblo de Dios, sacerdotes y laicos, promoviendo del modo más acorde al propio carisma escuelas de oración, de espiritualidad y de lectura orante de la Escritura, en la que Dios « habla a los hombres como amigos (cf. Ex 33, 11; Jn 15, 14-15), trata con ellos (Ba 3, 38) para invitarlos y recibirlos en su compañía».

Como enseña la tradición espiritual, de la meditación de la Palabra de Dios, y de los misterios de Cristo en particular, nace la intensidad de la contemplación y el ardor de la actividad apostólica. Tanto en la vida religiosa contemplativa como en la activa, siempre han sido los hombres y mujeres de oración quienes, como auténticos intérpretes y ejecutores de la voluntad de Dios, han realizado grandes obras. Del contacto asiduo con la Palabra de Dios han obtenido la luz necesaria para el discernimiento

personal y comunitario que les ha servido para buscar los caminos del Señor en los signos de los tiempos. Han adquirido así una especie de instinto sobrenatural que ha hecho posible el que, en vez de doblarse a la mentalidad del mundo, hayan renovado la propia mente, para poder discernir la voluntad de Dios, aquello que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto (cf. Rm 12, 2)».

95. EN COMUNIÓN CON CRISTO

“El medio fundamental para alimentar eficazmente la comunión con el Señor es sin duda la sagrada liturgia, especialmente la Celebración eucarística y la Liturgia de las Horas.

Ante todo la Eucaristía, que « contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres », corazón de la vida eclesial y también de la vida consagrada. Quien ha sido llamado a elegir a Cristo como único sentido de su vida en la profesión de los consejos evangélicos, ¿cómo podría no desear instaurar con El una comunión cada vez más íntima mediante la participación diaria en el Sacramento que lo hace presente, en el sacrificio que actualiza su entrega de amor en el Gólgota, en el banquete que alimenta y sostiene al Pueblo de Dios peregrino? Por su naturaleza la Eucaristía ocupa el centro de la vida consagrada, personal y comunitaria. Ella es viático cotidiano y fuente de la espiritualidad de cada Instituto. En ella cada consagrado está llamado a vivir el misterio pascual de Cristo, uniéndose a El en el ofrecimiento de la propia vida al Padre mediante el Espíritu. La asidua y prolongada adoración de la Eucaristía permite revivir la experiencia de Pedro en la Transfiguración: « Bueno es estarnos aquí ». En la celebración del misterio del Cuerpo y Sangre del Señor se afianza e incrementa la unidad y la caridad

de quienes han consagrado su existencia a Dios.

Junto con la Eucaristía, y en íntima relación con ella, la Liturgia de las Horas, celebrada comunitaria o individualmente según la índole de cada Instituto y en unión con la oración de la Iglesia, manifiesta la vocación a la alabanza y a la intercesión propia de las personas consagradas. También el esfuerzo de una continua conversión y de una necesaria purificación, que las personas consagradas realizan mediante el sacramento de la Reconciliación, está íntimamente vinculado a la Eucaristía. Ellas, a través del encuentro frecuente con la misericordia de Dios, renuevan y acrisolan su corazón, al mismo tiempo que, reconociendo humildemente sus pecados, hacen transparente la propia relación con El. La gozosa experiencia del perdón sacramental, en el camino compartido con los hermanos y hermanas, hace dócil el corazón y alienta el compromiso por una creciente fidelidad. Para progresar en el camino evangélico, especialmente en el periodo de formación y en ciertos momentos de la vida, es de gran ayuda el recurso humilde y confiado a la dirección espiritual, merced a la cual la persona recibe ánimos para responder con generosidad a las mociones del Espíritu y orientarse decididamente hacia la santidad.

Exhorto, en fin, a todas las personas consagradas a que renueven cotidianamente, según las propias tradiciones, su unión espiritual con la Virgen María, recorriendo con ella los misterios del Hijo, particularmente con el rezo del Santo Rosario”.

La vida fraterna en comunidad (Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, 1994)

12. ESPIRITUALIDAD Y ORACIÓN COMÚN

“En su componente místico primario, toda auténtica comunidad cristiana aparece «en sí misma una realidad teologal objeto de contemplación». De ahí que la comunidad religiosa sea ante todo un misterio que ha de ser contemplado y acogido con un corazón lleno de reconocimiento en una límpida dimensión de fe.

Cuando se olvida esta dimensión mística y teologal, que la pone en contacto con el misterio de la comunión divina presente y comunicada a la comunidad, se llega irremediabilmente a perder también las razones profundas para «hacer comunidad», para la construcción paciente de la vida fraterna. Ésta, a veces, puede parecer superior a las fuerzas humanas y antojarse como un inútil derroche de energías, sobre todo en personas intensamente comprometidas en la acción y condicionadas por una cultura activista e individualista.

El mismo Cristo que los ha llamado convoca cada día a sus hermanos y hermanas para conversar con ellos y para unirlos a sí y entre ellos en la Eucaristía, para convertirlos progresivamente en su Cuerpo vivo y visible, animado por el Espíritu, en camino hacia el Padre.

La oración en común, que se ha considerado siempre como la base de toda vida comunitaria, parte de la contemplación del Misterio de Dios, grande y sublime, de la admiración de su presencia, operante en los momentos más significativos de nuestras familias religiosas, así como también en la humilde realidad cotidiana de nuestras comunidades”.

13. “Como una respuesta a la advertencia del Señor «velad y orad» (Lc 21,36), la comunidad religiosa debe ser vigilante y tomar el tiempo necesario para cuidar la calidad de su vida. A veces la jornada de los religiosos y religiosas, que «no tienen

tiempo», corre el riesgo de ser demasiado afanosa y ansiosa, y por lo mismo puede terminar por cansar y agotar. En efecto, la comunidad religiosa está ritmada por un horario para dar determinados tiempos a la oración, y especialmente para que se pueda aprender a dar tiempo a Dios (vacare Deo).

La oración hay que entenderla también como tiempo para estar con el Señor para que pueda obrar en nosotros, y entre las distracciones y las fatigas pueda invadir la vida, confortarla y guiarla, para que, al fin, toda la existencia pueda realmente pertenecerle”.

14. “Una de las adquisiciones más valiosas de estos decenios, reconocida y estimada por todos, ha sido el redescubrimiento de la oración litúrgica por parte de las familias religiosas.

La celebración en común de la Liturgia de las Horas, o al menos de alguna de ellas, ha revitalizado la oración de no pocas comunidades, que han alcanzado un contacto más vivo con la Palabra de Dios y con la oración de la Iglesia.

En nadie, por tanto, puede debilitarse la convicción de que la comunidad se construye a partir de la Liturgia, sobre todo de la celebración de la Eucaristía y de los otros sacramentos. Entre éstos merece una renovada atención el sacramento de la reconciliación, a través del cual el Señor aviva la unión con Él y con los hermanos.

A imitación de la primera comunidad de Jerusalén (cf Hech 2,42), la Palabra, la Eucaristía, la oración en común, la asiduidad y la fidelidad a la enseñanza de los Apóstoles y de sus sucesores, ponen en contacto con las grandes obras de Dios que, en este contexto, se hacen luminosas y generan alabanza, gratitud, alegría, unión de corazones, apoyo en las dificultades comunes

de la convivencia diaria y fortalecimiento recíproco en la fe.

Desgraciadamente, la disminución de sacerdotes puede hacer imposible en algunos sitios la participación diaria en la santa Misa. A pesar de ello hay que tener la preocupación de adquirir una conciencia, cada vez más profunda, del gran don de la Eucaristía, y de colocar en el centro de la vida el Sagrado Misterio del Cuerpo y de la Sangre del Señor, vivo y presente en la comunidad para sostenerla y animarla en su camino hacia el Padre. De aquí se deduce la necesidad de que cada casa religiosa tenga, como centro de la comunidad, su oratorio, donde sea posible alimentar la propia espiritualidad eucarística, mediante la oración y la adoración.

Efectivamente, es en torno a la Eucaristía celebrada o adorada, «vértice y fuente» de toda la actividad de la Iglesia, donde se construye la comunión de los espíritus, premisa para todo crecimiento en la fraternidad. «De aquí debe partir toda forma de educación para el espíritu comunitario».

15. “La oración en común alcanza toda su eficacia cuando está íntimamente unida a la oración personal. En efecto, oración común y oración personal están en estrecha relación y son complementarias entre sí. En todas partes, pero especialmente en ciertas regiones y culturas, es necesario subrayar más el momento de la interioridad, de la relación filial con el Padre, del diálogo íntimo y sponsal con Cristo, de la profundización personal de cuanto se ha celebrado y vivido en la oración comunitaria, del silencio interior y exterior, que deja espacio para que la Palabra y el Espíritu puedan regenerar las profundidades más ocultas. La persona consagrada que vive en comunidad alimenta su consagración ya con el constante coloquio personal con Dios, ya con la alabanza y la intercesión

comunitaria”.

16. “La oración en común se ha enriquecido en estos últimos años con diversas formas de expresión y participación.

Especialmente fructuosa para muchas comunidades ha sido la participación en la Lectio divina y en las reflexiones sobre la Palabra de Dios, así como la comunicación de las experiencias personales de fe y de las preocupaciones apostólicas. La diferencia de edad, de formación, de carácter, aconsejan ser prudentes en exigirla indistintamente a toda la comunidad: es bueno recordar que no se pueden precipitar los tiempos de su realización.

Esta comunicación, donde se practica espontáneamente y de común acuerdo, nutre la fe y la esperanza, así como la estima y la confianza recíproca, favorece la reconciliación y alimenta la solidaridad fraterna en la oración”.

17. “Las palabras del Señor, «orar siempre sin desfallecer» (Lc 18,1; cf 1 Tes 5,17), valen tanto para la oración personal como para la comunitaria. La comunidad religiosa, en efecto, vive constantemente ante su Señor, de cuya presencia debe tener continua conciencia. Sin embargo, la oración común tiene sus propios ritmos, cuya frecuencia (diaria, semanal, mensual, anual) es determinada por el derecho propio de cada instituto.

La oración en común, que reclama fidelidad en el horario, exige también y sobre todo perseverancia: «Porque en virtud de la perseverancia y del consuelo que nos vienen de las Escrituras, mantenemos viva nuestra esperanza (...), a fin de que con un solo espíritu y una sola voz demos gloria a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Rom 15,4-6).

La fidelidad y la perseverancia ayudarán también a superar

creativa y sabiamente las dificultades, propias de algunas comunidades, como la diversidad de tareas y, por tanto, de horarios, la sobrecarga absorbente de trabajo y las diversas formas de cansancio”.

18. “La oración a la Bienaventurada Virgen María, animada por el amor hacia ella, que nos conduce a imitarla, hace que su presencia ejemplar y maternal sea una gran ayuda en la fidelidad diaria a la oración (cf Hech 1,14), llegando a convertirse en vínculo de comunión para la comunidad religiosa.

La Madre del Señor contribuirá a configurar las comunidades religiosas según el modelo de “su” familia, la Familia de Nazaret, lugar que las comunidades religiosas deben frecuentar espiritualmente, porque allí se vivió de un modo admirable el Evangelio de la comunión y de la fraternidad”.

19. “También el impulso apostólico es sostenido y alimentado por la oración común. Por un lado, es una fuerza misteriosa transformante que abraza todas las realidades para redimir y ordenar el mundo; y, por otro, encuentra su estímulo en el ministerio apostólico: en las alegrías y en las dificultades cotidianas. Éstas se transforman en ocasión para buscar y descubrir la presencia y la acción del Señor”.

20. “Las comunidades religiosas más apostólicas y más vivas evangélicamente -contemplativas o activas- son las que poseen una rica experiencia de oración. En un momento como el nuestro, en el que se asiste a un cierto despertar de la búsqueda de la trascendencia, las comunidades religiosas pueden llegar a ser lugares privilegiados donde se experimentan los caminos que conducen a Dios.

«Como familia unida en el nombre del Señor, (la comunidad religiosa) es, por su misma naturaleza, el lugar donde se ha de poder alcanzar especialmente la experiencia de Dios y comunicársela a los demás»; en primer lugar a los propios hermanos de comunidad.

Las personas consagradas a Dios, hombres y mujeres, ¿dejarán de asistir a esta cita con la historia, no respondiendo a la «búsqueda de Dios» que sienten nuestros contemporáneos, induciéndoles, acaso, a buscar en otra parte, por caminos equivocados, cómo saciar su hambre de Absoluto?».

Caminar desde Cristo (Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, 2002)

25. ORACIÓN Y CONTEMPLACIÓN

“La oración y la contemplación son el lugar de la acogida de la Palabra de Dios y, a la vez, ellas mismas surgen de la escucha de la Palabra. Sin una vida interior de amor que atrae a sí al Verbo, al Padre, al Espíritu (cf. Jn 14, 23) no puede haber mirada de fe; en consecuencia, la propia vida pierde gradualmente el sentido, el rostro de los hermanos se hace opaco y es imposible descubrir en ellos el rostro de Cristo, los acontecimientos de la historia quedan ambiguos cuando no privados de esperanza, la misión apostólica y caritativa degenera en una actividad dispersiva.

Toda vocación a la vida consagrada ha nacido de la contemplación, de momentos de intensa comunión y de una profunda relación de amistad con Cristo, de la belleza y de la luz que se ha visto resplandecer en su rostro. Allí ha

madurado el deseo de estar siempre con el Señor —«¡qué hermoso es estar aquí!» (Mt 17, 4)— y de seguirlo. Toda vocación debe madurar constantemente en esta intimidad con Cristo. «Vuestro primer cuidado, por tanto —recuerda Juan Pablo II a las personas consagradas—, no puede estar más que en la línea de la contemplación. Toda realidad de vida consagrada nace cada día y se regenera en la incesante contemplación del rostro de Cristo».

Los monjes y las monjas, así como los eremitas, con diversa modalidad, dedican más espacio a la alabanza coral de Dios y a la oración silenciosa prolongada. Los miembros de los institutos seculares, así como las vírgenes consagradas en el mundo, ofrecen a Dios los gozos y los sufrimientos, las aspiraciones y las súplicas de todos los hombres y contemplan el rostro de Cristo que reconocen en los rostros de los hermanos y en los hechos de la historia, en el apostolado y en el trabajo de cada día. Las religiosas y los religiosos dedicados a la enseñanza, a los enfermos, a los pobres encuentran allí el rostro del Señor. Para los misioneros y los miembros de las Sociedades de vida apostólica el anuncio del Evangelio se vive, a ejemplo del apóstol Pablo, como auténtico culto (cf. Rm 1, 6). Toda la Iglesia goza y se beneficia de la pluralidad de formas de oración y de la variedad de modos de contemplar el único rostro de Cristo.

Al mismo tiempo se nota que, ya desde hace muchos años, la Liturgia de las Horas y la celebración de la Eucaristía han conseguido un puesto central en la vida de todo tipo de comunidad y de fraternidad, dándoles vitalidad bíblica y eclesial. Esas favorecen también la mutua edificación y pueden convertirse en un testimonio para ser, delante de Dios

y con Él, «la casa y la escuela de comunión». Una auténtica vida espiritual exige que todos, en las diversas vocaciones, dediquen regularmente, cada día, momentos apropiados para profundizar en el coloquio silencioso con Aquél por quien se saben amados, para compartir con Él la propia vida y recibir luz para continuar el camino diario. Es una práctica a la que es necesario ser fieles, porque somos acechados constantemente por la alienación y la disipación provenientes de la sociedad actual, especialmente de los medios de comunicación. A veces la fidelidad a la oración personal y litúrgica exigirá un auténtico esfuerzo para no dejarse consumir por un activismo destructor. En caso contrario no se produce fruto: «Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí» (Jn 15, 4)”.

26. LA EUCARISTÍA LUGAR PRIVILEGIADO PARA EL ENCUENTRO CON EL SEÑOR

“Dar un puesto prioritario a la espiritualidad quiere decir partir de la recuperada centralidad de la celebración eucarística, lugar privilegiado para el encuentro con el Señor. Allí Él se hace nuevamente presente en medio de sus discípulos, explica las Escrituras, hace arder el corazón e ilumina la mente, abre los ojos y se hace reconocer (cf. Lc 24, 13-35). La invitación de Juan Pablo II hecha a los consagrados es particularmente vibrante: «Encontradlo, queridísimos, y contempladlo de modo especial en la Eucaristía, celebrada y adorada cada día, como fuente y culmen de la existencia y de la acción apostólica». En la Exhortación apostólica *Vita consecrata* exhortaba a participar diariamente en el Sacramento de la Eucaristía y a su asidua y prolongada adoración.⁸⁰ La Eucaristía, memorial del sacrificio del Señor, corazón de la vida de la Iglesia y de cada comunidad,

aviva desde dentro la oblación renovada de la propia existencia, el proyecto de vida comunitaria, la misión apostólica. Todos tenemos necesidad del viático diario del encuentro con el Señor, para incluir la cotidianidad en el tiempo de Dios que la celebración del memorial de la Pascua del Señor hace presente.

Aquí se puede llevar a cabo en plenitud la intimidad con Cristo, la identificación con Él, la total conformación a Él, a la cual los consagrados están llamados por vocación.⁸¹ En la Eucaristía, efectivamente, el Señor Jesús nos asocia a sí en la propia oferta pascual al Padre: ofrecemos y somos ofrecidos. La misma consagración religiosa asume una estructura eucarística: es total oblación de sí estrechamente asociada al sacrificio eucarístico.

Aquí se concentran todas las formas de oración, viene proclamada y acogida la Palabra de Dios, somos interpelados sobre la relación con Dios, con los hermanos, con todos los hombres: es el sacramento de la filiación, de la fraternidad y de la misión. Sacramento de unidad con Cristo, la Eucaristía es contemporáneamente sacramento de la unidad eclesial y de la unidad de la comunidad de consagrados. En definitiva, es «fuente de la espiritualidad de cada uno y del Instituto».

Para que produzca con plenitud los esperados frutos de comunión y de renovación no pueden faltar las condiciones esenciales, sobre todo el perdón y el compromiso del amor mutuo. Según la enseñanza del Señor, antes de presentar la ofrenda sobre el altar es necesaria la plena reconciliación fraterna (cf. Mt 5, 23). No se puede celebrar el sacramento de la unidad permaneciendo indiferentes los unos con los otros. Se debe, por tanto, tener presente que estas condiciones esenciales son también fruto y signo de una Eucaristía bien celebrada.

Porque es sobre todo en la comunión con Jesús eucaristía donde nosotros alcanzamos la capacidad de amar y de perdonar. Además, cada celebración debe convertirse en la ocasión para renovar el compromiso de dar la vida los unos por los otros en la acogida y en el servicio. Entonces, para la celebración eucarística valdrá verdaderamente, en modo eminente, la promesa de Cristo: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20), y, en torno a ella, la comunidad se renovará cada día.

En estas condiciones, la comunidad de los consagrados que vive el misterio pascual, renovado cada día en la Eucaristía, se convierte en testimonio de comunión y signo profético de fraternidad para la sociedad dividida y herida. De la Eucaristía nace, efectivamente, la espiritualidad de comunión, tan necesaria para establecer el diálogo de la caridad que el mundo de hoy tanto necesita”. (Caminar desde Cristo 26)

27. EL ROSTRO DE CRISTO EN LA PRUEBA

“Vivir la espiritualidad en un continuo caminar desde Cristo significa comenzar siempre a partir del momento más alto de su amor —cuyo misterio guarda la Eucaristía—, cuando en la cruz Él da la vida en la máxima oblación. Los que han sido llamados a vivir los consejos evangélicos mediante la profesión no pueden menos que frecuentar la contemplación del rostro del Crucificado. Es el libro en el que se aprende qué es el amor de Dios y cómo son amados Dios y la humanidad, la fuente de todos los carismas, la síntesis de todas las vocaciones. La consagración, sacrificio total y holocausto perfecto, es el modo sugerido a ellos por el Espíritu Santo para revivir el misterio de Cristo crucificado, venido al mundo para dar su vida en rescate por todos (cf. Mt 20, 28; Mc 10, 45) y para responder a su infinito amor.

La historia de la vida consagrada ha expresado esta configuración a Cristo en muchas formas ascéticas que «han sido y son aún una ayuda poderosa para un auténtico camino de santidad. La ascesis ... es verdaderamente indispensable a la persona consagrada para permanecer fiel a la propia vocación y seguir a Jesús por el camino de la Cruz». Hoy las personas consagradas, aun conservando la experiencia de los siglos, están llamadas a encontrar formas que estén en consonancia con nuestro tiempo. En primer lugar las que acompañan la fatiga del trabajo apostólico y aseguran la generosidad del servicio. La cruz que hay que llevar hoy sobre sí cada día (cf. Lc 9, 23) puede adquirir valores colectivos, como el envejecimiento del Instituto, la inadecuación estructural, la incertidumbre del futuro.

Ante tantas situaciones de dolor personales, comunitarias, sociales, desde el corazón de cada persona o de toda la comunidad puede resonar el grito de Jesús en la cruz: «¿Por qué me has abandonado?» (Mc 15, 34). En aquel grito dirigido al Padre, Jesús da a entender que su solidaridad con la humanidad se ha hecho tan radical que penetra, comparte y asume todo lo negativo, hasta la muerte, fruto del pecado. «Para devolver al hombre el rostro del Padre, Jesús debió no sólo asumir el rostro del hombre, sino cargarse incluso del `rostro' del pecado».

Caminar desde Cristo significa reconocer que el pecado está todavía radicalmente presente en el corazón y en la vida de todos, y descubrir en el rostro doliente de Cristo el don que reconcilió a la humanidad con Dios.

A lo largo de la historia de la Iglesia las personas consagradas han sabido contemplar el rostro doliente del Señor también fuera de ellos. Lo han reconocido en los enfermos, en los encarcelados, en los pobres, en los pecadores. Su lucha ha sido sobre todo

contra el pecado y sus funestas consecuencias; el anuncio de Jesús: «Convertíos y creed al Evangelio» (Mc 1, 15) ha movido sus pasos por los caminos de los hombres y ha dado esperanza de novedad de vida donde reinaba desaliento y muerte. Su servicio ha llevado a tantos hombres y mujeres a experimentar el abrazo misericordioso de Dios Padre en el sacramento de la Penitencia. También hoy es necesario proponer nuevamente con fuerza este ministerio de la reconciliación (cf. 2Co 5, 18) confiado por Jesucristo a su Iglesia. Es el *mysterium pietatis*⁸⁸ del que los consagrados y consagradas están llamados a hacer frecuente experiencia en el Sacramento de la Penitencia.

Hoy se muestran nuevos rostros, en los cuales reconocer, amar y servir el rostro de Cristo allí donde se ha hecho presente: son las nuevas pobrezas materiales, morales y espirituales que la sociedad contemporánea produce. El grito de Jesús en la cruz revela cómo ha asumido sobre sí este mal para redimirlo. La vocación de las personas consagradas sigue siendo la de Jesús y, como Él, asumen sobre sí el dolor y el pecado del mundo consumiéndolos en el amor”.

Ecclesia in America (Juan Pablo II, 1999)

29. GUIADOS POR EL ESPÍRITU SANTO HACIA NUEVO ESTILO DE VIDA

“La oración tanto personal como litúrgica es un deber de todo cristiano. « Jesucristo, evangelio del Padre, nos advierte que sin Él no podemos hacer nada (cf. Jn 15, 5). Él mismo en los momentos decisivos de su vida, antes de actuar, se retiraba a un lugar solitario para entregarse a la oración y la contemplación, y pidió a los Apóstoles que hicieran lo mismo ». A sus discípulos, sin excepción, el Señor recuerda: « Entra en tu aposento y, después de cerrar la

puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto » (Mt 6, 6). Esta vida intensa de oración debe adaptarse a la capacidad y condición de cada cristiano, de modo que en las diversas situaciones de su vida pueda volver siempre « a la fuente de su encuentro con Jesucristo para beber el único Espíritu (1 Co 12, 13)». En este sentido, la dimensión contemplativa no es un privilegio de unos cuantos en la Iglesia; al contrario, en las parroquias, en las comunidades y en los movimientos se ha de promover una espiritualidad abierta y orientada a la contemplación de las verdades fundamentales de la fe: los misterios de la Trinidad, de la Encarnación del Verbo, de la Redención de los hombres, y las otras grandes obras salvíficas de Dios”.

Encíclica Deus Caritas Est (Benedicto XVI, 2005)

37. “Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo. Obviamente, el cristiano que reza no pretende cambiar los planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca más bien el encuentro con el Padre de Jesucristo, pidiendo que esté presente, con el consuelo de su Espíritu, en él y en su trabajo. La familiaridad con el Dios personal y el abandono a su voluntad impiden la degradación del hombre, lo salvan de la esclavitud de doctrinas fanáticas y terroristas. Una actitud auténticamente religiosa evita que el hombre se erija en juez de Dios, acusándolo de permitir la miseria sin sentir compasión por sus criaturas. Pero quien pretende luchar contra Dios apoyándose en el interés del hombre, ¿con quién podrá contar cuando la acción humana se declare impotente?”.

Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (Francisco, 2013)

264. EL ENCUENTRO PERSONAL CON EL AMOR DE JESÚS NOS SALVA

“La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial. Puestos ante Él con el corazón abierto, dejando que Él nos contemple, reconocemos esa mirada de amor que descubrió Natanael el día que Jesús se hizo presente y le dijo: «Cuando estabas debajo de la higuera, te vi» (Jn 1,48). ¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! Entonces, lo que ocurre es que, en definitiva, «lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos» (1 Jn 1,3). La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Para eso urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás”.

4. MAGISTERIO SALESIANO

DON BOSCO

“Así como los manjares alimentan y conservan el cuerpo, del mismo modo las prácticas de piedad nutren el alma, fortaleciéndola contra las tentaciones. Mientras seamos observantes en las prácticas de piedad, nuestro corazón estará en buena armonía con todos, y veremos al Salesiano alegre y contento de su vocación. Por el contrario, comenzará a dudar de ella y a sufrir fuertes tentaciones en cuanto la negligencia en las prácticas de piedad empiece a abrirse paso en su corazón. La historia eclesiástica nos enseña que todas las órdenes y todas las congregaciones florecieron y promovieron el bien de la religión, mientras la piedad estuvo en vigor entre ellas, al paso que no pocas decayeron y algunas dejaron de existir, cuando, decayendo el espíritu de piedad, cada uno empezó a «buscar sus cosas propias, y no las que son de Jesucristo» Por consiguiente, si nosotros, ¡oh hijos!, amamos la gloria de nuestra Congregación, si deseamos que se propague y conserve floreciente para bien de nuestras almas y de nuestros hermanos, tengamos particular empeño en no descuidar jamás la meditación, la lectura espiritual, la visita cotidiana al Santísimo Sacramento, la confesión semanal, el rosario de la Santísima Virgen, la pequeña abstinencia del viernes. Aunque cada una de estas prácticas por sí solas no parezcan de gran necesidad, contribuyen, sin embargo, eficazísimamente a la mayor solidez del grande

edificio de nuestra perfección y de nuestra salvación: «Si quieres crecer y llegar a ser grande a los ojos de Dios, dice san Agustín, comienza por las cosas pequeñas».

La parte fundamental de las prácticas de piedad, y que en cierto modo las abraza todas, consiste en hacer todos los años los ejercicios espirituales, y todos los meses el ejercicio de la buena muerte. Creo que se puede dar por segura la salvación de un religioso, si todos los meses se acerca a los santos Sacramentos y arregla las cuentas de su conciencia como si realmente debiese partir de esta “vida para la eternidad”.

Si amamos, pues, el honor de nuestra Congregación, si deseamos la salvación de nuestra alma, seamos observantes de nuestras reglas, seamos exactos aun en las más pequeñas; porque el que teme a Dios, no descuida nada de cuanto puede contribuir a su mayor gloria”.

“Las prácticas diarias son la meditación, la lectura espiritual, la visita al Smo. Sacramento y el examen de conciencia. La meditación es la oración mental. Nostra conversatio in coelis est, dice san Pablo; y se podría hacer de esta manera. Escoger el punto sobre el que se quiere meditar, poniéndose antes en la presencia de Dios. Luego reflexionar atentamente sobre lo que meditamos y aplicarnos a nosotros lo que nos toca. Llegar a una conclusión resolviendo dejar ciertos defectos y ejercitando ciertas virtudes, y por tanto poner en práctica a lo largo del día lo que hemos resuelto por la mañana. Debemos ejercitarnos también en afectos de amor, de agradecimiento, de humildad hacia Dios; pedirle las gracias que necesitamos; y pedirle con lágrimas perdón de nuestros pecados. Recordemos siempre que Dios es Padre y que nosotros somos sus hijos... Recomiendo por lo tanto la oración mental.

Quien no pudiese hacer la meditación metódicamente por causa de viajes o de algún trabajo o asunto que no permite dilatación, haga por lo menos la meditación que yo llamo de los mercaderes. Estos piensan siempre en sus negocios estén donde estén. Piensan en comprar sus mercancías, en venderlas con ganancia, en las pérdidas que podrían sufrir y cómo repararlas, en los beneficios realizados o en los mayores que podrían conseguir, etc.

Tal meditación es también el examen de conciencia. Por la noche, antes de acostarnos, veamos si hemos puesto en práctica los propósitos hechos sobre algún defecto determinado: si hemos ganado o perdido. Sea un poco de balance espiritual; si vemos que hemos faltado a los propósitos, repítanse para la mañana siguiente, hasta que hayamos llegado a adquirir aquellas virtudes o a extinguir o huir del vicio o del defecto.

Os recomiendo también la visita al Smo. Sacramento. «Nuestro dulcísimo Señor Jesús está allí en persona», exclamaba el párroco de Ars. Vayase a los pies del Tabernáculo a decir un Padrenuestro, Avemaria y Gloria cuando no se pudiese hacer otra cosa. Basta esto para hacernos fuertes contra las tentaciones. Uno que tenga fe, que haga su visita a Jesús Sacramentado todos los días, que haga su meditación todos los días, con tal que no tenga ningún fin mundano, yo digo que es imposible que peque. Recomiendo también la lectura espiritual, especialmente a quien no fuese capaz de hacer la meditación sin libro. Para ello leer un trozo, reflexionar en lo leído para conocer lo que hemos de corregir en nuestra conducta. Esto servirá para enamorarnos cada vez más del Señor y tomar alientos para salvar el alma.

Quien pueda haga la lectura y la visita en común; quien no

pueda, la haga en privado. La meditación puede hacerla también en su cuarto. Recordaos que cada uno está obligado, incluso por las reglas, a rezar el rosario cada día. Cuánta gratitud hemos de profesar a la Sma. Virgen María, y cuántas gracias nos tiene Ella preparadas para nosotros”.

Confesaos cada ocho días, incluso si no tenéis nada grave en vuestra conciencia. Es un acto de humildad de los más gratos al Señor, sea porque renueva el dolor de los pecados ya perdonados, sea porque se reconoce la propia indignidad en los defectos incluso ligeros, en los que se tropieza cada día (...).”.

“Don Bosco, tuvo una devoción particular a la Eucaristía (Rua). Su amor a la eucaristía también tiene raíces muy antiguas: desde que hizo su primera comunión comenzó a frecuentarla (Francesia); lo mismo en su juventud, y durante su permanencia en el Seminario (Rua, Francesia), entre sus propósitos sacerdotales se encuentra, justamente, el de celebrar devotamente la eucaristía, y la visita asidua al Santísimo Sacramento(Rua), en alguna ocasión, al pasando ante una Iglesia, viendo que faltaba el sirviente, se ponía a servir a la Misa(Rua).

Era tal su devoción, que cuando hablaba de ella, se conmovía hasta las lágrimas (Rua). Hasta cuando su salud se lo permitió, participó en la Procesión del Corpus Domini, y en la del Milagro del Santísimo(Anfossi, Lemoyne).

Acostumbraba también a hacer la visita diaria al Santísimo (Rua): cuando rezaba ante el tabernáculo, era absorto en la oración (Marchisio), al punto de edificar a cuantos lo veían (Barberis). Si tenía alguna dificultad, recurría inmediatamente a la oración ante el Santísimo, o enviaba a rezar a los clérigos, o más fervorosos de sus jóvenes (Francesia). En sus paseos con

los jóvenes, o cuando visitaba las casas salesianas, siempre acostumbraba a hacer la visita, e incluso, en algunos casos daba la bendición con el Santísimo (Anfossi). En su vejez, como no podía llegar hasta la Iglesia, la miraba desde lejos y recitaba alguna jaculatoria (Barberis).

Le molestaba que se celebrase la Misa con rapidez (Anfossi). El, cuando celebraba, lo hacía con tal devoción que muchos se acercaban para verlo y así ser edificados con su testimonio, transparentando al hombre de Dios (Rua). Se preparaba debidamente, sin dirigir jamás la palabra a ninguno, antes de celebrar, a no ser que tuviese que confesar (Anfossi), caminaba devotamente y recogido (Rua), su actitud era grave, con la cabeza inclinada y la mirada fija en el altar (Anfossi). Decía las palabras en forma devota y distinta, dándole sentido a lo que leía (Rua). Rezaba con el máximo recogimiento, pero sin ninguna exterioridad extraordinaria, aunque en algunos momentos se conmovía (Francesia). Después de la celebración, que no duraba más de treinta, ni menos de veinte minutos, dedicaba media hora a dar gracias (Rua, Lemoyne).

Le gustaba celebrar en la Basílica de María Auxiliadora, sobre todo en el altar a San Pedro, sea por comodidad (tenía problemas a la vista, lo que le impedía rezar en el altar mayor, por el número de gradas), como por devoción al sumo Pontífice. Cuando ya no pudo ir a la Iglesia, con las debidas licencias, rezaba en su capilla privada (Rua).

Siempre fue capaz de realizar cualquier sacrificio, con tal de poder celebrar la Misa, jamás la dejaba (Francesia).

En relación a los que le rodeaban, a menudo hablaba de la comunión, y lo hacía con tanta fe que infundía los mismos sentimientos en quienes le escuchaban (Barberis). Prevenía

contra la comunión sacrílega, infundiendo horror a tal pecado (Lemoyne), incluso, para evitarlas, jamás permitió que los jóvenes, se acercasen a la comunión banco por banco, pues alguno podría no estar adecuadamente preparado (Barberis).

Invitaba continuamente a frecuentar la comunión, y la visita al Santísimo Sacramento (Ballesio). Para dar comodidad a los alumnos, para que frecuentasen la comunión pasaba largas horas confesando, aun con peligro para su salud (Rua), o les ofrecía la posibilidad de confesores (Piscetta). A sus sacerdotes y clérigos recomendaba visitar el Santísimo Sacramento, y en lo posible, rezar allí el Breviario (Rua). Les trataba de infundir su misma devoción a la Eucaristía, y les recomendaba a rezarla con devoción y sin rapidez (Barberis).

Don Bosco, desde niño tuvo un profundo amor a la Virgen María como su Madre, y que no abandonará jamás durante su vida, menos aún en el momento de su muerte (Rua, Barberis). Estaba convencido que Ella, que le encomendó, siendo aún un niño, la misión a cumplir, le daría la fuerza para realizarla, y lo sostendría en todo momento (Lemoyne). Siempre afirmó que su obra era en verdad Obra de María (Francesia). Nunca daría un paso, si encomendarse bajo su protección (Barberis), incluso cuando enviaba alguna circular a los salesianos o debía comenzar una obra importante, lo hacía en un día consagrado a la Virgen (Piscetta).

En Chieri, ya como estudiante iba a menudo al Duomo a rezar a la “Madonna delle Grazie”, pero es en el seminario donde su devoción mariana aparece con fuerza. Posteriormente, como sacerdote crece siempre más su devoción: a menudo iba a rezar al Santuario de la Consolata (Barberis), y hablando de la Virgen, se conmovía hasta las lágrimas (Rua)”. (De los testimonios de su

Proceso de Canonización)

CAPÍTULOS GENERALES

Capítulo General 21, 1978

EL DON DE LA ORACIÓN Y LA EVANGELIZACIÓN

42. “La comunidad salesiana sabe que existe solamente porque es un don de la gracia del Espíritu Santo y con la oración adora, alaba, pide y da gracias a su Señor. De este modo mantiene viva la conciencia de su íntima y vital relación con Dios y se dispone mejor a la misión. En este sentido, la oración es «hoy el punto central y el secreto de la renovación de nuestra vida salesiana». Ella «nos hace descubrir el sentido vital de nuestra adopción de hijos de Dios. Es la base de nuestro servicio apostólico a los hombres (...). Nos ayuda a mantener vivos la alegría y el entusiasmo de nuestra entrega total» y nutre y robustece la urdimbre de nuestra fraternidad. Las constituciones renovadas y las actas del XX CGE ponen en evidencia:

- La necesidad de una oración personal que llegue a ser actitud de auténtica y profunda comunión con Dios;
- La urgencia de una mayor valorización de las expresiones comunitarias de la oración;
- La necesidad de un continuo renovarse en el espíritu, en los contenidos y en las formas, en sintonía con la sensibilidad y las esperanzas de los jóvenes y en íntima conexión con los deberes pastorales.

La comprobación hecha por el CG21, estudiando el material de los CI, revela que los Salesianos muestran una sensibilidad creciente por la oración comunitaria y litúrgica (concelebración de la Eucaristía, liturgia de las horas); se preocupan con gran cuidado por una especial preparación de los días de retiro y Ejercicios Espirituales en diversas formas; promueven experiencias juveniles de oración y algunos participan también con fruto en experiencias propias de otras espiritualidades”.

43. “Pero también se notan algunas lagunas preocupantes en las comunidades. No todas ven o no la sienten con igual intensidad la urgencia de la renovación pedida por la Iglesia y por la Congregación y la necesidad de una conversión profunda y continua. Esto se manifiesta en el injustificado ausentismo de las prácticas comunitarias, en la prisa en la oración y en el descuido en preparar las celebraciones:

- No se promueven iniciativas de oración común entre salesianos, jóvenes y destinatarios de nuestra misión;
- Se nota un cierto abandono del Sacramento de la Reconciliación y de las expresiones personales de piedad salesiana;
- La falta de espontaneidad y creatividad en la oración comunitaria empuja a veces a ir a buscar fuera de la comunidad expresiones de oración que aparecen más auténticas y más validas;
- Generalmente no se ha cuidado, a nivel inspectorial y de modo satisfactorio, la preparación de maestros y animadores espirituales y litúrgicos, capaces de ayudar a la comunidad en este momento de cambio, a conservar y perfeccionar en

profundidad el estilo salesiano de la oración”.

44. “Teniendo en cuenta todo eso y con miras a la evangelización, se imponen algunas advertencias:

PROFUNDIZAR EN EL SENTIDO APOSTÓLICO DE NUESTRA ORACIÓN

La acción apostólica y la vida espiritual de cada uno de nosotros y de nuestras comunidades tienen una fuente única: «son fruto de la Pascua del Señor » y se vivifican por su Palabra. A la luz de este misterio pascual comprendido y vivido, la comunidad salesiana vive la relación oración-acción en la «liturgia de la vida», descubre las huellas de la presencia de Dios en el mundo, en sus acontecimientos, en la vida y esperanzas de los jóvenes; se siente interpelada para colaborar en el plan divino de la salvación con el anuncio y el testimonio; toma conciencia de sus limitaciones, pide perdón y renueva su fidelidad; adora, alaba, agradece y pide; se esfuerza con mayor generosidad en su servicio apostólico de llevar el amor de Dios a los jóvenes, busca los medios más eficaces para transmitirles también la sed de Dios: reza con ellos, celebra con ellos las fiestas salesianas y litúrgicas; favorece, sobre todo, la escucha de la Palabra de Dios que llama continuamente a la conversión, especialmente en la celebración del sacramento de la Reconciliación; participa con simpatía en las expresiones juveniles de oración, promueve la creatividad y la participación en experiencias fuertes de oración personal y comunitaria.

PROGRAMAS Y TIEMPOS DE ORACIÓN:

«Es necesario orar siempre». Los tiempos de oración son un aspecto y una parte de este «siempre» y un medio para tender a la perfección de la caridad que hace cumplir la voluntad del Padre. En este contexto se comprenden bien las expresiones de nuestro artículo constitucional: el Salesiano «tiene pocas prácticas de piedad, pero ora sin cesar, en diálogo sencillo y cordial con Cristo vivo, con el Padre a quien siente cercano, con María que es su auxilio. De esta manera, puede ser contemplativo en la oración y realizar, como Don Bosco, la unión con Dios» 40. Para alimentar este espíritu, la comunidad programa sus tiempos de oración como momentos en que el testimonio de que Dios está sobre todo y nos envía a evangelizar a los jóvenes, se hace concreto y visible”.

MANTENERSE FIELES A LAS DEVOCIONES SALESIANAS

45. “La comunidad salesiana se mantiene fiel a las devociones predilectas de Don Bosco: la devoción a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora.

La presencia eucarística nos recuerda la participación en el misterio salvífico de Cristo, y la Virgen «ocupa un puesto singular en la historia de la salvación y en la edificación de la Iglesia» y es, como escribe Pablo VI, “la estrella de la evangelización”, que sigue guiando a la comunidad en el cumplimiento de su misión. La devoción a nuestro padre Don Bosco ayudará también a los hermanos a volver a encontrar en él el modelo de la unión continua con Dios en el trabajo, a ser fieles y a vivir en la «alegría salesiana».

RENOVAR LA ORACIÓN

La oración cristiana es don de Dios, pero es también fruto de

un aprendizaje.

Los Salesianos desean y dan gran importancia a todo aquello que les ayuda a crecer y a renovarse en la oración. Consideran momentos particularmente fuertes de la oración los Ejercicios Espirituales, verdaderas experiencias de Dios. Sienten cada vez con más necesidad la apertura a una equilibrada espontaneidad y creatividad personal y también comunitaria, para superar el peligro de la rutina y para ir al encuentro de una mayor autenticidad. Por ello saben también aprovecharse de las riquezas de la liturgia y de las experiencias eclesiales de renovación, que procuran armonizar y asimilar ya sea con las exigencias del espíritu salesiano, ya sea con las manifestaciones propias de su carisma. Y se esfuerzan en la oración personal con la viva convicción de su necesidad. Ella precede y prepara la oración comunitaria; hace posibles el cambio y la acogida de los dones que los hermanos se hacen con la comunión en la caridad.”

Capítulo General 25 (2002)

31. Primacía de Dios y compartir la experiencia espiritual

“La comunidad, siguiendo el ejemplo de María, se compromete a poner a Dios como centro unificador de su ser y a desarrollar la dimensión comunitaria de la vida espiritual:

- Favoreciendo la centralidad de la Palabra de Dios en la vida comunitaria y personal, mediante la lectio divina, la meditación cotidiana, la Liturgia de las horas, las celebraciones de la Palabra, la preparación en comunidad de la Eucaristía dominical;
- Celebrando la Eucaristía cotidiana con alegría, creatividad

- y entusiasmo, y favoreciendo la concelebración conjunta de todos los hermanos al menos una vez por semana;
- Cuidando la calidad de la oración comunitaria hasta hacer de ella escuela de oración para la comunidad, para los jóvenes, para los miembros de la Familia Salesiana y para los colaboradores seculares;
 - Promoviendo revisiones de vida sobre las Constituciones y sobre los elementos esenciales de la espiritualidad salesiana;
 - Cuidando el acompañamiento espiritual con la valorización de las oportunidades tan apreciadas en nuestra tradición: el Sacramento de la Reconciliación, la dirección espiritual, el coloquio fraterno;
 - Creando entre los hermanos un clima que favorezca el intercambio de las propias experiencias de fe;
 - Favoreciendo la integración entre el proyecto personal y el comunitario, cuidando de que se interrelacionen y ambos sean compartidos”.

Capítulo General 26 (2008)

20. “EL SALESIANO

- Pida todos los días a Dios y se comprometa a vivir la gracia de unidad entre contemplación y acción apostólica, de modo que evite el riesgo de la dispersión y de la superficialidad;
- Asuma la responsabilidad de la propia formación espiritual y pastoral para una auténtica
- Maduración vocacional;
- Mirando la experiencia de Don Bosco, tome o refuerce la práctica de hacerse acompañar por un guía espiritual;

- Comparta el propio camino de fe, la riqueza de la espiritualidad salesiana y la acción apostólica con los hermanos, los seglares corresponsables, los miembros de la Familia salesiana y los jóvenes”.

21. “LA COMUNIDAD

- Organice los ritmos cotidianos de vida de modo que todo hermano pueda participar en los momentos comunitarios y estar realmente presente entre los jóvenes;
- Cuide la calidad de la oración comunitaria y de las celebraciones litúrgicas (cfr. Const. 86);
- Dé relieve a las fiestas salesianas como ocasión de formación comunitaria y de comunicación del carisma;
- Valorice el servicio que el Director, como primer responsable de la formación, ejerce a través de las “buenas noches”, la conferencia, el coloquio personal, la animación fraterna.

33. EL SALESIANO

“El hermano, en el proyecto de vida personal prevea el tiempo necesario para la oración individual y comunitaria, cuide la meditación de la Palabra de Dios, valorice el sacramento de la Reconciliación y dé centralidad a la Eucaristía cotidiana”.

34. “LA COMUNIDAD

- En el proyecto de vida comunitario prevea iniciativas oportunas que favorezcan la centralidad de la Palabra de Dios y de la Eucaristía;
- Implice a los hermanos ancianos, según sus capacidades, en el trabajo de evangelización, para que contribuyan con

su experiencia y sabiduría, incluso como guías espirituales y confesores”.

Capítulo General 27 (2014)

64. “PARA SER MÍSTICOS EN EL ESPÍRITU, SE DEBE PASAR:

1. De una espiritualidad fragmentada a una espiritualidad unificadora, fruto de la contemplación de Dios en Jesucristo y en los jóvenes.
2. De la actitud de quien se siente ya formado a la escucha humilde y permanente de la Palabra de Dios, de los hermanos y de los jóvenes”.

65. “PARA LLEVAR A CABO ESTOS CAMBIOS, NOS COMPROMETEMOS A:

1. Vivir cada día la Eucaristía como fuente de nuestra fecundidad apostólica, y a celebrar el Sacramento de la reconciliación como la reanudación frecuente de nuestro camino de conversión.
2. Cultivar la oración personal en contacto diario con la Palabra de Dios, practicando la meditación diaria, y cuidar la calidad de la oración comunitaria, compartiéndola con los jóvenes y los miembros de la CEP.
3. Elaborar el proyecto de animación y de gobierno a todos los niveles para los próximos seis años, centrándose en la Palabra de Dios”.

66. “PARA SER MÍSTICOS EN EL ESPÍRITU, SE DEBE PASAR:

1. De un testimonio débil de los consejos evangélicos a una vida llena de pasión en el seguimiento de Jesús, capaz de despertar al mundo, haciendo presentes los valores esenciales de la existencia.
2. De una visión pesimista del mundo a una visión de fe que, descubra al Dios de la alegría en los acontecimientos de la vida y de la historia de la humanidad”.

67. “PARA LLEVAR A CABO ESTOS CAMBIOS, NOS COMPROMETEMOS A:

1. Vivir con alegría y autenticidad la gracia de la consagración, elaborando o redefiniendo el proyecto personal de vida y el proyecto comunitario.
2. Tener un guía espiritual estable y acudir a él periódicamente.
3. Profundizar nuestra espiritualidad mediante la lectura frecuente de las Constituciones y el estudio de las Fuentes salesianas.
4. Proporcionar momentos de coparticipación espiritual comunitaria a partir de la Palabra de Dios, valorizando en particular la lectio divina.
5. Evaluar y promover como comunidad y como hermanos individuales, la armonía entre la oración y el trabajo, entre la reflexión y el apostolado, por medio de “escrutinios” adecuados.
6. Procurar que se traduzcan las Fuentes salesianas a diferentes idiomas.
7. Actualizar el manual “En diálogo con el Señor”, y otros subsidios de oración.

8. Poner en marcha iniciativas de formación para salesianos y laicos, y preparar a nivel regional, un centro de formación permanente o valorizar los de otras regiones”.

Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum (2006)

LA DIMENSIÓN ESPIRITUAL

75. “La dimensión espiritual, entendida como camino de vida en Cristo y en el Espíritu, es el corazón que unifica y vivifica la experiencia vocacional salesiana, que es, en primer lugar, experiencia espiritual, teologal, y, como tal, constituye el elemento central de la formación, el aspecto que la funda y la motiva.

Ella completa la dimensión humana, contribuyendo a construir aquella «espléndida armonía entre naturaleza y gracia» que admiramos en Don Bosco y que constituye el fundamento de su proyecto de vida en el servicio a los jóvenes . Motiva la dimensión intelectual, que por ella se sostiene y se fortifica. Dinamiza la dimensión educativo-pastoral, poniendo a Dios y su Reino en el centro del trabajo apostólico, orientando todo hacia Él como a su auténtico fin.

La dimensión espiritual comprende las actitudes necesarias para cultivar la experiencia de Dios, y es una modalidad particular de vivir la fuerza de la fe, el dinamismo de la esperanza y el ardor de la caridad. Ella está en el centro del proyecto salesiano, le da su identidad propia, fundamenta sus motivaciones y constituye su verdadero impulso apostólico”.

76. “Para vivir la misión salesiana no son suficientes las dotes

de humanidad, la preparación cultural y la profesionalidad, la creatividad apostólica y la pasión por los jóvenes; todo esto es necesario, pero no basta para sostener con motivaciones adecuadas la experiencia vocacional. El salesiano tiene, ante todo, necesidad de una fuerte experiencia de Dios y del Espíritu, que es el elemento que funda y motiva la misión.

El Salesiano está llamado a conjugar la vida en el Espíritu y la pedagogía, viviendo la educación como lugar de espiritualidad y camino de santidad. De la calidad espiritual de la vida depende su fecundidad apostólica, su generosidad en el amor por los jóvenes pobres y la atracción vocacional de las nuevas generaciones.

La necesidad de la espiritualidad es aún más sentida en un mundo y en una cultura que inducen al activismo y a la autosuficiencia. La vida centrada en el encuentro con Dios y su experiencia se hace testimonio atractivo y profecía para las personas de nuestro tiempo sedientas de valores absolutos. El salesiano se convierte de este modo en comunicador de espiritualidad, animador y guía de vida espiritual para los jóvenes, para los laicos y en el ámbito de la Familia Salesiana”.

77. “Don Bosco fue un gran creyente, el iniciador de una escuela de espiritualidad.

Su experiencia de Dios destaca aquellos rasgos de la figura del Señor a los que era sensible y se caracteriza «por peculiares dinamismos espirituales y por opciones operativas», que definen la particular espiritualidad salesiana como espiritualidad apostólica.

Reconociendo la Congregación, la Iglesia declara que esta espiritualidad – transmitida por el Fundador a sus hijos e hijas –

tiene «todos los requisitos objetivos para alcanzar la perfección evangélica personal y comunitaria» .

Ella constituye, por tanto, una «gran corriente espiritual» en la Iglesia, una «escuela verdadera y original» de santificación . Es el camino para ese testimonio de santidad que constituye «el don más precioso que podemos ofrecer a los jóvenes» .

No faltan las síntesis y las expresiones que recogen y comunican el rostro espiritual del salesiano y sus rasgos característicos. En las Constituciones se encuentra su presentación auténtica, los valores que lo conforman y las condiciones que lo hacen posible; en ellas se encuentra la espiritualidad salesiana, «meditada por sucesivas generaciones que la han vivido» . Tales valores se retoman y explicitan aquí solo sumariamente”.

PRIMADO DE DIOS Y DE SU PROYECTO DE SALVACIÓN

78. “El Salesiano está llamado a descubrir a Dios presente y familiar en cada momento de su vida. “Dios te ve”, hacía escribir Don Bosco sobre las paredes del Oratorio.

Experimenta a Dios cercano a él y se sabe comprometido en su proyecto de salvación para los jóvenes.

Este sentido de la presencia operante del Señor, vivida intensamente por Don Bosco y por los suyos, se transmite a cada Salesiano como una herencia preciosa”.

79. “Es Jesús Buen Pastor el centro vivo y existencial de su vida consagrada. Si es verdad que todos los consagrados están centrados en Cristo, esto para el salesiano se traduce en un específico testimonio caracterizado por el aspecto pedagógico-pastoral con que él contempla a Cristo como “Buen Pastor” que redime y salva .

El Salesiano contempla a Jesús Buen Pastor en su gratitud al Padre por su plan de salvación, en la capacidad de predilección por los pequeños y por los pobres, en la solicitud en predicar, curar y salvar bajo la urgencia del Reino que viene. Imita la benignidad y la entrega de sí, y comparte con Él el deseo de reunir a los suyos en la unidad de una sola familia.

Es un Jesús “vivo”, en acción y en camino para buscar al descarriado, que vuelve trayendo sobre las espaldas la oveja perdida y sabe hacer gran fiesta.

Es un Jesús que lleva en la mente y en el corazón a Dios su Padre, le ruega incesantemente, le agradece y cumple su voluntad, habla de Él a los suyos, y se muestra a sí mismo como la vía para verlo y encontrarlo”.

So. “A través de Jesús, el Salesiano encuentra al Padre y vive en el Espíritu. Obrando por la salvación de la juventud y viviendo la experiencia espiritual del Sistema Preventivo, hace experiencia de la paternidad de Dios, descubre su presencia y acción providente y se siente llamado a ser revelador del Padre a los jóvenes.

El Espíritu Santo, que suscitó a Don Bosco, formando en él un corazón de padre y de maestro guiándolo en su misión, llama a todo discípulo de Don Bosco a continuar la misma “experiencia del Espíritu” para el servicio a los jóvenes. El salesiano es hombre espiritual, atento a discernir los caminos a través de los cuales el Espíritu obra en el corazón de los jóvenes. Sabe captar su presencia en sus interrogantes, en sus expectativas y demandas, y se convierte así en instrumento de su acción en los corazones.

El Padre, en la consagración, lo dona al Espíritu que forma y plasma su ánimo, configurándolo a Cristo obediente, pobre y casto, e impulsándolo a hacer propia su misión”.

81. “PARA CULTIVAR SU EXPERIENCIA DE DIOS, EL SALESIANO:

- Profundiza su fe y hace experiencia del misterio cristiano en la escuela de la Palabra de Dios;
- Pone a Dios en el centro de su existencia, manteniéndose siempre «en diálogo simple y cordial con Cristo vivo y con el Padre», y cultivando una atención permanente a la presencia del Espíritu. Cumple «todo por amor de Dios», para llegar a ser como Don Bosco, «contemplativo en la acción» . Hace de modo que su obrar sea expresión de interioridad y de que toda su existencia sea una celebración de la “liturgia de la vida”;
- Siente una alegría profunda cuando puede revelar, especialmente a los jóvenes, las insondables riquezas del misterio de Dios y ser signo y portador de su amor ;
- En unión con Cristo, fija en el Padre la mirada y el corazón, cultivando actitudes de confianza y comprometiéndose con celo en la realización de su plan de salvación; agradecido por el don de la vocación, se siente comprometido a vivirla en plenitud;
- Conquistado por Cristo, trata de imitarlo en la donación de sí y en el servicio. Se esfuerza por asumir sus sentimientos y por deleitarse en Él. Su opción fundamental por Cristo lo lleva a hacer de Él el parámetro de todas sus opciones. En su corazón no se da ninguna opción que sea anterior e independiente de Cristo; abraza los consejos evangélicos para compartir la forma de vida de Jesús y tomar parte de modo más íntimo y fecundo en su misión ;
- Crece en la atención al Espíritu, reconociendo y acogiendo su acción santificadora y renovadora. Está constantemente atento a su presencia en su vida, en las personas y en la historia. Bajo su acción vive en actitud de discernimiento y

disponibilidad a la voluntad de Dios. Asume la experiencia de la formación como experiencia de apertura, de docilidad y colaboración con él . «La acción del Espíritu es, para el profeso, fuente permanente de gracia y apoyo en el esfuerzo diario de crecer en el amor perfecto a Dios y a los hombres»”.

EN DIÁLOGO CON EL SEÑOR

98. “En la oración el Salesiano cultiva, alimenta y celebra la capacidad de encontrar a Dios en la vida y en el trabajo educativo con los jóvenes y la alegría de contemplar a Jesús Buen Pastor, a Dios Padre como padre de sus jóvenes, y al Espíritu que obra en ellos.

Él sabe que la oración es, ante todo, docilidad al Espíritu y, luego, experiencia humilde, confiada y apostólica de quien une espontáneamente la oración con la vida , alcanzando «aquella laboriosidad incansable, santificada por la oración y la unión con Dios, que debe ser la característica de los hijos de san Juan Bosco»”.

99. “Imita a Don Bosco que vivió y educó a los salesianos en una relación simple, concreta y profunda con Dios. Rindió testimonio de una actitud permanente de oración y de la capacidad de orientar todas las cosas a la gloria de Dios, de vivir y obrar en su presencia, de tener como única preocupación su Reino. Siguiendo su ejemplo, el salesiano «cultiva la unión con Dios y advierte la necesidad de orar ininterrumpidamente» .

La relación con Dios y la interioridad apostólica constituyen el corazón de su experiencia e impregnan todo su ser, antes aún de traducirse en actividad o en prácticas de piedad. Su oración

es la del “Da mihi animas, coetera tolle», que encuentra su fuente en la Eucaristía y se expresa en la plena dedicación al compromiso apostólico”.

100. “Nada hay de especial y de excepcional en la forma de oración del Salesiano. Él sigue el itinerario de oración que la Iglesia ofrece al buen cristiano. Hace suya la pedagogía de la Iglesia que lo conduce a revivir en sí mismo los misterios de la redención, a través de los tiempos del año litúrgico, y se deja evangelizar por la Palabra.

Como Don Bosco, vive con intensidad de fe las prácticas de piedad ordinarias: ellas son para él «no sólo medios de santificación personal, sino también momentos de preparación para una colaboración, cada vez más intensa, en la transformación del mundo, según el plan de Dios» .

Ora con su comunidad, que en la oración «reaviva la conciencia de su relación íntima y vital con Dios y de su misión de salvación» y comparte esta actitud de oración con la comunidad educativa y con la Familia salesiana, particularmente en la celebración de las fiestas salesianas.

Su oración lleva el distintivo del apóstol y del educador dedicado al bien de los jóvenes. Se une con la vida: precede, acompaña y sigue la acción apostólica, está ligado a los jóvenes, por quienes y con quienes ora.

Precisamente por esto la oración del salesiano tiene un estilo juvenil hecho de simplicidad, vivacidad, y sinceridad . Es una oración «gozosa y creativa, sencilla y profunda, [que] se abre a la participación comunitaria, conecta con la vida y en ella se prolonga»”.

101. “En el diálogo personal y comunitario del Salesiano con

el Señor se deben destacar algunas expresiones y eventos de particular importancia:

«**La Palabra de Dios** es la primera fuente de toda espiritualidad cristiana. Ella alimenta una relación personal con el Dios vivo y con su voluntad salvífica y santificadora» .

«Es, para nosotros, fuente de vida espiritual, alimento para la oración, luz para conocer la voluntad de Dios en los acontecimientos y fuerza para vivir con fidelidad nuestra vocación» . Por esto el salesiano la escucha con fe y humildad, la acoge en su corazón como guía para sus pasos, la hace fructificar en su vida, y la proclama con alegría .

La escucha de la Palabra «es el momento cotidiano más eficaz de formación permanente» . Ella se realiza, de modo particular, en la celebración de la Eucaristía y en la práctica de la meditación. La meditación cotidiana es el momento privilegiado de intimidad con el Señor, ocasión concreta para hacer familiar la Palabra de Dios y encarnarla en la vida”.

102. La celebración de la **Eucaristía** es el acto central de la jornada del salesiano. En ella, él da gracias al Padre, hace memoria del proyecto de salvación cumplido por el Hijo, comulga con el Cuerpo y la Sangre de Cristo y recibe el Espíritu que lo hace capaz de comunión fraterna y lo renueva en su compromiso apostólico.

La presencia de la Eucaristía en la casa salesiana es para un hijo de Don Bosco motivo de frecuentes encuentros con Cristo de los cuales obtiene dinamismo y constancia en la acción para los jóvenes .

La gracia de la Eucaristía se extiende a las diversas horas del día con la celebración de la **Liturgia de las horas**”.

103. “La celebración del sacramento de la **Reconciliación** constituye la expresión más significativa y eficaz del camino cotidiano de conversión. Este dona la alegría del perdón del Padre, reconstruye la comunión fraterna y purifica las intenciones apostólicas .

Don Bosco subrayó la importancia pedagógica del sacramento de la Reconciliación y ha presentado la celebración regular y frecuente de la misma como clave del progreso espiritual personal y del camino educativo de los jóvenes.

El Salesiano ama y hace amar el sacramento de la Reconciliación”.

104. “**La devoción a María** constituye para el salesiano una gozosa y fuerte llamada a reconocer e invocar a María como «modelo de oración y caridad pastoral, maestra de sabiduría y guía de nuestra Familia»; y a contemplar e imitar «su fe, su solicitud por los necesitados, la fidelidad en la hora de la cruz y su alegría por las maravillas realizadas por el Padre». Siguiendo el ejemplo de Don Bosco, el salesiano se siente comprometido a difundir una «devoción filial y fuerte» a Ella, Inmaculada y Auxiliadora”.

105. “Algunas expresiones características sostienen la experiencia orante del Salesiano y constituyen una pedagogía de vida:

- Se ejercita en celebrar en el tiempo el misterio de Cristo, viviendo los distintos períodos del año litúrgico, como tiempos que señalan las etapas de su experiencia cristiana, y destaca el sentido espiritual del domingo;
- Cultiva su fe, profundiza el conocimiento del misterio cristiano, actualiza su visión teológica y espiritual como motivación de su experiencia de oración;
- Hace de la participación en la liturgia una escuela

permanente de oración, aprende a escuchar la voz de Dios y a acoger su gracia; persevera en la oración también cuando atraviesa momentos de aridez;

- Celebra la Liturgia de las horas como prolongación del misterio eucarístico en la jornada, compartiendo con la comunidad – en los tiempos previstos – la alabanza del Señor;
- Desarrolla la conciencia de la misión apostólica: va a los jóvenes como enviado por el Señor, para actuar en su nombre, y no sólo por opción personal; sabe que el Señor lo precede; está convencido de que el trabajo que realiza es una obra de redención, como liberación de las diversas formas de mal o evangelización de las diversas realidades humanas;
- Le agrada orar con su comunidad y es fiel a los momentos en que ésta se encuentra para la oración. Descubre la belleza de compartir con la comunidad las propias experiencias de fe y las preocupaciones apostólicas. Practicado con espontaneidad y con un consentimiento común, este compartir «nutre la fe y la esperanza, así como la estima y la confianza recíproca, favorece la reconciliación y alimenta la solidaridad fraterna en la oración»;
- Saca provecho del encuentro fraterno y de la dirección espiritual para su camino de oración;
- Valoriza las oportunidades y los estímulos que favorecen una oración común y personal vivida y renovada, que supere los riesgos de formalismo, de deterioro y de pasividad que, a menudo, amenazan las formas comunes y obligatorias de oración”.

106. “La experiencia espiritual del Salesiano encuentra en la acción apostólica fuertes estímulos y está sujeta, al mismo tiempo, a algunos riesgos. El Salesiano está llamado a vivir la gracia de unidad evitando «toda dicotomía entre interioridad y tarea pastoral, entre espíritu religioso y tarea educativa o cualquier fuga hacia formas de vida que no respondan a las tres palabras de Don Bosco: trabajo, oración, templanza» .

El Salesiano vigila para que su dinamismo espiritual no sufra reducciones de marcha o detenciones, su vida espiritual no sea amenazada por la superficialidad o por la dispersión. Con este fin se compromete a caminar en el Espíritu, a obrar movido por la interioridad apostólica y a cultivar una vida unificada”.

114. EL DIÁLOGO CON EL SEÑOR

“La vida espiritual del salesiano es sostenida por la pedagogía litúrgica de la Iglesia, por la participación «plena, consciente y activa» en las celebraciones y por una permanente educación litúrgica comunitaria. Todo hermano cuide de corazón la dignidad del culto divino, el respeto de las orientaciones litúrgicas, la sensibilidad por el canto, los gestos, los símbolos”.

115. “La **Eucaristía** ocupa un puesto central en la vida cotidiana del Salesiano y de la comunidad . A través de ella se expresa y se consolida el significado de la consagración apostólica en la conformación a Cristo, en la comunión fraterna y en un renovado impulso apostólico.

«Todos los hermanos serán fieles a la celebración diaria de la Eucaristía»”.

116. “Se cultive la familiaridad con la **Palabra de Dios**, verdadera escuela de formación permanente, a través del contacto

continuo, la lectura orante, el estudio y el compartir fraterno en la comunidad”.

117. “En la vida personal y comunitaria se subraye el valor educativo y formativo del Sacramento de la **Reconciliación** según nuestra espiritualidad. La frecuencia de su celebración «ha de determinarse de acuerdo con el propio confesor, según la tradición de los maestros de espíritu y las leyes de la Iglesia». Normalmente, los religiosos «solícitos de la propia unión con Dios, se esfuercen por acercarse al sacramento de la [Reconciliación] frecuentemente, es decir, dos veces al mes» Durante la formación inicial, dada la incidencia que puede tener el acompañamiento del confesor en el discernimiento vocacional y en toda la experiencia formativa, los hermanos tengan un confesor estable y, ordinariamente, salesiano”.

118. “La celebración de la **Liturgia de las Horas**, adecuadamente seguida, contribuye a consolidar la actitud de oración y la unión con Dios. «Los socios celebrarán cada día, a ser posible en común, laudes y vísperas». Los hermanos diáconos y presbíteros sean fieles a «la obligación contraída en su ordenación», participando – con la celebración de las diversas Horas – a la alabanza incesante que la Iglesia eleva a su Señor”.

119. “Se cuide con particular atención la educación en la **oración personal** y en la **oración mental**, la participación y la animación de los retiros y de los ejercicios espirituales anuales, momentos fundamentales de la pedagogía espiritual del salesiano, que estimulan la actitud de renovación y consolidan la unidad de vida . «La comunidad destinará tres horas por lo menos al retiro mensual, y un día entero, convenientemente preparado, al retiro trimestral. Los socios harán anualmente seis días de ejercicios espirituales, según las modalidades establecidas por

el capítulo inspectorial»”.

120. “La Comisión Inspectorial de Formación y los Directores ayuden a los hermanos a cuidar la **calidad de la oración personal**, de modo especial la meditación, hecha en común al menos durante media hora, favoreciendo el conocimiento y la práctica de métodos adecuados a las características de nuestra espiritualidad”.

121. “A lo largo del año sean puestas de relieve las **fiestas marianas** según el espíritu de la liturgia y se valoricen las expresiones devocionales marianas típicas de la Familia salesiana, especialmente, el santo Rosario.

Se celebren con alegre participación las fiestas y las memorias de los Santos y Beatos de las Familia salesiana, alabando al Señor por el don de la santidad difuso en nuestra familia espiritual y recibiendo estímulo a la imitación”.

122. “Se prevean momentos para compartir la **oración con los jóvenes y los laicos**”.

123. “**Métodos y estilos de oración**, textos y otros subsidios conserven la característica salesiana de la oración íntimamente unida a la acción; abran «una equilibrada espontaneidad y creatividad personal y también comunitaria», y eduquen a una particular sensibilidad hacia las formas juveniles, populares y festivas. Contribuyan a reavivar el espíritu de las distintas celebraciones y a evitar los efectos de la rutina”.

RECTORES MAYORES

Don Juan Vecchi

NOS HA RECONCILIADO CONSIGO MISMO Y NOS HA CONFIADO

EL MINISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN (15 DE AGOSTO DE 1999)

SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN Y ESPIRITUALIDAD SALESIANA

La conexión salesiana con este tema es inagotable. Comprende la experiencia espiritual de Don Bosco, el puesto central que él asignó al sacramento de la penitencia en su pedagogía para los jóvenes, el universo sacramental en que se desarrolla toda la espiritualidad salesiana y, no en último lugar, la “historia” singular de Don Bosco como confesor de jóvenes, que nosotros estamos llamados a actualizar.

La experiencia ininterrumpida de Don Bosco desde los primeros años de su adolescencia, en el período del seminario, como joven sacerdote y como hombre famoso la presenta sintéticamente don Eugenio Ceria con estas pinceladas: “Don Bosco se aficionó a la confesión desde su más tierna edad, y ningún cambio de vida fue parte para entibiar en él su amorosa propensión a acercarse a ella con frecuencia... Cuando empezó sus estudios en Chieri, dueño enteramente de sí mismo, buscóse al punto un confesor fijo... Sacerdote en Turín, se confesaba cada ocho días con el beato Cafasso. Muerto este Siervo de Dios, recurrió al ministerio de un piadoso sacerdote, discípulo suyo, que cada lunes por la mañana iba a confesarlo a la sacristía de María Auxiliadora, y luego se confesaba a su vez con Don Bosco mismo.

Durante los viajes y en las ausencias de su confesor ordinario, se mantenía fiel a su querida práctica, dirigiéndose ora a un salesiano, ora a otros, según los casos. Por ejemplo, durante su estancia de dos meses en Roma, en 1867, se confesaba cada semana con el Padre Vasco, jesuita que había conocido en Turín.

A veces sus hijos, al principio, vacilaban en confesarlo, mas

él les decía: - ¡Vamos, haced esta caridad a Don Bosco; dejad que se confiese!” .

Se dan ciertamente diferencias en el planteamiento de la vida espiritual y de la praxis sacramental entre el tiempo de Don Bosco y el nuestro. Pero sería ligereza histórica pensar que Él siguiera sólo una costumbre devocional. Cada palabra y enseñanza suya (¡y hay tantas!) manifiesta el sentido del encuentro vivificador con Dios que la Reconciliación lleva consigo, la convicción de la necesidad y riqueza de la mediación de la Iglesia, la función del sacramento en un camino de santidad serena, alegre y en constante crecimiento.

ESTO ES MI CUERPO, QUE SE ENTREGA POR VOSOTROS (25 DE MARZO 2000)

UN CAMINO EN NUESTRAS COMUNIDADES

Las reflexiones que hemos desarrollado hasta aquí sugieren muchas aplicaciones, ante todo para nuestras comunidades salesianas.

La Eucaristía es esencialmente una celebración comunitaria, esto es, implica a cada cristiano en cuanto es miembro del Pueblo de Dios y, por lo mismo, a cada uno de nosotros como miembros de una comunidad. Ésta es el sujeto de la celebración.

La primera pista que ofrezco se refiere a los momentos celebrativos en la comunidad. Se trata de redescubrir el alcance humano y espiritual del celebrar juntos y sacar las consecuencias.

Frente a los peligros de una vida desperdiciada en la distracción del corazón y en una gestión individualista de los compromisos, la celebración eucarística nos conduce a lo esencial, pidiéndonos hacer juntos memoria de Cristo y ofreciéndonos entrar en

comunidad con su caridad, en la máxima mediación sacramental.

Cada comunidad sabrá reconocer en qué debe hacer consistir este relieve más evidente de la Eucaristía. Para muchos será un tiempo menos acortado, una participación más activa, una preparación más cuidada, un frescor de referencia a lo cotidiano.

Es necesario que redescubramos un modo de celebrar que tenga verdadera dignidad litúrgica. En el cuidado atento por hacer los gestos suficientemente expresivos, por una proclamación digna de la Palabra de Dios y de los textos eucológicos, por la belleza del canto y de los ornamentos, por el respeto de los momentos de silencio se realiza nuestra apertura a Otro, que debe ser percibido, acogido, escuchado y contemplado en la fe y cuya divina presencia justifica el cuidado de los detalles y la generosidad en el compromiso.

Los jóvenes son particularmente sensibles a la genuinidad de los gestos simbólicos de que es tan rica la liturgia y muchas veces se hacen una idea de nuestra fe más observando la sinceridad y la calidad de nuestras celebraciones que escuchando nuestros discursos.

En este clima podríamos proponernos la valoración de la Concelebración de todos los miembros de la comunidad, al menos semanalmente en el día de la comunidad. Así también estudiar una mayor frecuencia de la adoración eucarística comunitaria, que renueva la adhesión de fe y la atención orante a la presencia de Cristo entre nosotros, o el cuidado particular de las liturgias dominicales y festivas a través de la reflexión en común sobre la Palabra que deberemos compartir con los jóvenes y la gente.

Estaría muy bien que la Eucaristía comunitaria se abriese, como ya se hace en muchos lugares, a los jóvenes con los

que queremos formar una sola familia. Esto enriquecería nuestras asambleas de frescor juvenil, mientras ayudaría a los jóvenes a hacer válidas experiencias de vida interior y de convivencia espiritual.

Todos tenemos experiencia de celebraciones en las que parece que el gesto y la palabra adquieren su significado total. El mismo visitante que viene de fuera percibe un solo corazón y una sola alma. Otras veces se respira una atmósfera diversa: imperfecta fusión de corazones en la asamblea, disociación entre rito y vida, un camino eucarístico todavía incierto.

Nos dicen las Constituciones: “La Eucaristía es el acto central de cada día para la comunidad salesiana, que lo celebra como una fiesta en una liturgia viva. En ella la comunidad celebra el misterio pascual y recibe el cuerpo de Cristo inmolado para construirse en él como comunión fraterna y renovar su compromiso apostólico” .

La segunda pista que sugiero es la relación visible entre Eucaristía y vida fraterna.

Hemos meditado cómo de la Eucaristía nace la Iglesia, experiencia de comunión entre los hombres en el nombre de Cristo y anuncio del Reino que se hace presente en la historia. Se trata de sacar de esto conclusiones operativas que no son automáticas, sino que requieren la generosa aportación de cada uno.

Hablar de la Eucaristía y sobre todo celebrarla no tiene sentido si las comunidades no se esfuerzan por superar las tensiones y las divisiones que pueden estar sufriendo. En esto debemos ser muy claros y auténticos, sabiendo que debemos confrontarnos con una enseñanza bíblica que no deja espacios para las medias tintas o para componendas.

Puede ser útil que releamos personal y comunitariamente el texto de la primera carta a los Corintios, capítulos 10 y 11, en que Pablo pone en evidencia que la Eucaristía es incompatible con las divisiones, las cerrazones recíprocas, el individualismo de cualquier forma. Como dice el Apóstol, “cada uno se examine a sí mismo” y dándose cuenta de que hay un solo pan, para que todos formemos un solo cuerpo, evite profanar el Sacramento del Señor.

La comunión sacramental no nos lleva a la comunión de vida con Cristo si excluimos a los hermanos de nuestra estima y de nuestro trato, si conservamos rencores y si no damos nuestra aportación para construir la fraternidad. La Eucaristía existe para que nos amemos, nos perdonemos y dejemos edificar al Señor la casa donde Él quiere habitar.

En la plegaria eucarística, después de haber invocado al Espíritu para que el pan y el vino se conviertan en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo, le pedimos que, en virtud de la acción sacramental, nos reúna también a nosotros en un solo cuerpo. El amor fraterno y la Eucaristía son dos signos que no se pueden separar. Cuando el primero no existe, se introduce una “mentira en el sacramento”. Cuando no se vive la Eucaristía, el amor pierde sus dimensiones y se separa de su fuente de alimentación. “Señor, haz que de la participación en este tan gran misterio obtengamos plenitud de caridad y de vida”. Sea ésta la expresión intensa de nuestros deseos y el empeño auténtico de nuestra voluntad.

Una tercera pista que explorar es la referencia personal, interiorizada y convencida, al misterio de la Eucaristía.

“Sólo podremos formar comunidades que rezan, si personalmente somos hombres de oración”. Esta afirmación

que nuestras Constituciones refieren en general a nuestra vida de oración, vale de manera muy particular para la Eucaristía.

Será necesario, ante todo, que maduremos un conocimiento más profundo de este sacramento. Llevados como estamos por la inmediatez de los desafíos de cada día, tal vez desde hace años no leemos ninguna obra seria y convincente de teología eucarística, con la consecuencia de que la comprensión del misterio se vuelve más pobre y las motivaciones interiores se debilitan. El Congreso Eucarístico mundial del Jubileo pondrá seguramente a nuestra disposición aportaciones y estímulos que no deberemos dejar sólo a la atención de los que participen en él.

Debemos, luego, redescubrir la lección que nos viene de Don Bosco, es decir, la síntesis, la “espléndida armonía” entre oración y entrega apostólica unificadas en el “Da mihi animas”. Lo que buscamos en la oración y en la acción pastoral es una única cosa: la participación en la caridad de Cristo, que la Eucaristía nos hace posible.

Será, pues, importante que cada uno de nosotros aproveche la ocasión de gracia de este Jubileo, para volver a las raíces más auténticas de la propia vocación, y renueve con convicción la adhesión a aquella caridad pastoral hacia los jóvenes que caracteriza nuestra espiritualidad.

Pero en este camino deberemos tener en cuenta y evitar el peligro de las ilusiones. La síntesis de trabajo y oración en un único movimiento de caridad hacia Dios y hacia los hermanos no es un objetivo que se pueda conseguir a través de cualquier itinerario. El misterio de la Eucaristía no es sólo un motivo inspirador, sino que aún antes y mucho más es el momento

imprescindible en que el corazón contemplativo y apostólico se forma, en contacto con el corazón de Cristo. Entre la praxis eucarística y la síntesis apostólica lograda hay una consecuencia lógica que no admite cambio de sentido.

Por esto sería ingenuo presumir de poder hacernos generosos y desinteresados en el servicio de los jóvenes descuidando cultivar una robusta piedad eucarística. Donde falte la referencia intensa a la Eucaristía, como centro de la existencia cristiana, no puede haber ni contemplación ni apostolado, porque los dos están juntos o desaparecen juntos.

Preguntémosnos, pues, sobre qué aspecto podemos hacer más personalmente, para corresponder al mandato de Cristo: “Haced esto en conmemoración mía” . En el ámbito de las formas personales de piedad eucarística nuestra tradición deja mucho espacio a la iniciativa de cada uno; pero esto no significa que el compromiso exigido sea menos intenso y que cualquier actitud sea igualmente fructuosa.

Un hijo y discípulo espiritual de Don Bosco sabe encontrar diariamente espacios de silencio ante la Eucaristía en la forma tradicional de las “visitas” o en otras expresiones de auténtica adoración y comunicación.

EL SALESIANO ES UN HOMBRE DE ORACIÓN (ACS 374, 2001)

El lugar privilegiado para la escucha es, pues, la meditación de la Palabra: “sentada a los pies de Jesús, (María en Betania) escuchaba su palabra”. Así, pues, todo empieza con la atención interesada a la Palabra, que se desarrollará luego en meditación, oración y contemplación. La escucha de Dios, con sus dimensiones de silencio, salida de sí mismo y concentración en el Otro, se hace

acogida o, mejor, descubrimiento en uno mismo de una presencia más íntima aún a nosotros que cuanto pueda serlo nuestro mismo “yo”: “Tarde te amé, belleza siempre antigua y siempre nueva, tarde te amé. Sí, porque tú estabas dentro de mí y yo fuera. Yo te buscaba allí. Deforme, me arrojaba sobre tus hermosas criaturas. Estabas conmigo, y yo no estaba contigo. Me tenía lejos de ti mi sordera; brillaste, y tu esplendor disipó mi ceguera; difundiste tu fragancia, y respiré y suspiro por ti, gusté y tengo hambre y sed; me tocaste y ardí de deseo de tu paz”.

GUSTAR EL SILENCIO.

El silencio es como la imagen de la Palabra reflejada en un espejo. Silencio y Palabra se completan y se refuerzan recíprocamente. Sin el silencio, difícilmente se llega, ya sea al conocimiento de sí, ya sea al discernimiento del proyecto de Dios sobre la propia vida. El silencio da profundidad y unifica.

La sobriedad salesiana en el hablar no es distanciamiento o dominio controlado de sí mismo; es siempre atención al otro, comprensión y deseo de dar y de recibir. Se pasa así a una dimensión interior, al estar bien consigo mismo, a la visión serena de las personas y de las situaciones, a la paz interior, al gusto de la presencia del otro.

Se produce también una actitud de dominio de sí y de resistencia para hacer callar los sentimientos desordenados hacia los demás, las imágenes arbitrarias de uno mismo, las rebeliones, los juicios no ponderados, las murmuraciones y las ligerezas, que nacen del corazón. Un silencio mesurado es el guardián de la interioridad y hace posible la escucha y la acogida de quien habla. El Dios que queremos encontrar está dentro de nosotros, El yo interior tiene necesidad de tiempos y espacios para

confrontar y valorar. Respecto de los primeros, no deberíamos tener miedo de reservar, en el horario, períodos de tiempo para dedicarlos a la meditación personal, al estudio, a la oración y - ¿por qué no? - a la contemplación: esa actitud total de quien se siente subyugado por la verdad o por la belleza.

El Evangelio nos aconseja “entrar en la propia habitación y, cerrada la puerta, orar al Padre que está en lo escondido”. Se trata de escoger un lugar donde la atención y el espíritu encuentren menos obstáculos para ir a Dios. La Iglesia o la capilla son, sin duda, lugares más adecuados para la “oración silenciosa”, aunque no los únicos. “Nuestro Salvador escogía lugares solitarios para orar, y aquellos que no ocupasen mucho los sentidos, sino que levantasen el alma a Dios, como eran los montes que se levantaban de la tierra, que ordinariamente son pelados sin materia de sensitiva recreación”.

Los paseos, por ejemplo, pueden adquirir un significado nuevo: se trata de descubrir la presencia del Señor que – según la expresión poética de San Juan de la Cruz – “pasó por estos sotos con presura, y yéndolos mirando, con sola su figura vestidos los dejó de hermosura”.

Así, pues, la persona no mira si el lugar para la oración tiene determinadas comodidades, porque esto quiere decir que está todavía apegada a los sentidos; sino que se preocupa, sobre todo, del recogimiento interior; olvidando todo lo demás, escoge para tal fin el lugar más libre de objetos y gustos sensibles y aparta la atención de todo esto, para poder gozar mejor de su Dios en la soledad de las criaturas.

ACCEDER CON CONFIANZA AL PADRE.

Ésta es la sugerencia de San Pablo; es la indicación de

Jesús. El Señor acepta el culto ritual, pero como camino y condición para el abandono espontáneo y transparente. Hay ocasiones en las que podemos rezar sin palabras, pero no podemos nunca rezar sin el deseo profundo de encontrarnos con el Señor, de estar con Él. “Tu rostro buscaré, Señor” es ya una forma de oración. Es frecuente hoy desear aquellos momentos de gozo y de emoción que se dan raramente o bajo el impulso de fuertes estímulos. Son una gracia, en la que no se fundamenta nuestra relación con Dios, sino con la que el Señor nos sostiene. Estamos en tiempos en que domina la emoción religiosa, el deseo de experimentar “otra cosa”, lo que está más allá de lo sensible. Esto vale también para los jóvenes, para los cuales autenticidad y sentimiento van unidos, aún en la experiencia religiosa.

La amistad con el Señor requiere que nuestro deseo de encontrarnos con Él sea dentro de la oración y ésta dentro de la vida, como orientación y pasión: “Oh, Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo”. No se trata, pues, de un deseo de cumplir obligaciones de oración, sino de un anhelo intenso de la presencia del Señor, de su amistad.

A veces tememos acercarnos demasiado a Dios, o que Él nos manifieste demasiado claramente su voluntad. Miles de preguntas nos invaden: ¿qué me pedirá Dios? ¿adónde me conducirá? Lo que está en juego es mucho: se trata de mi vida. Podría cambiar la orientación de todo lo que he hecho; podría ser llamado a poner en discusión mis valores. Sucedió a los patriarcas, a los profetas, a los apóstoles, a los santos que, en cuanto a la oración, son ejemplos eximios. Podemos decir que nos sucede también a nosotros, a través de acontecimientos imprevistos, que cambian el curso, el ritmo o el tono de nuestra existencia.

Con los demás, cada uno de nosotros entra en diálogo entre iguales. En cambio, con Dios todo es diverso. Él me dice: “Yo soy el Señor, tu Dios”. Dijo Einstein: “Cuando me acerco a este Dios, debo quitarme los zapatos y caminar de puntillas, porque estoy en una tierra sagrada”. Y, sin embargo, no estamos en la región de la lejanía ni del temor, sino en la filial, del Espíritu, que es misterioso e inagotable: de ahí nacen siempre novedades de parte del Padre y de nuestra parte, según va avanzando la vida.

HACER UN CAMINO DE ORACIÓN.

En la oración hay también un camino de formación y de crecimiento permanente. Nadie, cuando es adulto o anciano, reza como cuando era niño, aunque puede mantener rasgos personales, madurados por la vida. La oración no sólo nos enriquece, sino que nos plasma por lo que ella es, y por los hechos de nuestra vida que asumimos a su luz. Algunos de nosotros, tal vez, han compartido la experiencia de monjes que han llevado adelante una vida de pura oración. Pero también es interesante y fecundo el diálogo sobre la oración con hermanos nuestros llegados a la madurez de la vida y del sufrimiento.

Al asumir el compromiso de rezar, me abandono enteramente en Dios y me entrego en sus manos. Es a Dios a quien acojo; es a Él a quien me doy; con Él quiero caminar y de Él recibir mi propio ser, siempre renovado por los dones de su amor.

La contemplación ofrece el momento más alto de la oración. Pero ella, como afirma Vita Consecrata, no es privilegio de un estado, sino dimensión esencial de los que sienten la propia vida “transfigurada” en Cristo. Es la visión de fe, gozada en su dimensión unificante, que irradia luz y belleza.

La oración así entendida es el acto adulto mediante el cual mi relación personal se abre respecto de Dios, consciente de mi irreductible sed de Él, como también de su amorosa búsqueda de mí.

La oración supone también la salvaguardia de un tiempo suficiente, capaz de arraigar en mí y de expresar el significado más alto del acto de rezar. Si deseo llegar a una oración viva y vivificadora, que sea experiencia de amor con el “partner” único, no puedo dejar de reservar algunos espacios de mi vida, consagrándolos a estar de tú a tú con el Señor.

Perseverar en este acto de fe pura y desnuda, durante un tiempo que no conoce prisa ni cálculo de ventajas personales, dedicado a estar simplemente en la presencia de Dios Padre (Él me mira, me ama y me trabaja, durante estos momentos que tocan lo profundo de mí en la soledad), aun cuando yo tenga la sensación de permanecer sin palabras y de perder mi tiempo: he aquí la exigencia y la garantía de una adoración en espíritu y en verdad. Es interesante ver el camino de oración de nuestros Siervos de Dios, en los que encontramos siempre tres características: la participación en las prácticas comunitarias, los tiempos personales de los que estaban ávidos y la unión en la vida.

Aun siendo verdad que la oración puede dar paz interior a mi vida, serenidad de espíritu y eficacia en la acción, la finalidad principal no será sólo buscar estas ventajas, si en la oración quiero encontrar al Padre de Jesús y Padre nuestro, la experiencia del amor gratuito.

Al darle al Señor mi tiempo humano, sin pedirle nada en cambio (efectos extraordinarios, progreso espiritual rápido y apreciable, etc.), me expongo al sol mismo de la divina

gratuidad. Ésta es la gracia por excelencia del comprometerse a rezar: ser educados en la gratuidad, en una sociedad como la nuestra en la que todo es objeto de compraventa. Saber con indudable sabiduría que somos amados por Él y que Lo podemos amar y desear, constituye la gran riqueza de nuestra vida, que hace aparecer como secundarias todas las demás pretensiones.

¡Ésta es la bienaventuranza de una vida de oración! Quien sabe perder su tiempo con el Señor, aprende a dar a los hermanos la propia vida con generosidad gratuita, olvidado de sí mismo. La oración, como el amor, no tiene necesidad de justificación.

Puesto que es el Espíritu quien reza en nosotros y que de Él aprendemos a dirigirnos al Padre, es más importante ponerse en sintonía y unión con Él que conocer definiciones descriptivas exactas sobre la oración. Éstas, sin embargo, ayudan a un mayor conocimiento y camino de purificación. Tomemos algunos elementos constantes, sacándolos de la experiencia de Jesús, de la Iglesia y de aquellos que la han contemplado y seguido más de cerca.

DON BOSCO HOMBRE DE ORACIÓN.

Sería inexacto históricamente pensar que la oración de Don Bosco se hubiera quedado en estos niveles. La experiencia “oratoriana”, educativa y pastoral, con los muchachos pobres y con los discípulos jóvenes, produjo en él un salto hacia una “oración apostólica”, hacia la contemplación en la acción, y el éxtasis frente a la acción de Dios en el alma de los jovencitos. Así empezó y se desarrolló aquella unión entre la actitud de oración y la vida emprendedora, empapada de esperanza y de

audacia, que suscitó inicialmente interrogantes acerca de su santidad, dado que alguien lo juzgó sólo un “emprendedor” de Dios, pero que resultó ser luego paradigma para la oración y la vida del salesiano.

Un método análogo al de Mamá Margarita, madurado en la experiencia pastoral y en el sacrificado servicio educativo, será el que use Don Bosco con sus jóvenes. En efecto, al comienzo de su manual de oración, *El Joven cristiano*, al enumerar Las cosas necesarias a un joven para alcanzar la virtud, él parte del Conocimiento de Dios: “Levantad los ojos, queridos hijos míos, y observad cuanto existe en el cielo y en la tierra. El sol, la luna, las estrellas, el aire, el agua, el fuego, cosas son todas que en otro tiempo no existían (...). Pero hay un Dios que existe eternamente y que con su omnipotencia las sacó de la nada creándolas”. Ambas experiencias le sirvieron para convertirse en el iniciador de los jóvenes en la comunión con Dios.

Educado en saber contemplar a Dios en la naturaleza y en los acontecimientos humanos, especialmente los que se referían a los jóvenes confiados a él, Don Bosco formaba a sus muchachos en esta “mirada simple”, reveladora del amor de Dios. Por esto, era un atento observador de la historia humana y de la Iglesia, de la que había sido narrador eficaz para los jóvenes. Y sus muchachos aprendían.

De Miguel Magone, durante unas vacaciones en I Becchi, el santo cuenta: “Una noche, mientras nuestros muchachos estaban ya acostados, oí que alguien lloraba. Me acerco con cuidado a la ventana y descubro a Miguel, en un ángulo de la era, mirando a la luna y llorando entre suspiros. - ¿Qué te ocurre, Miguel? ¿Te sientes mal?, le dije. Él, que pensaba estar

solo, se turbó y no acertaba a responder. Pero, al insistir yo, contestó con estas precisas palabras: - Lloro al observar cómo la luna aparece con inalterable regularidad después de tantos siglos para alumbrar en medio de las tinieblas de la noche, sin permitirse jamás una desobediencia al Creador; yo, en cambio, dotado de razón, que debiera haber sido exacto cumplidor de las leyes de Dios, le he desobedecido mil veces y le ofendí de mil maneras a pesar de mis pocos años. – Dicho esto, se puso a llorar de nuevo. Lo consolé lo mejor que pude, se calmó poco a poco y se fue a descansar”.

Don Bosco comenta con admiración esta capacidad de Miguel de “descubrir en todo la mano del Creador y la obligación de toda criatura de prestarle obediencia”

SIGUIENDO A SAN FRANCISCO DE SALES.

Todo esto se coloca en la línea de la espiritualidad de San Francisco de Sales, el cual, en la segunda parte de la Filotea (donde se encuentran indicados “algunos consejos para la elevación del alma a Dios”), después de la presentación de la oración mental, sugiere otras cinco clases de oraciones breves, que son “complemento y añadidura de la gran oración”: las oraciones de la mañana, las de la noche, el examen de conciencia, el recogimiento espiritual y las aspiraciones a Dios. A este último tipo de oración, hecho de “breves pero ardientes aspiraciones del corazón” hacia Dios, Francisco invita al devoto: “Admira su belleza, invoca su ayuda, arrójate en espíritu al pie de la Cruz, adora su bondad, pídele que te conceda la salvación, ofrécele mil veces al día tu alma, clava tu mirada interior en su corazón, tiende las manos hacia Él, como el niño pequeño a su padre, a fin de que Él te guíe;

lleva su imagen sobre tu pecho como un ramillete de flores delicioso; clávalo en tu alma como un estandarte”.

Este tipo de aspiración a Dios lo compara el santo con el pensamiento de los que se aman: “Tienen casi siempre su pensamiento en la persona amada, su corazón henchido de afecto hacia ella, su boca llena de alabanzas (...); así también los que aman a Dios no pueden dejar de pensar en Él, respirar para Él, aspirar y hablar de Él, y querrían, si fuese posible, grabar sobre el pecho de todos los hombres el santo nombre de Jesús”.

“A ello te invitan todas las criaturas – escribe aún San Francisco de Sales -. No hay criatura que no pregone las alabanzas de la Suma Bondad (...); todas las cosas te incitan a buenos pensamientos, de los cuales nacen después muchos movimientos y muchas aspiraciones hacia Dios. He aquí algunos ejemplos (...)”. Los ejemplos que presenta el santo están tomados de la hagiografía y de la vida cotidiana, o de espectáculos de la naturaleza. “Cierta alma devota, contemplando un riachuelo cuyas aguas reflejaban las estrellas en noche serena, exclamaba: ¡Oh Dios mío! Esas mismas estrellas estarán bajo mis pies cuando me hayas alojado en tus tiendas (...). Otra persona, al contemplar los árboles florecidos, suspiraba: ¿Por qué yo solo me encuentro sin flores en el jardín de la Iglesia? Otra, ante unos pollitos reunidos alrededor de la madre, decía: ¡Oh, Señor, consérvame bajo la sombra de tus alas!”.

Así enseña San Francisco de Sales. Del mismo modo, Juanito era guiado e instruido por su madre en los caminos de la fe y de la contemplación, y adquiriría aquel sentido profundo del Dios presente, que lo acompañará toda la vida. Sabemos – como todavía se expresa San Francisco de Sales – que en este ejercicio

simple de contemplación y de recogimiento espiritual, que desemboca en breves aspiraciones, en buenos pensamientos y en jaculatorias espontáneas, “estriba la gran obra de la devoción; puede suplir la falta de todas las demás oraciones, pero la falta de ésta no puede ser reemplazada con otro medio alguno. Sin él no puede existir la vida contemplativa, ni tampoco, cual conviene, la vida activa”.

Don Bosco es también sensible a las maravillas de la naturaleza, pero mucho más a las del ánimo juvenil que supera los propios movimientos malos, acoge las invitaciones de la gracia y se abre generosamente a Dios.

Contemplativo de la salvación, extasiado ante la obra de Dios en la vida, lleno de admiración frente a Domingo Savio, se conmueve ante los muchachos de la cárcel, invoca la ayuda de María Auxiliadora a la vista de los habitantes de la Patagonia, suspira por la evangelización del Asia.

EL MARCHAMO ORATORIANO.

En este clima, en Valdocco el espíritu y la práctica de la oración estaban estrechamente unidos con la caridad educativa. Se podía leer en la cara de sus habitantes, muchos de los cuales formarán la primera generación salesiana: “Conocimos nosotros –escribe Don Ceria – a aquellos hombres tan diferentes en ingenio y cultura, tan desiguales en sus aptitudes: pero mostrando todos ciertos rasgos característicos comunes, que casi constituían como sus rasgos de origen. Serena calma en el decir y en el obrar; excelente paternidad de modos y de expresión; pero, especialmente, para no salirnos de nuestro tema, una piedad que bien se veía que era en su concepto el ubi consistam, el sello de la vida salesiana. Oraban mucho, oraban devotísimamente:

se afanaban para que se orase mucho y se orase bien; parecía que no sabían decir cuatro palabras en público o en privado, sin hacer entrar, de alguna manera, la oración. A pesar de ello, (...)no parecía que aquellos hombres tuviesen gracias extraordinarias de oración. Así los veíamos cumplir con ingenua sencillez nada más que las prácticas prescritas por la regla o admitidas por nuestras costumbres”. Amaban a Dios y, en Él, a los jóvenes. He aquí el comentario sobre la unión entre momentos de oración y vida, entre oración explícita y misión.

La oración que Don Bosco practica y trata de enseñar a sus hijos es lineal y simple en sus formas, auténtica, completa y popular en la sustancia y en los contenidos, alegre y festiva en las expresiones. Es verdaderamente una oración al alcance de todos, de los niños y de los humildes en particular, y toma cuerpo en lo que él llama “prácticas de piedad”.

Escribe Don Caviglia que Don Bosco no ha creado ninguna nueva forma especial de práctica o de oración o devoción como el Rosario, los Ejercicios Espirituales, el Vía Crucis y otras semejantes. Él está abierto a las fórmulas y, en cierto sentido, también a las formas de piedad de las que, como educador, comprende su utilidad; es realista, mira a la sustancia, a la relación con Dios y a su reflejo sobre la vida: rezar es tener un trato de amistad con Él por lo que se pasa fácilmente, del estar a solas con Él, a su servicio en el prójimo.

Es verdad que Don Ceria escribe que Don Bosco no dedicaba largo tiempo, como hicieron otros santos (Cura de Ars, San Antonio María Claret), a la meditación. Pero tener un modo propio de rezar no es lo mismo que no rezar o rezar demasiado poco.

Cuantitativa y cualitativamente diversa de la de otros santos, la oración de Don Bosco resultaba no menos verdadera y profunda

ante la prueba de los hechos. Los testimonios de los procesos han revelado en Don Bosco una insospechada y exorbitante actividad de oración. Acaso faltaban la exterioridad vistosa y los grandes gestos; pero la oración irrumpía por todas partes. “Se puede decir – ha declarado Don Barberis – que rezaba siempre; yo lo vi, podría decir, centenares de veces subiendo y bajando las escaleras siempre en oración. Y también rezaba por la calle. En los viajes, cuando no corregía pruebas de imprenta, le veía siempre en oración. En el tren – solía decir a sus hijos – no se esté nunca en ocio, sino diciendo el breviario, recitando el Rosario de la Virgen, o leyendo algún libro bueno”.

Dispensado en sus últimos años de vida del rezo del Breviario, en realidad lo decía casi siempre y con gran devoción; impedido por fuerza mayor, lo suplía, como se deduce de esta su promesa formal y heroica, “con no hacer ninguna cosa o pronunciar palabra que no tuviese de mira la gloria de Dios”.

La oración era para Don Bosco “la obra de las obras”, porque la oración “alcanza todo y triunfa de todo”. Es lo que “el agua para el pez, el aire para el pájaro, la fuente para el ciervo, el calor para el cuerpo”. Su institución está fundada sobre la oración.

Don Bosco, capaz de contemplar a Dios en el rostro y en la situación de los jóvenes, no siente la necesidad de imponer a sus discípulos otras prácticas comunitarias que no fueran las del buen cristiano, y del buen sacerdote si se trata de sacerdotes. Se trata de una oración que nunca es desinterés o fuga de las situaciones juveniles que habría que transformar según el proyecto de Dios, o huída de los hombres a quienes se debería orientar a Cristo: “da mihi animas cetera tolle”. Ya hemos recordado el texto de la primera redacción de las Constituciones: “La vida activa a que mira particularmente la

Sociedad hace que los socios no puedan dedicarse a muchas prácticas de piedad en común”. Está en esta expresión la afirmación implícita de que son posibles y recomendables otras muchas formas de oración. Entre éstas, Don Bosco dio gran importancia a las jaculatorias.

“Cada uno – leemos aún en las Constituciones – además de las oraciones vocales, hará todos los días media hora, por lo menos, de oración mental, a no ser que se lo impida el ejercicio del sagrado ministerio; en este caso, la suplirá con la mayor frecuencia posible de oraciones jaculatorias y, con mayor fervor, ofrecerá a Dios las obras que le impiden asistir a las prácticas de piedad establecidas”. Las jaculatorias, oración fácil, esencial, servían, según él, para mantener despierto el pensamiento de Dios.

Podemos decir que, en Don Bosco, entre oración y trabajo se da una relación perfecta de identidad. En este sentido, pero sólo en este sentido, se puede decir que el trabajo es oración. Y esto, según Don Ceria, ha sido el secreto de Don Bosco, su rasgo más característico: “La diferencia específica de la piedad salesiana está en saber hacer del trabajo oración”.

Pío XI lo confirmó solemnemente: “Ésa era, en efecto, una de sus más bellas características, la de estar en todo, ocupado en un contraste continuo, agobiador, de inquietudes, en medio de una multitud de demandas y consultas, y tener siempre el espíritu en otra parte: siempre arriba, donde la claridad era impasible, donde dominaba siempre soberanamente la calma; de tal forma que en él el trabajo era oración real, y se cumplía el gran principio de la vida cristiana: qui laborat, orat”.

Así como Don Bosco es identificado como el hombre de la “unión con Dios”, el salesiano se caracteriza por ser el hombre “contemplativo en la acción”. El problema está precisamente en

comprender qué significa esta expresión.

En efecto, en la tensión entre oración y acción, es difícil lograr el equilibrio, no sólo en la teoría sino también en la práctica de la vida diaria. El problema, puesto desde los orígenes del cristianismo, ha sido muy discutido. Agustín, a este propósito, comentando a Lucas 10,38-42, escribe: “Las palabras del Señor nos advierten que, en medio de la multiplicidad de ocupaciones de este mundo, hay una sola cosa a la que debemos tender. Tender, porque somos todavía peregrinos, no residentes; estamos aún en camino, no en la patria definitiva; hacia ella tiende nuestro deseo, pero no disfrutamos aún de su posesión. Sin embargo, no cejemos en nuestro esfuerzo, no dejemos de tender hacia ella, porque sólo así podremos un día llegar a término. Marta y María eran dos hermanas, unidas no sólo por su parentesco de sangre, sino también por sus sentimientos de piedad; ambas estaban estrechamente unidas al Señor, ambas le servían durante su vida mortal con idéntico fervor. Marta lo hospedó, como se acostumbra a hospedar a un peregrino cualquiera. Pero, en este caso, era una sirvienta que hospedaba a su Señor..

Por lo demás, tú, Marta, - dicho sea con tu venia, y bendita seas por tus buenos servicios, buscas el descanso como recompensa de tu trabajo. Ahora estás ocupada en los mil detalles de tu servicio, quieres alimentar unos cuerpos que son mortales, aunque ciertamente son de santos... Todo esto en la patria celestial ya no existirá; allí sólo habrá lo que María ha elegido: allí seremos nosotros alimentados, no tendremos que alimentar a los demás. Por esto, allí alcanzará su plenitud y perfección lo que aquí ha elegido María, la que recogía las migajas de la mesa opulenta de la palabra del Señor..., (el cual) hará sentar a la mesa (a sus siervos) y los irá sirviendo”.

Marta y María son un ejemplo de unidad radical en la que vida activa y vida contemplativa no se oponen; juntas representan una existencia llena completamente de la escucha contemplativa, sobre todo cuando se es llamado a comprometerse en el mundo. La unidad radical entre contemplación y acción se encuentra en la relación y en la comunión con Dios.

Veamos ahora cómo se resuelve esta tensión entre contemplación y acción en la vida del salesiano, deteniéndonos, ante todo, en la expresión “contemplativo en la acción”, para pasar luego a indicar algunas características que definen la vida del salesiano como hombre contemplativo en el servicio a los jóvenes.

“CONTEMPLATIVO EN LA ACCIÓN”.

El contemplar, es decir, el estar como extasiados en la mirada prolongada o brevísima, pero intensa, con estupor y admiración, abraza y aferra en un solo momento profundo la realidad en sus raíces y el sujeto en sus múltiples dimensiones unificadas. Es lo que se llama propiamente una “experiencia”.

La contemplación cristiana comporta una mirada unitaria que capta, en el sucederse de los acontecimientos, el cumplimiento del Reino de Dios y, por lo mismo, la participación en su construcción. No se verifica solamente en el silencio o en la soledad, como si se estuviera fuera de las aspiraciones, deseos, alegrías y sufrimientos del Reino; sino también en la participación de las cosas de la vida que Jesús vino a traer.

En efecto, en la tradición cristiana se puede hablar de dos grandes caminos o lugares preferenciales, no exclusivos, de contemplación. En el primero, la persona se separa de las “cosas humanas” para sumergirse en Dios; en el segundo, capta, precisamente en las “cosas humanas”, cómo se hacen presentes

Dios y su Reino, y se pone a su disposición para participar en su anuncio salvador. “Aquí vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad”. En consecuencia, “asume” la vida como unión con Dios, en su pasión por salvar al hombre.

La diferencia entre los dos proviene de una diversa acentuación de la relación entre Reino de Dios y vida humana. Quien vive la separación de las cosas quiere comprenderlas contemplando a Dios. El acento se encuentra en reconocer el misterio de Dios, inaccesible, lugar definitivo de descanso y de felicidad para el hombre. Quien, en cambio, vive la pasión responsable y activa por la salvación, acentúa la Encarnación de Dios, su mezclarse con las cosas de la historia. Contempla a Dios que ofrece su gracia para construir aquí y ahora su Reino, y goza como Jesús de las maravillas que el Padre obra en los humildes y en los pobres. Así, Dios es “comprendido” en la contemplación de las cosas y en las diversas actividades del Reino.

Ambas actitudes son importantes e irrenunciables. Se trata de acentuaciones que influyen en la distribución del tiempo y en la elección del estilo de vida. Del salesiano se afirma que su contemplación aflora y se manifiesta, sobre todo, en la pasión por la vida de los jóvenes; y así, siguiendo el misterio de la Encarnación, trata de entrar profundamente en ella.

“Contemplar en la acción” no quiere decir necesariamente pensar en Dios mientras se obra. Se trata, más bien, de un darse cuenta del hecho de que en aquella actividad humana está en juego el cumplimiento del Reino de Dios. Contemplar en la acción es un camino que requiere condiciones análogas al contemplar en la quietud y, aunque es gracia, se adquiere a través de la cruz.

ALGUNAS CONDICIONES PARA LLEGAR A SER “CONTEMPLATIVOS EN LA ACCIÓN”.

En forma sintética presento algunos rasgos que permiten al salesiano contemplar a Dios en la vida.

A. LA ORIENTACIÓN INTERIOR.

Todos los caminos de espiritualidad, también el del contemplativo en la acción, valen si llevan al santuario del corazón, donde nos precede la Verdad. En la formación religiosa insistimos en la interiorización; en la religiosidad difusa, se distingue la emoción de un momento, de la fe madura y personalizada.

Para llegar a ser contemplativo en la acción, hace falta un clima interior, hecho de fe abierta y vigilante, de humildad y paciencia, de fidelidad a Dios y a los hombres, de dominio de sí y de apertura a los horizontes de eternidad. La calidad de la contemplación en la acción proviene de la calidad humana del gesto que se cumple y de la conciencia, implícita pero viva en lo profundo del creyente, de que el Reino de Dios está aquí y ahora, o bien de que el Reino de Dios en tal situación no se está construyendo. En el primer caso, se goza; en el segundo, se sufre. Sufrir y gozar son fruto de la contemplación.

“Cada uno de nosotros necesita expresar en lo íntimo su modo personal de ser hijo de Dios, demostrarle su gratitud y confiarle sus deseos y preocupaciones apostólicas”, para que toda su vida esté “imbuida de espíritu apostólico y toda la acción apostólica, informada de espíritu religioso”.

En este punto podemos recordar sintéticamente los pensamientos de Don Cafasso - que fue maestro seguro de oración para Don

Bosco -, que indican el mejor camino de vivir la caridad unitiva e iluminante en la acción. Nos interesan las actitudes de fondo, mientras que las prácticas dependen de la persona y del tiempo.

“El primer secreto – dice Don Bosco de Don Cafasso – fue su constante tranquilidad. Él se había familiarizado con el dicho de Santa Teresa: ¡nada te turbe! Por eso, con aire siempre sonriente, siempre cortés, con la dulzura propia de las almas santas, afrontaba con energía cualquier asunto aunque se prolongara en el tiempo, aunque fuera difícil y estuviera sembrado a veces de espinosas dificultades. Y esto, sin preocuparse, sin que la multitud o la gravedad de los asuntos le procurasen la más mínima turbación. Esta maravillosa tranquilidad hacía que él pudiera tratar con calma muchos y variados asuntos sin alteración de sus facultades intelectuales”.

El segundo secreto es la gran práctica en los asuntos, unida a una gran confianza en Dios. “Él repetía con frecuencia las palabras del real profeta David: *Dies diei eructat verbum* (Sal 18,2: “El día al día le pasa el mensaje”). Lo que hago hoy me sirve de norma para lo que tendré que hacer mañana. Esta máxima, unida a su prudencia, a su experiencia y a su prolongado estudio del corazón humano, le habían hecho familiares las cuestiones más difíciles. Las dudas, las dificultades, las cuestiones más complicadas desaparecían ante él. Planteada una cuestión, la comprendía por su simple enunciado; luego, elevado un instante su corazón a Dios, respondía con tal prontitud y precisión, que una prolongada reflexión no habría logrado pronunciar un mejor juicio”. Es la formación permanente en la vida y desde la vida en confrontación con la Palabra.

El tercer secreto era la exacta y constante ocupación del tiempo. “En los treinta o más años que lo conocí, no recuerdo haberle

visto pasar un instante que pudiera decirse ocioso. Concluido un asunto, inmediatamente emprendía otro. Cuántas veces se le vio quedarse cinco o seis horas en el confesionario, e irse después a la habitación, donde pronto empezaba la audiencia acostumbrada que duraba varias horas. Cuántas veces también llegaba rendido de fuerzas, de predicar y de confesar en las cárceles; e, invitado a descansar un momento, él respondía: la conferencia me sirve de descanso”.

El cuarto secreto es su templanza, que mejor llamaríamos su rígida penitencia y que en Don Bosco muestra la coherencia de los elementos que configuran la espiritualidad salesiana. Sin una grande sobriedad, dice él, es imposible hacernos santos. “Y así, cada día, cada semana, cada mes, y el año entero, para Don Cafasso, eran un rígido, un espantoso ayuno; pero él, a excepción del momento de la comida, el resto del tiempo podía emplearlo en cosas útiles para el bien de las almas.

Con estos cuatro secretos – concluye Don Bosco – Don Cafasso encontraba modo de hacer muchas y variadas cosas en breve tiempo, y de elevar así la caridad al más sublime grado de perfección: Plenitudo legis dilectio (Rm 13,10)”.

B. LA INTENCIÓN.

No es verdad que cualquier actividad, hecha de cualquier modo, sea oración. Para que nuestra acción pueda llegar a ser lugar de encuentro y de comunicación con Dios, es necesario que nuestra acción esté hecha en conformidad con la voluntad de Dios y que proceda de la íntima unión con Él.

La necesidad que tiene el salesiano de reservar un tiempo específico para la oración personal y comunitaria no es tanto porque se niegue que la vida cotidiana pueda ser el lugar para

encontrar a Dios en los jóvenes, o porque se considere que la verdadera oración sea sólo la oración explícita, hecha en la capilla; sino, más bien, porque el salesiano es consciente de ser criatura y, por lo mismo, de su condición de pecador. Precisamente por esto, puede desviar la atención en su acción, y tiene necesidad de intimidad con el Señor para purificar las motivaciones de la acción y así continuar relacionándose con Dios donde Él se le quiere manifestar: en la vida.

A través de la oración explícita, el salesiano excava en lo íntimo de sí mismo y purifica la opción fundamental, reafirmando a Dios como Señor de la propia existencia, que orienta la vida y da sentido a todas las cosas que hace. En la oración explícita, personal y comunitaria, el salesiano reconoce la prioridad de la opción por Dios, como amor supremo que excluye todo lo que se le opone.

Si falta esta purificación de la intención, que procede de la íntima unión con Dios, la acción – incluso la que podemos llamar de índole apostólica – se convierte en obra de nuestras manos y, por lo mismo, causa de empobrecimiento espiritual. “La característica sobriedad en las prácticas de piedad querida por Don Bosco, hay que interpretarla no como un minimismo relajado, sino en referencia de su contexto. Y en este contexto está la riquísima e intensa atmósfera sobrenatural del Oratorio de Valdocco, irradiación de la santidad de Don Bosco, resultado del ambiente de fervor que él había creado entre los jóvenes, en el cual Dios era, indiscutiblemente, el centro de todo”.

La transformación de la vida en oración supone, pues, una sólida unión con Dios. Sólo entonces la oración explícita puede, si se quiere, disminuir, porque la acción, transformada en oración,

viene de donde el alma se pierde en Dios.

C. SENTIRSE INSTRUMENTOS DE DIOS EN FAVOR DE LOS JÓVENES.

Contra el peligro del eficientismo tan extendido y de la sola búsqueda de los resultados, los salesianos sienten, en su trabajo, la urgencia de una actitud de humildad radical. Se trata de ser fieles a una misión recibida. Por eso, antes de un dar, nuestra respuesta es un recibir. No somos propietarios del Reino, ni de la misión recibida. La Viña tiene un Dueño. El trabajo se hace oración, si es hecho con espíritu de obediencia y disponibilidad hacia Aquel que nos ha mandado: “No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo, el Señor; en cuanto a nosotros no somos más que servidores vuestros por amor a Jesús”.

El salesiano se comporta como un “místico” en la acción cuando, consciente de su propia debilidad, trabaja tratando de saber qué agrada a Dios y dejándose guiar por la voluntad de Aquel que quiere que todos los hombres se salven.

La vida espiritual del salesiano consiste precisamente en dejar que este amor divino llene su corazón, para poder difundirlo entre los jóvenes. El “silencio de todo el ser”, del que habla el CGE, “nace de la necesidad que tenemos de avanzar siempre más y más en la intimidad con Dios, ‘sumamente amado’: un silencio que nos ponga en condiciones de escuchar verdaderamente a Dios y de identificarnos con su designio de redención”.

El salesiano sabe que ha sido elegido precisamente para ser testigo e instrumento de esta presencia de Dios en la historia. Se da cuenta de que su acción está precedida y superada por una presencia más fuerte. Se alegra de ello, intercede y alaba.

A través de la presencia del salesiano, el joven queda tocado por un amor nuevo, potente y transformante.

“Signo y portador del amor de Dios a los jóvenes, especialmente a los más pobres” se traduce para el salesiano en la triple actitud de compasión, acercamiento, intercesión y salvación efectiva hacia los jóvenes.

D. DESCUBRIR LA PRESENCIA DEL ESPÍRITU EN LA VIDA DE LOS JÓVENES.

Las Constituciones hablan de la docilidad y disponibilidad para renovar siempre la atención al Espíritu: “Atento a la presencia del Espíritu y haciendo todo por amor de Dios, llega a ser, como Don Bosco, contemplativo en la acción”.

El Espíritu obra en el fondo de toda conciencia humana. Es preciso saber descubrir e interpretar esta presencia misteriosa, reconocer sus signos, individuar los lugares privilegiados y las diversas manifestaciones del Espíritu en la vida de los jóvenes.

Con maravilla y alegría, el salesiano descubre a Dios trabajando en un corazón que le acoge, en un grupo abierto, en un acontecimiento banal o inesperado. Y, por esto, está dispuesto a encontrar al joven donde se encuentre, consciente de deber interpretar bien el sentido de la acción divina para ser su servidor y su cooperador visible. Y, más en particular, está convencido de que Dios habla secretamente a todo joven y lo invita con apremio al diálogo de la Alianza en este momento decisivo de su historia personal.

En lugar de condenar, el salesiano prefiere el discernimiento como instrumento de lectura de la historia desde un punto de vista cristiano. Un criterio que implica una aceptación de

la historia sin reservas de prejuicios y sin ingenuidad; más aún, la historia es lugar de lectura de los “signos”, es decir, de significados relevantes para la fe cristiana (cf. Mt 16,4).

Al diagnóstico de los signos de los tiempos, corresponde la terapia de la actualización, para aguzar “las orejas a las voces de la tierra” y así establecer una relación viva y vital con el pasado, el presente y el futuro.

De este modo, la contemplación va incluida en el darse plenamente al servicio de los jóvenes y del pueblo, aceptando sus exigencias diarias según el ejemplo del Buen Pastor: participar de la paternidad de Dios, obrando como Él en favor de la vida, desde las formas más elementales (comida, casa, instrucción), hasta las más altas (revelación del Evangelio, vida de fe).

El salesiano ejerce su papel de “instrumento del amor de Dios para los jóvenes” bajo el signo de la concreción histórica: “El salesiano debe tener el sentido de lo concreto y estar atento a los signos de los tiempos, convencido de que el Señor lo llama a través de las urgencias del momento y del lugar”.

Don Pascual Chávez

QUERIDOS SALESIANOS ¡SED SANTOS! (14 DE AGOSTO 2002)

La santificación es don de Dios. La iniciativa ha sido y sigue siendo siempre de Dios: la certeza de poder cambiar nuestra vida radica en la certeza de haber sido objetivamente transformados en Él, por lo que la santidad es -para usar las palabras del Card. Suenens - “una asunción antes de ser una ascensión”.

“Hay una tentación que insidia siempre todo camino espiritual

y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente, Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino. Pero no se ha de olvidar que, sin Cristo, ‘no podemos hacer nada’(cf. Jn 15,5)”. .

En la santidad que se intenta alcanzar resplandece, indiscutible, el primado de Dios: la santidad no es nunca un proyecto personal, que se programa y se lleva a cabo según tiempos, metodologías y opciones fijados por nosotros; más que un deseo genérico de Dios, es su voluntad expresa sobre cada uno de nosotros (1 Tes 4,3); pura gracia, siempre don, no podemos conquistarla solos; ni siquiera podemos rehusarla sin serias consecuencias. Dios nos ha creado buenos, más aún, muy buenos (cf. Gen 1,26-31), y nos ha pensado santos “antes de la creación del mundo” (Ef 1,4); pero falta nuestra parte: podemos ayudar a Dios a completar en nosotros su obra creadora si le dejamos realizar su designio maravilloso, el más originario, sobre nosotros. No nos pide otra cosa; pero no espera menos de nosotros.

TÚ ERES MI DIOS, FUERA DE TI NO TENGO NINGÚN BIEN
(8 DE JUNIO 2003)

No es extraño, pues, que se hable de la primacía de Dios, “que ha entrado en nuestras vidas, nos ha conquistado y nos ha puesto al servicio de su Reino, como signos y portadores de su amor” (CG25, 22); del valor humanizante y profético del seguimiento de Cristo como respuesta a la idolatría del poder, del tener y del placer; de la gracia de la unidad, “que es don del Espíritu Santo y síntesis vital entre unión con Dios y entrega al prójimo, entre interioridad evangélica y acción apostólica, entre corazón orante y manos trabajadoras, entre exigencias

personales y compromisos comunitarios. De esta manera, se integran armónicamente, en la alianza con Dios, la misión apostólica, la comunidad fraterna y la práctica de los consejos evangélicos” (CG25, 24).

Todo esto se debería traducir en la centralidad de la Palabra de Dios en la vida personal y comunitaria, en la celebración de la Eucaristía, en la calidad de la vida de oración hasta hacer de la comunidad una “escuela de oración”; en la revisión de vida, en la dirección espiritual, en el proyecto de vida personal y comunitario. Una vez más, el punto sobre el que hay que insistir es la comunidad local y la vida fraterna de la comunidad presente en la vida de los jóvenes.

“VOSOTROS SOIS UNA CARTA DE CRISTO, ESCRITA NO CON TINTA, SINO CON EL ESPÍRITU DEL DIOS VIVO” (8 DE SEPTIEMBRE DE 2003)

A la luz de estos textos, resulta más comprensible el artículo constitucional que afirma que los ejercicios son “tiempo de recuperación espiritual”. La expresión evoca la ‘memoria bíblica’ y nos recuerda otro paso evangélico: la escena de Jesús con sus discípulos, que vuelven de su primera experiencia apostólica, entusiastas por “todo lo que habían hecho y enseñado”. Jesús responde a su euforia con la invitación: “Venid vosotros solos a un sitio tranquilo a descansar un poco” (Mc 6,30-31). Este texto forma parte de aquel pasaje que indica por excelencia lo que llamamos “caridad pastoral” (Mc 6,30-44). En efecto, ¿cómo se puede llegar a amar como verdaderos pastores a nuestros destinatarios, sin descansar antes solos con Jesús? ¿De quién y cómo aprender a tener compasión de la gente descarriada, sino de Cristo, como aprendió Don Bosco (cfr. Const. 11)?

La clave de comprensión del texto se nos ofrece, por una parte, en aquel ‘venid vosotros’ y, por otra, en aquel ‘a descansar’. Efectivamente, los evangelistas constatan unánimemente que Jesús se retiraba a rezar. Ahora bien, esto es lo que Jesús llama ‘descansar’, ‘recuperarse’, una expresión con profunda resonancia antropológica y mística, como demuestra nuestra experiencia humana, que nos dice que nada hay tan reconfortante como la intimidad, el entrar en comunión profunda con Dios. A este tipo de descanso Jesús invita ‘también a ellos’.

Nuestro tipo de vida, que presenta no pocas actividades y reducidas prácticas de piedad en común, corre el peligro de hacernos caer en el frenesí del activismo, con su triple consecuencia: cansancio físico, estrés psíquico y superficialidad espiritual que, en vez de convertirnos en “contemplativos en la acción”, hace que seamos, en el mejor de los casos, lo que se dice ‘workaholic’, maníacos del trabajo, o en el peor de los casos, simples ‘funcionarios’ más que misioneros.

El único modo de contrarrestar semejantes consecuencias negativas del activismo y de dar profundidad a nuestra vida, de ganar en significatividad y de llenarla de dinamismo que nos haga vivir no ‘burocráticamente’, haciendo lo que debemos hacer, sino ‘creativamente’ a imagen de nuestro Dios y Padre Creador (cfr. Jn 5,17-18) y ‘salvíficamente’, prolongando la acción salvífica del Señor Jesús (cfr. Hch 3,1-10), es el de hacernos antes “contemplativos en la oración”. En la intimidad con el Señor volveremos a recordar que el ‘dueño’ de la viña y de la mies es Él, que el ‘que hace crecer la semilla’ es Él, que el que marca los ritmos es Él. Así también en la intimidad con Él aprenderemos los secretos de su Reino, ahondaremos en su plan de salvación y haremos nuestra su caridad pastoral.

Siempre según el artículo 91 de nuestro Proyecto de Vida, retiros y ejercicios espirituales nos ofrecen tres medios privilegiados:

- Escuchar la Palabra de Dios. A la escucha el artículo 87 le atribuye la capacidad de ser “fuente de vida espiritual, alimento para la oración, luz para conocer la voluntad de Dios en los acontecimientos y fuerza para vivir con fidelidad nuestra vocación”, a condición de que, como la Virgen María, acogamos la Palabra incondicionalmente, la hagamos tesoro de nuestro corazón y la hagamos fructificar.
- Purificar el corazón. Esto requiere rectificar y madurar motivaciones y significados, conscientes del valor y de la fuerza atractiva que tienen hoy los ‘significados’, los que dan sentido a la vida; y de purificar sentimientos, especialmente los desordenados tanto a causa de la excesiva dependencia de las manifestaciones externas de afecto, estima y valorización, como a causa de resentimiento, amargura y frustración.
- Discernir su voluntad. Esto, en última instancia, es lo que importa y de lo que depende nuestra felicidad. También aquí María en la anunciación se presenta como modelo de búsqueda de la voluntad de Dios en su propia vida (cfr. Lc 1,26-38). El discernimiento, más que un acto puntual – como recurso en los momentos de crisis, o en la toma de decisiones importantes- debe ser una actitud de vida que nos lleva a buscar “la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto” (Rm 12,2b).

CONTEMPLAR A CRISTO CON LA MIRADA DE DON BOSCO
(25 DE DICIEMBRE DE 2003)

También en la vida de oración, personal y comunitaria,

hermosamente descrita como un diálogo con el Señor, encontramos la plenitud de nuestra relación con el Señor Jesús, en cuanto “hijos en el Hijo”. Cada uno de nosotros “alimenta su amor a Cristo en la mesa de la Palabra y la Eucaristía” (Const. 84); en particular, los momentos explícitos de oración manifiestan dicha intimidad con el Señor: “dan a nuestro espíritu unidad profunda en el Señor Jesús” (Const. 91).

Como manifestación de la amistad con Él, el salesiano “advierde la necesidad de orar ininterrumpidamente en diálogo sencillo y cordial con Cristo vivo” (Const. 12). Esta necesidad se expresa en las frecuentes visitas a Jesús Sacramentado, de las que “sacamos dinamismo y constancia en nuestro trabajo por los jóvenes” (Const. 88). Por último, como expresión máxima de nuestra actividad pastoral con los jóvenes, los encaminamos al encuentro con Cristo, en la escucha de la Palabra, en la oración y en los sacramentos (cf. Const. 36).

PALABRA DE DIOS Y VIDA SALESIANA HOY (13 DE JUNIO DE 2004)

Permanecer en la escucha de la Palabra es, pues, condición para la contemplación de Cristo, que lleva naturalmente al amor; el cual, a su vez, llega libremente y necesariamente a la entrega total que da paso a la acogida exclusiva. Marta aprendió de Jesús mismo “la única cosa necesaria”: dedicarse a la escucha de la Palabra. He aquí la mejor forma de hospedar a Dios (cf. Lc 10,42). “El que me ama –dijo Jesús a los discípulos reunidos en la intimidad de la Última Cena- guardará mi palabra y mi Padre lo amará y haremos morada en él” (Jn 14,23). La familiaridad, que nace del encuentro personal con Cristo, se nutre con la escucha y la práctica de su Palabra (cf. Lc 8,19-21) y se orienta luego hacia la identificación con su persona y su

misión. “Los religiosos –pedía ya el Concilio Vaticano II- deben seguir a Cristo como lo único necesario, oyendo sus palabras y dedicándose con solicitud a los intereses de Cristo”.

HACER LA EUCARISTÍA PARA HACERSE EUCARISTÍA (7 DE JUNIO DE 2007)

EL SALESIANO, HOMBRE DE LA EUCARISTÍA

Entre misterio de la Eucaristía y vida consagrada hay una relación tan íntima que la una no encuentra explicación ni fundamento sin la otra. El consagrado, si quiere ser y permanecer tal, debe hacerse hombre de la Eucaristía. En efecto, la consagración religiosa tiene “una estructura eucarística: es total oblación de sí” y, precisamente por esto, está “estrechamente asociada al sacrificio eucarístico”.

Afirmada la centralidad de la Eucaristía para cada uno de nosotros y para la Congregación, querría recordar, aunque brevemente, el modo con que ella, “viático cotidiano y fuente de la espiritualidad”, modela “la forma eucarística de la existencia”, ya que favorece la conformación a Cristo, es decir, nos hace personas eucarísticas. Parto de la dinámica interna del mismo Sacramento, que lleva desde la celebración de un rito a la conformación con el misterio; de la adhesión efectiva, la más intensa que puede darse en la entrega de la propia vida, a la adoración del Señor crucificado y resucitado presente en la Eucaristía; de la contemplación del Cristo entregado a la misión de transformarse en pan partido para los demás.

DE LA CELEBRACIÓN A LA CONFORMACIÓN

En la Eucaristía, “el acto central de cada día para toda comunidad salesiana” (Const. 88), “se revela el designio de amor que guía

toda la historia de la salvación (cf. Ef 1,10; 3,8-11). En ella el Deus Trinitas, que en sí mismo es amor (cf. 1 Jn 4,7-8), se une plenamente a nuestra condición humana. En el pan y en el vino (...) nos llega toda la vida divina y se comparte con nosotros en la forma del Sacramento. (...) Se trata de un don absolutamente gratuito, que se debe sólo a las promesas de Dios, cumplidas por encima de toda medida” .

Quien celebra la Eucaristía no sólo confesará con asombro y gratitud la primacía absoluta del don de Cristo, sino también permitirá a su Señor entrar en su vida, es decir, “dejarse poseer por el amor de Dios” . En Cristo eucaristía Dios no es poseído como una idea abstracta, ni siquiera como programa de vida, sino como “Alguien con quien cultivo una relación personal fuerte y de amistad, filial, adulta y responsable, una relación de alianza y compromiso incondicionado en la misión de salvar la humanidad” . Y es así como se puede llevar a cabo “en plenitud la intimidad con Cristo, la identificación con Él, la total conformación con Él, a la cual los consagrados están llamados por vocación” : “la verdad del amor de Dios en Cristo nos llega, nos fascina y nos cautiva, haciéndonos salir de nosotros mismos y atrayéndonos así hacia nuestra verdadera vocación: el amor” .

Alcanzado por el amor, amado personalmente por Él, el salesiano se hace capaz de amar y de entregarse a sí mismo, primero a Dios, luego con Dios a los demás. Y en esta entrega de sí se identifica con Cristo, porque comunicando con su Cuerpo y con su Sangre, se apropia aquella forma eucarística de existencia que ha caracterizado la vida y la muerte de Jesús. Celebrar, pues, la Eucaristía diariamente, “aunque no puedan estar presentes los fieles” , además de su valor objetivamente infinito, tiene una

singular eficacia espiritual; precisamente por esto, el CG25 nos animaba a desarrollar la dimensión comunitaria de nuestra vida espiritual “celebrando la Eucaristía cotidiana con alegría, creatividad y entusiasmo” . La celebración de la Eucaristía “es formativa en el sentido más profundo de la palabra, pues promueve la conformación con Cristo” . Como se atrevió a decir San Agustín: “no sólo hemos sido hechos cristianos, sino que hemos sido hechos Cristo mismo”. Porque, en el pan y en el vino eucarístico “Cristo Señor ha querido confiarnos su cuerpo y su sangre, que ha derramado por nosotros para el perdón de los pecados. Si vosotros los habéis recibido bien, vosotros mismos sois lo que habéis recibido” .

Pero precisamente porque en la Eucaristía celebrada “en obediencia al mandato de Cristo”, Dios nos entrega a su Hijo, “la liturgia eucarística es esencialmente actio Dei”, y “su fundamento no está sometido a nuestro arbitrio ni puede ceder a la presión de la moda del momento” . Sólo el dócil respeto de la estructura propia de la celebración hará efectivo nuestro reconocimiento del don inefable, y auténtico el compromiso de acogerlo con gratitud. No es pensable que quien quiere identificarse con el Cristo que se le da totalmente, celebre la Eucaristía sin pensar en su configuración ritual. No cabe duda: “el ars celebrandi es la mejor premisa para la actuosa participatio” .

DE LA CONFORMACIÓN A LA ADORACIÓN

El desafío para vivir “la adhesión ‘conformadora’ con Cristo de toda la existencia” se coloca, precisamente, en cómo hacer para que el rito que celebramos cada día “como una fiesta” (Const. 88) no se reduzca a mera mimesis de cuanto sucedió en el

Cenáculo, repitiendo los mismos gestos exteriores de Jesús, sino que sea una verdadera anámnesis, que hace memoria mientras actualiza y hace presente el hecho recordado. Esto es posible en la medida en que la celebración conduce a la contemplación del misterio que se actualiza. En efecto, “la adoración eucarística no es sino la continuación obvia de la celebración eucarística, la cual es en sí misma el acto más grande de adoración de la Iglesia. Recibir la Eucaristía significa adorar al que recibimos”.

La contemplación lleva necesariamente al asombro por el don que Dios nos ha hecho en Cristo, a la maravilla de quien se siente amado de tal modo y en tal medida que no puede explicarse ni sabe agradecer debidamente. “En verdad, - afirmaba atónito Pablo - apenas habrá quien muera por un justo...; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rm 5,7-8). Quien se ve amado de modo tan divino no puede más que dejarse amar sin límites y logrará darse hasta el extremo. Un amor tan grande no se merece, ni se comprende; se le admira y se le adora en silencio agradecido.

Adorar a Dios “no es ver el mundo que nos rodea como la materia tosca con que nosotros podemos hacer cualquier cosa”, sino “descubrir en él la ‘caligrafía del Creador’, la razón creadora y el amor que ha dado origen al mundo y del que nos habla el universo (...). Antes de cualquier actividad y de todo cambio del mundo debe haber la adoración. Sólo ella nos hace verdaderamente libres; sólo ella nos da los criterios para nuestro obrar. Precisamente en un mundo en que progresivamente vienen a menos los criterios de orientación y existe la amenaza de que cada uno haga de sí mismo el propio criterio, es fundamental subrayar la adoración”. Pero

para el cristiano adorar a Dios es, sobre todo, adorar a su Señor, “presente en la Eucaristía con carne y sangre, con cuerpo y alma, con divinidad y humanidad”. En la Eucaristía Cristo no es sólo pan para ser comido, sino amor para ser contemplado; es más, sin el amor dado, el signo eucarístico no tendría razón de ser ni sostén. “De hecho, no es que en la Eucaristía recibamos simplemente cualquier cosa. Ella es el encuentro y la unificación de personas; pero la persona que viene a nuestro encuentro y desea unirse a nosotros es el Hijo de Dios. Una tal unificación puede sólo realizarse según las modalidades de la adoración. Recibir la Eucaristía significa adorar a Aquel que recibimos. Precisamente así y sólo así nos hacemos una sola cosa con Él” . “Nadie – ha escrito San Agustín – come esta carne sin adorarla antes; pecaríamos si no la adoramos” .

En cuanto a nosotros, “llamados por nuestra misma consagración a una contemplación más prolongada (...) Jesús en el Sagrario nos espera siempre junto a Él, para derramar en nuestros corazones esa íntima experiencia de su amistad que es la única que puede dar sentido y plenitud a nuestra vida y a la misión” . ¡Cómo querría, por lo tanto, queridos hermanos, que entre nosotros se refuerce, y donde sea necesario se recupere, aquella devoción eucarística, sencilla pero eficaz, tan salesiana, que tiene en la visita y adoración del Santísimo Sacramento una de las expresiones más preciosas y tradicionales! Y no sólo porque querría que nos dejásemos plasmar por la presencia real del Señor adorado, sino porque responde a un rasgo característico de nuestra vivencia carismática.

Como bien sabemos todos, frecuentar el Santísimo

Sacramento era una de las prácticas de piedad que la “pedagogía eucarística” de Don Bosco privilegiaba en la educación de sus jóvenes, y en la formación espiritual de los salesianos. Si sobre Domingo Savio escribió que “era para él una verdadera dicha poder pasar una hora ante Jesús sacramentado”, a los hermanos, durante una tanda de Ejercicios Espirituales, en Trofarello en 1868, recomendaba la visita al Santísimo Sacramento entre las prácticas diarias: “Váyase a los pies del tabernáculo, al menos para rezar un padrenuestro, avemaría y gloria, cuando no se pueda más. Basta esto para robustecernos frente a las tentaciones”. Es para “nosotros, hijos de Don Bosco, motivo de frecuentes encuentros con Cristo la presencia eucarística en nuestras Casas”. ¿ Es de Cristo eucarístico visitado frecuentemente de dónde “sacamos dinamismo y constancia en nuestro trabajo por los jóvenes” (Const. 88)? Así es como “seremos capaces de sobreponernos cada día a toda tensión dispersiva, encontrando en el Sacrificio eucarístico, verdadero centro de nuestra vida y de nuestro ministerio, la energía espiritual necesaria para afrontar los diversos quehaceres pastorales. Cada jornada será así verdaderamente eucarística”.

FIGURA HUMANA Y ESPIRITUAL DEL BEATO MIGUEL RUA (8 DE SEPTIEMBRE DE 2009)

La primera es la de reforzar nuestra condición de discípulos fieles de Jesús, modelo de Don Bosco, redescubriendo los caminos para custodiar la fidelidad a la vocación consagrada, con una invitación concreta a beber en las fuentes de la vida del discípulo y del apóstol, en las fuentes cotidianas de la fidelidad vocacional: la Sagrada Escritura mediante la lectio divina y la Eucaristía en la celebración, en la adoración y en

las visitas frecuentes.

ESPIRITUALIDAD Y MISIÓN (24 DE BRIL DE 2011)

La última Palabra que Jesús dice a los Once, después de haberles confiado el mandato misionero, es una Palabra de fortalecimiento: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». Es una gran promesa, que vale como garantía de seguridad y motivo de confianza. En ella resuena el eco del apoyo que Dios garantizó siempre en el Antiguo Testamento a los que había llamado para una vocación especial: «No temas, yo estoy contigo». En ella se cumple sobre todo la identidad de Jesús, que desde el principio del Evangelio de Mateo, en los relatos de la infancia, es presentado como Enmanuel, el «Dios con nosotros». Los acontecimientos de la pasión, muerte y resurrección de Jesús no han borrado, pues, su presencia de la historia, ni su voluntad de quedarse junto a los que, poco antes no se habían quedado junto a él; el compromiso de Jesús resucitado de estar con ellos se ha hecho definitivo y permanente, en el tiempo y en el espacio, hasta el fin del mundo.

Percibimos sin duda cuánto consuelo y cuánta fuerza brotan de esas palabras. Para el que se sabe y quiere ser invitado suyo, cada jornada de la vida se abre y se cierra en la luz de una presencia aseguradora, más fuerte que cualquier soledad y que todo miedo. La alegría de una vida de castidad que vive esperando al mejor Amante, la riqueza del que renuncia a los bienes terrenos con tal de no dejar de buscar «las almas», la libertad de nuestra obediencia que hace que nos parezcamos a nuestro Señor, encuentran aquí su más auténtico fundamento y justamente de este misterio quieren ser signo visible y

elocuente. Cristo está con nosotros y llena nuestra vida de modo superabundante. La plenitud interior que deriva de ello es en el fondo el verdadero tesoro del misionero y el don más grande que él puede transmitir a aquellos a los que es Enviado. Nada hay más persuasivo y convincente que quien, representando al Señor Jesús existencialmente, se presenta habitado por su presencia luminosa, hasta transparentarlo en la serenidad de su rostro, en la profundidad de la mirada, en la humildad del trato, en la verdad de los gestos y de las palabras. Del mismo modo que Jesús fue para los discípulos imagen y transparencia del Padre, así el verdadero misionero está llamado a ser icono transparente de Jesús resucitado. Y lo puede ser porque Cristo está verdaderamente con él, en una compañía tan íntima que se convierte en verdadera habitación: el apóstol, como Pablo, puede exclamar: «yo vivo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20).

De ese modo la misión alcanza de verdad la profundidad mística que le es propia. Desde el principio, en efecto, al llamar a los Doce, Jesús los había instituido «para que estuviesen con él y para enviarlos a predicar» (Mc 3,14). Por experiencia personal sabemos todos lo fácil que es advertir en lo concreto de nuestra existencia una cierta tensión entre esos dos elementos y cómo se puede oscilar en una especie de rotura interior entre oración y obras, contemplación y acción, donación a Dios y entrega de sí a los demás. Ahora bien, desde el principio de la llamada a los Doce, las dos dimensiones se presentan, en cambio, juntas e íntimamente conexas entre sí: sólo si se entra en una profunda familiaridad con Jesús, se puede irradiar su presencia a los demás y transmitir de verdad su Palabra.

Transmitir la Palabra al mundo quien antes la ha escuchado, como hizo María en casa de Isabel. Se convierte en hermano de Jesús quien está junto a él, ocupado en la escucha de su Palabra. Estar con Jesús no puede entenderse de ningún modo como algo que se realiza de vez en cuando, en las pausas de la actividad. El Evangelio de Juan es muy claro sobre esto, cuando habla de la necesidad absoluta de permanecer en Él, porque sin Él no se puede nada. Y, en efecto, precisamente en fuerza de la novedad de la resurrección, por la que la presencia de Cristo invade todo tiempo y lugar, la íntima unidad entre oración y anuncio se convierte en un nuevo título experimentable. Contemplación y testimonio llegan así profundamente a compenetrarse, reclamándose mutuamente en un movimiento semejante al de sístole y diástole de nuestro corazón.

Naturalmente en el camino personal de todo misionero, esta íntima compenetración de oración y anuncio no son nunca el punto de partida, sino la meta que alcanzar. Esto requiere un camino formativo adecuado y una constante vigilancia interior. Sólo así se puede evitar un falso espiritualismo, que aparta del trabajo apostólico y engaña con una cercanía a Dios que después resulta desmentida por los hechos; al mismo tiempo se puede superar un estéril activismo, que obtiene el único resultado de vaciar la vida de un discípulo, y quizá de llevarlo hasta el abandono. La urgencia fundamental y el corazón mismo de la misión consisten, por tanto en aprender el arte supremo, el de vivir en Jesús, en su señorío, profundamente identificados con Él, con sus pensamientos, haciendo de su Palabra el propio alimento.

TESTIGOS DE LA RADICALIDAD EVANGÉLICA (8 DE ABRIL DE 2012)

Si en el pasado el peligro de la vida religiosa fue el de

perder un sano enraizamiento en la tierra y en la historia, concentrándose en medida preponderante en la función de llamada a la trascendencia, hoy corre el peligro de perder vigor por privilegiar lo terreno olvidando toda perspectiva ulterior. Esto sucede cuando se piensa que la salvación es obra nuestra, cuando cedemos a la tentación prometeica y, sin quererlo, hacemos del activismo una idolatría. Entonces la vida religiosa pierde su razón de ser, olvida su misión y se pervierte en una forma paradójica de secularismo. ¡Pensando adquirir mayor relieve social por lo que hacemos, perdemos la identidad y privamos al mundo de la esperanza que debemos darle!

He aquí por qué debemos cultivar cuidadosamente nuestra vida espiritual, tanto personal como comunitariamente. Sin duda será necesario superar una concepción de la vida espiritual de índole intimista, extraña o marginal según el pensamiento del mundo; pero al mismo tiempo tendremos que potenciar la experiencia de la oración, mejorar la calidad de la vida comunitaria, desempeñar con profesionalidad y preparación nuestro servicio de evangelización, para poder ser signos proféticos frente a los valores actuales que este mundo canoniza, y ser testigos irrefutables del Dios del Amor.

MARÍA INMACULADA AUXILIADORA (15 DE AGOSTO DE 2012)

Deseo concluir esta Carta invitando a la Congregación, y a cada hermano en particular, a meditar y «encarnar» en la vida la oración que cada día dirigimos a la Santísima Virgen María. Constituye un precioso texto, un verdadero programa de vida, que nos ayuda a renovar cotidianamente el sentido de nuestra vida salesiana en «clave mariana». Es una oración al mismo tiempo sencilla y profunda en la cual,

mientras profesamos nuestro amor «filial y fuerte» a Ella, nos comprometemos a poner en práctica el «programa» de nuestra vocación: la misión salesiana.

Compartiendo la insistencia (teológicamente fundada) de mi amado predecesor don Egidio Viganò sobre el sentido de la consagración como obra exclusiva de Dios y no como acción humana, ni siquiera en la relación con Él (cf. Const. 24: «Tú me consagraste a Ti... yo te ofrezco todo mi ser»), recuerdo que aquí no se trata de una oración de consagración a María, sino de una entrega afectuosa, como un hijo pequeño que se abandona en los brazos amorosos de su Madre.

Al evocar a María Inmaculada Auxiliadora (Const. 92), recordamos el título con que nos la presenta el Concilio Vaticano II: «Madre de la Iglesia» (cf. Ap 12; LG 62ss). En la Iglesia, el Espíritu Santo ha suscitado a san Juan Bosco, «con la intervención materna de María» (Const. 1), y, mediante él, la Congregación y la Familia Salesiana. Como lo fue para nuestro Padre, María continúa siendo para nosotros «inspiradora y sostén» (en el artículo 8 de las Constituciones leemos: indicó a Don Bosco su campo de acción..., lo guió y sostuvo). Por tanto, no se trata únicamente de una actitud de devoción personal —sin duda laudable y recomendable—, sino de nuestra contemplación de María en el plano de la salvación de Dios, y en particular de la puesta en práctica de nuestra misión. Por tanto, prometamos a María que «queremos actuar siempre en fidelidad a la vocación salesiana».

La misión no consiste en «hacer cosas», no se reduce a prodigarse generosamente por la promoción de los jóvenes, sobre todo de los más pobres; realmente, se trata de procurar la auténtica «promoción integral», desde la perspectiva de

la misión apostólica, que se propone como fin último su salvación (cf. Const. 12). «Para la mayor gloria de Dios y para la salvación del mundo», es lo que recordaba yo en la Carta de convocatoria del CG26 como «el secreto (de Don Bosco) sobre la finalidad de su acción: «Cuando me entregué a esta parte del sagrado ministerio, quise consagrar toda mi energía a la mayor gloria de Dios y al bien de las almas; propuse dedicarme a hacer buenos ciudadanos en esta tierra, para que fuesen después dignos habitantes del cielo». Evidentemente, «prometer» esto a María y, por su intercesión, al Señor de la mies, constituye al mismo tiempo una humilde petición: «Sin Mí no podéis hacer nada», nos dice el Señor Jesús. Jugando un poco con las palabras, no es una «promesa prometeica», porque de hecho reconocemos —como decimos al final de la oración— que sirviendo al Señor («nuestro servicio al Señor»), somos útiles a Él, no solo siervos. Él mismo lo ha querido (cf. Jn 15,15).

Como la misión salesiana es un proceso que nace de la fe y de la obediencia a Dios, se expresa en la oración y como oración. Recurriendo a la intercesión materna de María, Le suplicamos por todo lo que «llevamos en el corazón», desde nuestra sensibilidad carismática particular (cf. Const. 11): la Iglesia, la Congregación y la Familia Salesiana, en particular los jóvenes y, entre ellos, de modo particular los más pobres, destinatarios prioritarios de la misión salesiana. Finalmente, La invocamos en favor de toda la humanidad. Esta «prioridad de la oración» nos recuerda el ejemplo de Jesús: antes de dar la vida por todos, suplica por todos al Padre y pide todo lo más sencillo y profundo que puede brotar del amor de un Corazón, al mismo tiempo divino y humano: «Padre, quiero que aquellos que me has dado estén también conmigo» (Jn

17,24). Ninguno está excluido de la salvación de Cristo... ni de su oración. Por tanto, tampoco de nuestra oración apostólica.

Prosiguiendo, invocamos a María como Madre y Maestra (cf. Const. 98). Como lo fue de Don Bosco, Le pedimos que lo sea de cada uno de nosotros. Creo que podemos contemplar esta parte de la oración a la luz del sueño de los diez diamantes, que constituye un «icono» del próximo Capítulo General 27: la parte frontal del manto («la bondad y la donación ilimitada a los hermanos») está sostenida por su parte contraria, o sea, que probablemente no se realice a primera vista: «la unión con Dios, su vida casta, humilde y pobre». Esto hace posible la puesta en práctica de nuestra misión, entendida justamente como «amorevolezza» o «donación iluminada», o, al menos, no simplemente como una estrategia o táctica educativo-pastoral en función de los fines.

Ambas partes del manto están unidas por los dos diamantes del trabajo y de la templanza: y nos recuerda inmediatamente el próximo Capítulo General, centrado en la radicalidad evangélica salesiana.

Concluyendo estas actitudes fundamentales en las que Don Bosco es nuestro modelo, no podemos olvidar la dimensión eclesial: «la fidelidad al Papa y a los Pastores de la Iglesia», hoy más necesaria que nunca.

La conclusión de nuestra oración se engarza con el principio, en una clara conclusión temática. Si la misión tiene como finalidad la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas, y si nuestro trabajo constituye «un servicio fiel y generoso» al Señor hasta la muerte, su culminación no puede limitarse a una satisfacción humana o terrena: solo podremos encontrarlo plenamente «en la Casa del Padre». También

aquí se hace presente nuestra sensibilidad salesiana, a través de dos palabras clave: alegría y comunión, que encuentran su plenitud solo en Dios y en la vida eterna.

VOCACIÓN Y FORMACIÓN (31 DE MARZO DE 2013)

El discernimiento, espiritual y pastoral, es Indispensable a todo Salesiano para vivir la vocación con fidelidad creativa y como respuesta permanente. Como os he escrito hace tiempo, esto es fruto de la escucha de la Palabra, dócil y paciente. En ella podemos encontrar qué quiere Dios hoy de nosotros y cómo lo quiere ... «De la frecuentación de la Palabra de Dios, (los discípulos del Señor) sacaron la luz necesaria para el discernimiento individual y comunitario que les ayudó a buscar en los signos de los tiempos los caminos del Señor. Así adquirieron una especie de instinto sobrenatural”, es decir, la mirada de fe «sin la cual la propia vida pierde gradualmente sentido, el rostro de los hermanos se hace opaco y es imposible descubrir en ellos el rostro de Cristo, los acontecimientos de la historia se vuelven ambiguos, cuando no privados de esperanza, la misión apostólica y caritativa degenera en actividad dispersa».

Una comunidad que «dirige una mirada evangélica sobre la realidad y busca la voluntad del Señor en fraterno y paciente diálogo y con vivo sentido de responsabilidad», ofrece a los hermanos el clima adecuado para ejercer de modo habitual un discernimiento comunitario, que «refuerza la convergencia y la comunión, sostiene la unidad espiritual, estimula la búsqueda de autenticidad y la renovación».

ACUDAMOS A LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL DE DON BOSCO

(COMENTARIO AGUINALDO 2014)

El unum necessarium es la raíz profunda de su vida interior, de su diálogo con Dios, de su actividad de apóstol. No hay dudas de que en Don Bosco la santidad brilla en sus obras, pero es ciertamente verdad que las obras son solo una expresión de su fe. No son las obras que se hacen las que hacen de Don Bosco un santo, como nos recuerda san Pablo: «Aunque hablase las lenguas de los hombres..., pero no tengo caridad, nada me sirve» (1 Cor 13); sino que es una fe reavivada por la caridad práctica (cfr. Gal 5,6b) lo que le hace santo: «por los frutos conoceréis sus obras». (Mt 7,16,20)

A la «unión con Dios», real y no solo psicológica, están invitados todos los cristianos. Unión con Dios es vivir la propia vida en Dios y en su presencia; es vida divina que está en nosotros por participación; es ejercicio de la fe, esperanza y caridad, a las que siguen necesariamente las virtudes infusas, las virtudes morales, etc. Don Bosco da vigor evangélico a sus vivencias, hace de la transmisión de la fe en Dios la razón de su propia vida, según la lógica de las virtudes teologales: con una fe que se hace signo fascinante para los jóvenes, con una esperanza que se convierte en palabra luminosa para ellos, con una caridad que se hace gesto de amor hacia los últimos.

Don Bosco fue siempre fiel a su misión de caridad efectiva: donde un misticismo desencarnado habría sido un peligro para cortar los puentes con la realidad, la fe le obligó a quedarse en la trinchera por efecto de la extrema fidelidad al hombre necesitado; allí donde podían aparecer el cansancio y la resignación, lo sostuvo la esperanza; allí donde no parecía que hubiese remedio, lo impulsó a actuar la pista indicada por Pablo: «Caritas Christi urget nos» (1 Cor 5,14). La caridad vivida por don Bosco no se detenía frente a las dificultades: «Me he hecho todo para todos para salvar a toda

costa a alguno» (1 Cor 9,22). No eran de temer las derrotas en el campo educativo, sino la inercia y el desentenderse.

Vivir la fe: significa abandonarse con alegría confiadamente a Dios revelado en Jesús de modo que seamos capaces de vivir todas le situaciones de modo salvífico: es decir, aceptar todas las circunstancias de la historia, de modo que se permita a Dios manifestarnos su acción salvífica. Ninguna situación corresponde de modo adecuado al querer de Dios, pero el hombre puede vivir cada situación de modo que cumpla siempre la voluntad de Dios.

Vivir la esperanza: significa esperar a Dios cada día para ser capaces de acoger su don futuro; significa esperar cada día a Dios que viene a través de los dones creados: cada día tiene su don. De modo que en todas le situaciones, también de fallos: «nada nos podrá separar del amor de Cristo» (Rom 8,39).

Vivir la caridad: significa hacer el presente como lugar del amor de Dio. Para ser capaces de actitud oblativa es necesario un ejercicio continuo; se requiere un ambiente que estimule: la misión salesiana lo es sin duda.

Todo esto lo vivió Don Bosco en espíritu de auténtica piedad. Él no ha dejado fórmulas de piedad, ni una devoción suya particular. Su concepción es realista y práctica. Sólo las oraciones del buen cristiano, fáciles, sencillas, pero hechas con perseverancia. Lo que a Don Bosco le preocupaba era que los Salesianos consagrasen toda su vida a la salvación de las almas y santificasen su trabajo ofreciéndolo a Dios; la oración debía intervenir como elevación del alma a Dios, como petición y como alimento, en otras palabras las «prácticas de piedad» tenían una especie de función ascética.

Ángel Fernández

PERTENECIENDO MÁS A DIOS, MÁS A LOS HERMANOS, MÁS A LOS JÓVENES (16 DE AGOSTO DE 2014)

Debo confesaros, Hermanos, que expresiones como Primado de Dios, Místicos en el Espíritu, Trama de Dios, Cercanía de Dios, Unión con Dios, Buscadores de Dios... son expresiones que me llegan hondamente el corazón diciéndome que aquí hay algo importante, que ésta es la clave, y que todo lo demás, en lo que tantas energías ponemos, 'se da por añadidura' o 'cae como fruto maduro'; es decir, es consecuencia, está garantizado. Al mismo tiempo, no os oculto sinceramente un temor que he experimentado ya en mis años de servicio como Inspector: Es posible que al hablar de esto pueda haber Hermanos que sencillamente desconecten, que lo califiquen ya 'a priori', como teología trasnochada, como paradigma que 'ya no sirve', que 'ya está desfasada'...

Y, sin embargo, estas mismas reflexiones las encontramos en los más diversos lugares, escritos teológicos y revistas de actualidad en los que se toma el pulso a la vida religiosa.

En nuestro Capítulo General 27, recogiendo la experiencia de toda la Congregación, el diagnóstico era coincidente entre nosotros y con otras miradas.

Creo verdaderamente, Hermanos, que la vida espiritual debe estar en el primer puesto, una vida espiritual que es, ante todo, búsqueda de Dios en lo cotidiano, en medio de todo lo que hacemos y de lo que nos ocupa. Y digo esto, porque la salvación para nosotros, como lo fue para Don Bosco en

la búsqueda de lo mejor para sus jóvenes, y para toda vida religiosa de hoy, el elemento básico de la misma ha sido, sigue siendo y será, la persona del Señor Jesús y su mensaje. En definitiva, la centralidad de Jesucristo en nuestra vida. Posiblemente no se haya puesto nunca en duda, pero no es lo mismo que hacerlo vida y criterio de la propia vida.

Nuestra vida religiosa, por no ser solo salesiana, sino también vida religiosa como consagrados Salesianos, no encuentra su razón de ser en lo que hacemos, ni en las maneras de organizarnos, ni en la eficacia de nuestros programas y planificaciones. O nuestra vida religiosa como consagrados nos devuelve al signo (una comunidad de hombres creyentes al servicio del Reino), o corremos el peligro de que nos preocupe más nuestra fuerza (si es que la tuviéramos), que el mensaje de Dios.

El peligro en toda vida religiosa está en perder la fresca carismática. Es posible que nos envuelvan los trabajos, las actividades, las tareas (pastorales o no)..., y podemos perder el valor simbólico de nuestra vida. Por ejemplo, cuando escucho, como recientemente

me ha acontecido, que en un determinado país, con gran presencia de obras salesianas, tenemos un gran reconocimiento por nuestras obras sociales, y, en cambio, se valora poco nuestra condición de Salesianos como hombres creyentes de vida consagrada.

Debo confesaros que me preocupa y me hago preguntas pregunto: ¿qué no hacemos bien?, ¿en qué falla nuestro testimonio? Por eso, cuando tratamos de saber qué es lo esencial en nuestra vida, el camino es encontrarnos con Aquel que da razón en cada instante, el por qué, para qué y por quién hacemos las

cosas; optamos por lo que optamos y vivimos como vivimos.

Por todo ello, podemos decir que el núcleo de nuestra identidad y la razón de ser de nuestra vida religiosa es, en definitiva, la experiencia de Dios. Y la pregunta por la calidad de vida en la vida religiosa se convierte, en definitiva, en la pregunta por la calidad de esta experiencia de fe²². Y es en este marco y contexto en el que nuestro Capítulo, en el núm. 32, hace el subrayado de que lo mismo que para Don Bosco, también para nosotros la primacía de Dios es el punto de apoyo que da razón de nuestra existencia en la Iglesia y en el mundo. Tal primacía da sentido a nuestra vida

consagrada, evita el riesgo de dejarnos absorber por la actividad, olvidando ser esencialmente ‘buscadores de Dios’ y testimonio de su amor en medio de los jóvenes y de los más pobres.

Por eso, una vez más debemos ayudarnos, mutuamente, a creer de verdad que es ésta la experiencia en que se fundamenta nuestra vida de Dios en nosotros, o, dicho de otra manera más teológica, nosotros vivimos todo nuestro acontecer, ‘en Dios’. Hermanos, con las palabras con que queramos expresarlo, ... la raíz de nuestra vida salesiana, como toda vida consagrada, es mística, porque, si lo que nos sostiene y lo que nos mueve no es una experiencia real y nutritiva del Señor, todo lo demás no nos llevará muy lejos. Y a diario, los cansancios, las personalidades rotas, los vacíos existenciales —aun creyendo que todo lo vivíamos para Dios— etc., que tan frecuentemente vemos en Hermanos nuestros, es prueba dolorosa, pero irrefutable, de que es así.

Quiera el Señor concedernos el Don de ser, en verdad, más ‘buscadores de Él’ dando pleno sentido a nuestro Ser,

SEGUNDA PARTE

REVISIÓN DE VIDA



1. SCRUTINIUM PERSONAL

A partir de nuestras Constituciones

2. NATURALEZA Y MISIÓN DE NUESTRA SOCIEDAD

“Los Salesianos de Don Bosco (SDB) formamos una comunidad de bautizados que, dóciles a la voz del Espíritu, nos proponemos realizar, en una forma específica de vida religiosa, el proyecto apostólico del Fundador: ser en la Iglesia signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes, especialmente a los más pobres.

En el cumplimiento de esta misión, encontramos el camino de nuestra santificación”.

- ¿En forma personal y con mis hermano, busco estar atento a la voz del Espíritu?
- ¿Es Don Bosco, la unión con Dios, mi modelo de seguimiento del Señor?
- ¿Procuro ser signo del amor de Dios para los jóvenes, como

fruto de mi experiencia personal de encuentro con el Señor, de su amor en mi propia vida?

- ¿Es mi vida salesiana un crecimiento en la amistad con el Señor que da sentido pleno a toda mi existencia?

8. PRESENCIA DE MARÍA EN NUESTRA SOCIEDAD

“La Virgen María indicó a Don Bosco su campo de acción entre los jóvenes, y lo guió y sostuvo constantemente, sobre todo en la fundación de nuestra Sociedad.

Creemos que María está presente entre nosotros y continúa su misión de Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los cristianos. Nos confiamos a Ella, humilde sierva en la que el Señor hizo obras grandes para ser, entre los jóvenes, testigos del amor inagotable de su Hijo”.

- ¿Creo en la presencia de la Virgen María en mi vida personal? ¿creo que me sostiene?
- ¿Mi amor a Ella me lleva a un amor por la Iglesia?
- ¿Confío mi servicio pastoral en su amor maternal?
- ¿Siento que mi devoción a Ella me impulsa a ser testigo del amor de Cristo?

11. EL CRISTO DEL EVANGELIO, FUENTE DE NUESTRO ESPÍRITU

“El espíritu salesiano encuentra su modelo y su fuente en el corazón mismo de Cristo, apóstol del Padre.

Al leer el Evangelio, somos más sensibles a ciertos rasgos de la figura del Señor: su gratitud al Padre por el don de la vocación divina a todos los hombres; su predilección por los pequeños y los pobres; su solicitud en predicar, sanar y salvar, movido por la urgencia del

Reino que llega; su actitud de Buen Pastor, que conquista con la mansedumbre y la entrega de sí mismo; su deseo de congregar a los discípulos en la unidad de la comunión fraterna”.

- ¿Al leer el Evangelio, busco sintonizar con los sentimientos, preocupación, motivaciones de Cristo, el Señor?
- ¿Siento en mi interior a Dios como mi Padre? ¿me relaciono con Él con la actitud de un hijo que confía plenamente en el amor del Padre? ¿siento la necesidad de vivir mi vida como acción de gracias al Padre?
- ¿Busco la intimidad con el Señor que me permita el reinado del Padre en mi propia vida?
- ¿Siento la necesidad de ser signo de dar testimonio del reinado del Padre?
- ¿Es el amor del Señor y al Señor la motivación fundamental de mi acción pastoral?

12. UNIDAD CON DIOS

Al trabajar por la salvación de la juventud, el salesiano vive la experiencia de la paternidad de Dios, y reaviva continuamente la dimensión divina de su actividad: “Sin mí no podéis hacer nada”

Cultiva la unión con Dios y advierte la necesidad de orar ininterrumpidamente en diálogo sencillo y cordial con Cristo vivo y con el Padre, a quien siente cerca de sí. Atento a la presencia del Espíritu y haciendo todo por amor de Dios, llega a ser, como Don Bosco, contemplativo en la acción”.

- ¿Es la experiencia de hijo del Padre la que me motiva a trabajar por los jóvenes? ¿les comunico esa experiencia?
- ¿En la misión que me ha sido encomendada, trabajo como si todo dependiera de mí, pero con la certeza de que todo

depende del Padre?

- ¿Siento que durante el día vivo en la presencia del Señor? ¿gozo permanentemente de su amor y cercanía?
- ¿Dialogo con el Señor con la sencillez, confianza, ternura con la que Jesús se comunicaba con su Padre?
- ¿Cultivo en mi vida la sensibilidad para percibir el impulso del Espíritu que guía mi vida? ¿respondo positivamente a sus inspiraciones?
- ¿Cultivo la capacidad de descubrir el paso del Señor en mi vida cotidiana?

17. OPTIMISMO Y ALEGRÍA

“El salesiano no se deja abatir por las dificultades, pues confía plenamente en el Padre: Nada te turbe, solía repetir Don Bosco.

Inspirándose en el humanismo de san Francisco de Sales, cree en los recursos naturales y sobrenaturales del hombre, aunque no ignora su debilidad.

Capta los valores del mundo y no se lamenta del tiempo en que vive; aprovecha todo lo que hay de bueno, especialmente si gusta a los jóvenes.

Está siempre alegre, porque anuncia la Buena Noticia . Difunde esa alegría y sabe educar en el gozo de la vida cristiana y en el sentido de la fiesta: Sirvamos al Señor con santa alegría”.

- En los momentos de prueba, de dolor ¿Confío en el amor del Padre que nunca me abandona?
- ¿Creo que el Padre hará brotar vida nueva también de los momentos de muerte y dolor que experimento en mi vida personal?

- ¿Creo que Dios obra maravillas en mi propia vida y en la vida de los demás?¿le doy gracias por ello?
- ¿Cultivo la capacidad de vivir con alegría como expresión de mi confianza plena en el Señor?
- ¿Comparto con los demás, especialmente con los jóvenes, mi propia experiencia del amor del Señor, vencedor del pecado y de la muerte, que hace nuevas todas las cosas?

21. DON BOSCO, NUESTRO MODELO

“El Señor nos ha dado a Don Bosco como padre y maestro.

Lo estudiamos e imitamos admirando en él una espléndida armonía entre naturaleza y gracia. Profundamente humano y rico en las virtudes de su pueblo, estaba abierto a las realidades terrenas; profundamente hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo, vivía como si viera al Invisible .

Ambos aspectos se fusionaron en un proyecto de vida fuertemente unitario: el servicio a los jóvenes. Lo realizó con firmeza y constancia, entre obstáculos y fatigas, con la sensibilidad de un corazón generoso: “No dio (un) paso, ni pronunció palabra, ni acometió empresa que no tuviera por objeto la salvación de la juventud. Lo único que realmente le interesó fueron las almas””.

- ¿Me preocupo de profundizar el conocimiento de Don Bosco como padre espiritual?
- ¿Como él, me esfuerzo por crecer en la gracia de unidad?
- ¿Siento en mi interior un amor apasionado por el Señor a quien descubro y sirvo en mi entrega pastoral?
- ¿Es mi vida una oración, un diálogo permanente con el Señor?

36. INICIACIÓN EN LA VIDA LITÚRGICA

“Iniciamos a los jóvenes en la participación consciente y activa en la liturgia de la Iglesia, cumbre y fuente de toda la vida cristiana.

Con ellos celebramos el encuentro con Cristo en la escucha de la Palabra, en la oración y en los sacramentos.

La Eucaristía y la Reconciliación, celebrada asiduamente, ofrecen recursos de excepcional valor para educar en la libertad cristiana, en la conversión del corazón y en el espíritu de compartir y servir dentro de la comunidad eclesial”.

- ¿Escucho la Palabra del Señor junto a los jóvenes y las personas con las que comparto mi vida apostólica?
- ¿Celebro la Eucaristía con los jóvenes?
- ¿Los jóvenes y laicos me han visto alguna vez celebrar el Sacramento de la Reconciliación?
- ¿Mi oración personal me impulsa a vivir al servicio de mis hermanos los jóvenes?
- ¿Participo en la liturgia de la Iglesia?

86. LA ORACIÓN SALESIANA

“Dócil al Espíritu Santo, Don Bosco vivió la experiencia de una oración humilde, llena de confianza y apostólica, que de modo espontáneo enlazaba la oración con la vida.

De él aprendemos a reconocer la acción de la gracia en la vida de los jóvenes: rezamos por ellos, para que se cumpla en cada uno el plan de Dios, y rezamos con ellos para dar testimonio de nuestra fe y compartir la misma esperanza de salvación.

La oración salesiana es gozosa y creativa, sencilla y profunda; se abre a la participación comunitaria, conecta con la vida y en ella se prolonga”.

- ¿Cultivo la capacidad de descubrir la acción de Dios en la vida de las personas a las que sirvo? ¿doy gracias al Señor por ello?
- ¿Rezo por los jóvenes y por todas las personas a las cuales sirvo y con quienes vivo mi vida salesiana?
- En los momentos de oración, en las celebraciones litúrgicas ¿rezo con los jóvenes o me preocupo solamente de la realización de las experiencias de oración en la que ellos participan?
- ¿Mi oración personal es sencilla y profunda, conecta con la vida, se prolonga en ella?
- ¿Mi oración personal me lleva a construir comunidad con mis hermanos salesianos, religiosos y laicos, con los jóvenes?

87. COMUNIDAD QUE ESCUCHA LA PALABRA

“El Pueblo de Dios es congregado, en primer lugar, por la Palabra de Dios vivo.

La Palabra escuchada con fe es, para nosotros, fuente de vida espiritual, alimento para la oración, luz para conocer la voluntad de Dios en los acontecimientos y fuerza para vivir con fidelidad nuestra vocación.

Teniendo diariamente en nuestras manos la Sagrada Escritura, como María acogemos la Palabra y la meditamos en nuestro corazón a fin de hacerla fructificar y anunciarla con celo”.

- ¿Hago de la Palabra de Dios mi fuente principal de meditación?

- ¿Escucho la Palabra de Dios con la misma actitud de la Virgen María? ¿me dejo interpelar por ella?
- ¿Es la Palabra de Dios la que ilumina mi acción pastoral?
- ¿Es la Palabra de Dios el criterio fundamental en los discernimientos que hago en relación a mi vida, mi vocación, mi comunidad, mi consagración?
- ¿Me preocupo de profundizar y mantenerme al día en el conocimiento de la Palabra de Dios?
- ¿Me preparo con profundidad si tengo que anunciar la Palabra de Dios a los demás?

88. COMUNIDAD INSPIRADA POR LA EUCARISTÍA

“La escucha de la Palabra encuentra su lugar de privilegio en la celebración de la Eucaristía. Ésta es el acto central de cada día para toda comunidad salesiana, que lo celebra como una fiesta en una liturgia viva.

En ella la comunidad celebra el misterio pascual y recibe el cuerpo de Cristo inmolado para construirse en él como comunión fraterna y renovar su compromiso apostólico.

La concelebración pone de manifiesto las riquezas de este misterio: evidencia la triple unidad del sacrificio, del sacerdocio y de la comunidad, cuyos miembros están todos al servicio de la misma misión.

La presencia de la Eucaristía en nuestras casas es para nosotros, hijos de Don Bosco, motivo para visitar frecuentemente al Señor. De Él sacamos dinamismo y constancia en nuestro trabajo por los jóvenes”.

- ¿Es para mí, la eucaristía, un encuentro central con el

Señor, en mi vida diaria?

- ¿Es el alimento fundamental para mi vida fraterna y mi entrega a los hermanos en mi servicio pastoral?
- ¿Aporto con mis cualidades personales a que la celebración de la eucaristía comunitaria sea muy cuidada, una verdadera fiesta?
- Si soy sacerdote y ofrezco mi ministerio a otros hermanos ¿Me preparo adecuadamente para la celebración de la eucaristía?
- ¿Participo gustosamente en la concelebración de la comunidad?
- ¿Me dejo un tiempo durante el día para dialogar con el Señor presente en la eucaristía? ¿Cultivo la visita al SS.?

89. EL MISTERIO DE CRISTO EN EL TIEMPO

“La liturgia de las horas extiende a los distintos momentos del día la gracia del misterio eucarístico.

La comunidad, unida a Cristo y a la Iglesia, alaba y suplica al Padre, nutre su unión con Él y se mantiene atenta a la voluntad de Dios. La comunidad celebra laudes como oración de la mañana y vísperas como oración de la tarde, y lo hace con la dignidad y el fervor que recomendaba Don Bosco, permaneciendo para los clérigos la obligación contraída en su ordenación.

El domingo es el día del gozo pascual. Vivido en el trabajo apostólico, en la oración y en la alegría, da nuevo vigor a la confianza y al optimismo del Salesiano.

Durante el año litúrgico, la conmemoración de los misterios del Señor hace de nuestra vida un tiempo de salvación en la

esperanza”.

- ¿Participo con alegría en la celebración comunitaria de la Liturgia de las Horas?
- ¿Busco hacer de la Liturgia de las Horas un encuentro profundo con el Señor? ¿hago propia las expresiones de los salmos?
- Si soy sacerdote ¿celebro personalmente los diversos momentos de la Liturgia de la Horas que no son parte del ritmo de oración comunitario?
- ¿Hago del Domingo un encuentro personal con el Señor resucitado expresado en momentos de oración personal, la celebración comunitaria de la eucaristía, la presencia alegre con quienes comparto la vida?
- ¿Aporto con mis cualidades a la celebración del Año Litúrgico en mi comunidad salesiana y en mi servicio pastoral?
- ¿La celebración de los santos son un llamado a crecer siempre más en mi relación de amor con el Señor que me santifica?
- ¿Me encomiendo a la intercesión de nuestros santos patronos?

90. COMUNIDAD EN CONTÍNUA CONVERSIÓN

“La Palabra de Dios nos llama a una conversión continua.

Conscientes de nuestra fragilidad, respondemos con la vigilancia y el arrepentimiento sincero, la corrección fraterna, el perdón recíproco y la aceptación serena de la cruz de cada día.

El sacramento de la reconciliación lleva a su plenitud el esfuerzo penitencial de cada uno y de toda la comunidad.

Preparado con el examen de conciencia diario y recibido

frecuentemente, según las indicaciones de la Iglesia, nos proporciona el gozo del perdón del Padre, reconstruye la comunión fraterna y purifica las intenciones apostólicas.

- ¿Soy consciente de mi fragilidad, de mi condición de pecador?
- ¿Me siento amado por el Señor a pesar de mi pecado?
- ¿El amor del Señor y al Señor me impulsa a celebrar el Sacramento de la Reconciliación?
- ¿El amor al Señor, a quien encuentro también en los hermanos, me motiva a la corrección fraterna?
- ¿Me esfuerzo por perdonar de corazón a mis hermanos, evitando caer en el rencor?
- ¿Acepto de buen modo la corrección fraterna que me hacen?
- ¿En mi examen de conciencia diario, busco descubrir el paso de Dios en mi vida cotidiana, y mi esfuerzo por responder con prontitud a sus llamadas?
- ¿La palabra de Dios ilumina mi conciencia a la hora de pedir perdón por mis pecados?
- ¿Soy fiel a los propósitos de conversión que me hago?

91. MOMENTOS DE RENOVACIÓN

“Nuestra voluntad de conversión se renueva en el retiro mensual y en los ejercicios espirituales de cada año. Son tiempos de recuperación espiritual, que Don Bosco consideraba como la parte fundamental y la síntesis de todas las prácticas de piedad.

Para la comunidad y cada salesiano son ocasiones especiales de escuchar la Palabra de Dios, discernir su voluntad y purificar el corazón.

Estos momentos de gracia dan a nuestro espíritu unidad profunda en el Señor Jesús, y mantienen viva la espera de su venida”.

- ¿Participo con alegría en el retiro espiritual mensual y en los ejercicios espirituales anuales, como un tiempo para encontrarme con más tranquilidad con el Señor?
- ¿Me dejo el tiempo para que ninguna actividad me distraiga en los ejercicios espirituales?
- ¿Durante los ejercicios espirituales mensuales y anuales, dejo un espacio importante para la revisión de mi proyecto personal de vida?
- ¿En los ejercicios espirituales, es central la escucha de la Palabra de Dios?
- ¿Aporto con mis cualidades personales a la profundidad y celebración de los ejercicios espirituales mensuales?

92. MARÍA EN LA VIDA Y EN LA ORACIÓN DEL SALESIANO

“María, Madre de Dios, ocupa un puesto singular en la historia de la salvación.

Es modelo de oración y de caridad pastoral, maestra de sabiduría y guía de nuestra Familia.

Contemplamos e imitamos su fe, la solicitud por los necesitados, la fidelidad en la hora de la cruz y el gozo por las maravillas realizadas por el Padre.

María Inmaculada y Auxiliadora nos educa para la donación plena al Señor y nos alienta en el servicio a los hermanos.

Le profesamos una devoción filial y fuerte. Rezamos todos los días el rosario y celebramos sus fiestas, a fin de estimularnos a una imitación más convencida y personal.(R 74)

- ¿Mi devoción a la Madre del Señor se expresa en una confianza ilimitada en el amor del Señor, especialmente en los momentos de cruz?
- ¿Es el amor a la Virgen Auxiliadora un impulso en mi entrega a los hermanos, especialmente a los que más necesitan?
- ¿Alimento a la Virgen un amor de hijo? ¿la siento como modelo y auxilio?
- ¿Rezo diariamente el santo Rosario? ¿es un momento en el que profundizo el amor al Señor? ¿Contemplo sus misterios?
- ¿Me esfuerzo que la celebración de las fiestas marianas sean cuidadas y festivas?
- ¿Me preocupo de ayudar a que los jóvenes se encuentren con la Madre de Jesús y Auxiliadora de la Iglesia? ¿a que cultiven una relación de amor con Ella, que lleva al encuentro con Jesús y al servicio de los hermanos?

93. LA ORACIÓN PERSONAL

“Sólo podremos formar comunidades que rezan, si personalmente somos hombres de oración.

Cada uno de nosotros necesita expresar en lo íntimo su modo personal de ser hijo de Dios, demostrarle su gratitud y confiarle sus deseos y preocupaciones apostólicas.

Una forma indispensable de oración es, para nosotros, la oración mental. Ésta refuerza nuestra intimidad con Dios, salva de la rutina, conserva libre el corazón y sostiene la entrega al prójimo. Para Don Bosco es garantía de gozosa perseverancia en la vocación”.

- ¿Es el encuentro íntimo con el Señor mi mayor

preocupación?

- ¿El diálogo con el Señor es para mí una necesidad, como un hijo necesita dialogar con su Padre?
- ¿Agradezco al Señor por las maravillas que obra en mí y a través de mí?
- ¿Confío en el Señor mi trabajo pastoral? ¿A ejemplo de Jesús dialogo con el Padre los proyectos pastorales que me corresponde animar?
- ¿Cultivo la meditación? ¿La centro en la Palabra de Dios?
- ¿Aparte de los momentos comunitarios, encuentro espacios para dialogar con el Señor en la intimidad?

94. El Recuerdo de los Hermanos Difuntos

“La fe en Cristo resucitado sostiene nuestra esperanza y mantiene viva la comunión con los hermanos que descansan en la paz de Cristo. Ellos consumieron su vida en la Congregación, y no pocos sufrieron incluso el martirio por amor del Señor.

Unidos en un intercambio de bienes espirituales, ofrecemos por ellos, con gratitud, los sufragios prescritos.

Su recuerdo nos estimula a proseguir con fidelidad nuestra misión”.

- ¿Me preocupo que en mi comunidad sea permanente, en la oración, el recuerdo de los hermanos difuntos?
- ¿Rezo personalmente por los hermanos que ya han partido a la Casa del Padre?
- ¿Recuerdo a mis hermanos difuntos en sus virtudes, como ejemplo de vida salesiana para mí?

95. LA VIDA COMO ORACIÓN

“Sumergido en el mundo y en las preocupaciones de la vida pastoral, el Salesiano aprende a encontrar a Dios en aquellos a quienes es enviado.

Al descubrir los frutos del Espíritu, en la vida de los hombres, especialmente de los jóvenes, da gracias por todo; al compartir sus problemas y sufrimientos, invoca para ellos la luz y la fuerza de su presencia.

Se nutre de la caridad del Buen Pastor, cuyo testigo quiere ser, y participa en las riquezas espirituales que le ofrece su comunidad.

La necesidad de Dios, sentida en el trabajo apostólico, lo lleva a celebrar la liturgia de la vida y logra “aquella laboriosidad incansable, santificada por la oración y la unión con Dios, que debe ser la característica de los hijos de san Juan Bosco”.

- ¿Descubro la presencia del Señor en los hermanos a quienes sirvo?
- ¿Percibo la acción del Señor en los hermanos a quienes sirvo? ¿Alabo al Señor por las maravillas que obra en ellos?
- ¿Descubro el llamado del Señor en sus necesidades?
- ¿Procuró servir a mis hermanos como al mismo Señor?
- ¿Procuró vivir toda la jornada en la presencia del Señor?
¿Trabajo por Él?
- ¿Siento, como Jesús, la pasión por el Reino?
- ¿Mis compromisos pastorales me impulsan a buscar el diálogo íntimo con el Señor?
- ¿Si mi salud me impide el servicio pastoral, ofrezco mis

padecimientos por mis hermanos que se encuentran en el trabajo apostólico? ¿Oro por ellos?

118. NECESIDAD DE LA FORMACIÓN PERMANENTE

“En un contexto pluralista y de transformaciones rápidas, el carácter evolutivo de la persona y la calidad y fecundidad de nuestra vida religioso-apostólica requiere que, después de las etapas iniciales, continuemos nuestra formación. Procuramos crecer en la madurez humana, configurarnos más profundamente a Cristo y renovar la fidelidad a Don Bosco, para responder a las exigencias, siempre nuevas, de la condición juvenil y popular.

Mediante iniciativas personales y comunitarias, cultivamos la vida, espiritual salesiana, la puesta al día en teología y pastoral, la competencia profesional y la creatividad apostólica”.

- ¿Aprovecho los momentos que la Congregación me ofrece, para creer en mi vida espiritual?
- ¿Procuro mantenerme al día en todo aquello que me ayuda a una experiencia de oración siempre más profunda?
- ¿Soy fiel a la Lectura Espiritual?

119. FORMACIÓN PERMANENTE COMO ACTITUD PERSONAL

“Al vivir en medio de los jóvenes y en relación constante con los ambientes populares, el salesiano se esfuerza por discernir en los acontecimientos la voz del Espíritu, adquiriendo así la capacidad de aprender de la vida. Atribuye eficacia formativa a sus actividades ordinarias y aprovecha también los medios de formación que se le brinden.

Durante el tiempo de actividad plena, encuentra ocasiones para renovar el sentido religioso-pastoral de su vida y capacitarse

para hacer su trabajo con más competencia.

Se siente, además, llamado a vivir con preocupación formativa cualquier situación, pues la considera tiempo favorable para crecer en su vocación”.

- ¿En mi oración personal, procuro discernir, a la luz de la Palabra de Dios, lo que el Señor me pide en las exigencias cotidianas?
- ¿Cultivo la capacidad de dialogar con el Señor a partir de la vida misma?
- ¿Tengo un acompañamiento espiritual?
- ¿Me cultivo en el acompañamiento espiritual con la oración y la puesta al día en los aportes de las ciencias?

2. SCRUTINIUM COMUNITARIO

A partir de la lectura de nuestras Constituciones y Reglamentos

85. EL DON DE LA ORACIÓN

“La comunidad manifiesta, de forma visible, el misterio de la Iglesia, que no nace de voluntad humana, sino que es fruto de la Pascua del Señor. Del mismo modo, Dios congrega nuestra comunidad y la mantiene unida con su invitación, su Palabra y su amor.

Cuando ora, la comunidad salesiana responde a esa invitación, reaviva la conciencia de su relación íntima y vital con Dios y de su misión de salvación, y hace propia la invocación de Don Bosco: Da mihi ánimas, cétera tolle”.

- ¿Nuestra oración comunitaria nos ayuda a crecer en nuestra fraternidad, en nuestra entrega apostólica, en nuestra

vocación?

- ¿De qué modo procuramos que la Palabra de Dios sea el alimento fundamental de nuestra vida de salesianos consagrados?
- ¿Hemos dejado un tiempo para la Lectio Divina comunitaria?
- ¿Tenemos experiencia de oración junto a los jóvenes y laicos con quienes compartimos la vida?
- Las decisiones importantes que tenemos que tomar como comunidad ¿son precedidas por un discernimiento a la luz de la Palabra de Dios, en un clima de oración?
- ¿Qué podemos hacer para dar más calidad a nuestros momentos de oración comunitaria?

R.69. “Al comenzar el año, prográmense en cada comunidad los ritmos de oración, teniendo en cuenta los compromisos apostólicos y las exigencias de la vida fraterna”.

- ¿Hemos programado los ritmos de oración comunitaria?
- ¿A programarlos, hemos tenido en cuenta los compromisos pastorales?
- ¿Hemos tenido presente la realidad de edad y salud de los hermanos?
- ¿Hemos procurado cuidar que los hermanos en forma personal, y la comunidad tenga los momentos de encuentro con el Señor?

88. COMUNIDAD UNIFICADA POR LA EUCARISTÍA

La escucha de la Palabra encuentra su lugar de privilegio en la celebración de la Eucaristía. Ésta es el acto central de cada día

para toda comunidad salesiana, que lo celebra como una fiesta en una liturgia viva.

En ella la comunidad celebra el misterio pascual y recibe el cuerpo de Cristo inmolado para construirse en él como comunión fraterna y renovar su compromiso apostólico.

La concelebración pone de manifiesto las riquezas de este misterio: evidencia la triple unidad del sacrificio, del sacerdocio y de la comunidad, cuyos miembros están todos al servicio de la misma misión.

La presencia de la Eucaristía en nuestras casas es para nosotros, hijos de Don Bosco, motivo para visitar frecuentemente al Señor. De Él sacamos dinamismo y constancia en nuestro trabajo por los jóvenes”.

¿Cuidamos la celebración de la Eucaristía como comunidad, al menos en la tarde comunitaria?

- En la celebración de Eucaristía con toda la comunidad, ¿damos espacio para compartir la Palabra del Señor, para poner en común nuestras necesidades y las que brotan del servicio apostólico?
- ¿Nos esforzamos con aportar cada uno a que sea una fiesta, preparada con esmero (motivación, signos, cantos)?
- ¿Cuidamos que nuestra Capilla sea un lugar que ayude a la oración personal y comunitaria? ¿la mantenemos limpia y con el decoro que corresponde? ¿tenemos los ornamentos, libros litúrgicos necesarios para la celebración litúrgica?

R.70. “Los socios celebrarán cada día, a ser posible en común, laudes y vísperas. En su lugar se podrán rezar, según convenga, otras oraciones. Todos los hermanos serán fieles a la celebración

diaria de la Eucaristía”.

- ¿Somos fieles al Oficio Divino según lo que hemos programado?
- ¿Cuidamos que todos los hermanos dispongan de los textos litúrgicos necesarios?
- ¿Oramos el Oficio Divino con tranquilidad?
- ¿Incide la celebración de la Eucaristía en nuestra vida fraterna y apostólica?
- ¿Nuestra vida fraterna y apostólica está presente en la celebración de la Eucaristía?
- ¿Todos los hermanos tienen la posibilidad de participar diariamente en la Eucaristía?
- ¿Celebramos como comunidad la Adoración al Santísimo Sacramento?

R.71. “Los socios harán todos los días en común media hora por lo menos de meditación y algún tiempo de lectura espiritual. Corresponde a la comunidad local favorecer la variedad de formas y animar a los hermanos en su deber”.

- ¿Somos fieles a la meditación?
- ¿Cuidamos la Lectura Espiritual?
- ¿Hemos procurado disponer de los textos que nos ayuden a crecer en nuestra vida espiritual, tanto para la Meditación como la Lectura Espiritual?
- ¿No hemos distribuido responsabilidades para una buena realización de la Meditación y Lectura Espiritual?¿hemos sido fieles en su cumplimiento?

R.72. “La comunidad destinará tres horas por lo menos al retiro mensual, y un día entero, convenientemente preparado, al retiro trimestral. Los socios harán anualmente seis días de ejercicios espirituales, según las modalidades establecidas por el capítulo inspectorial; los concluirán renovando los compromisos de la profesión religiosa”.

- ¿Nos damos el tiempo necesario para realizar nuestros retiro mensual y trimestral?
- ¿Cuidamos la realización de los retiros mensuales y trimestrales con subsidios adecuados, esmerada preparación de la liturgia, momentos de silencio, momentos de reflexión comunitaria?
- ¿Hemos sido fieles a la programación de los retiros mensuales y trimestrales?
- ¿Cuidamos que cada hermanos pueda participar con tranquilidad en los Ejercicios Espirituales anuales? ¿Le reemplazamos en sus compromisos pastorales?
- ¿Facilitamos en nuestros retiros la celebración del Sacramento de la Reconciliación?
- ¿Realizamos celebraciones penitenciales comunitarias?

R.73. “Según la tradición salesiana y las enseñanzas de la Iglesia, el viernes será, para los socios, día de penitencia comunitaria. Durante la cuaresma, establezca la comunidad alguna práctica comunitaria de mortificación que le ayude a prepararse a la Pascua y le disponga a compartir más intensamente con los pobres”.

- ¿Hemos acordado una penitencia comunitaria para el día viernes?

- ¿Hemos asumido comunitariamente una penitencia para la Cuaresma?
- ¿Hemos tenido como criterio fundamental el Mandamiento del amor?
- ¿Hemos sido fieles en el compromiso penitencial asumido?

R.74. “Además del rosario, con el que María enseña a sus hijos el modo de unirse a los misterios de Cristo, algunos otros signos de unidad en nuestra devoción mariana son: la conmemoración mensual, la oración diaria que concluye la meditación y el empleo frecuente de la bendición de María Auxiliadora. Las modalidades de tales prácticas las establecerá el directorio inspectorial.

Los hermanos, individual y comunitariamente, sientan el deber de difundir con celo la devoción a María Auxiliadora y de fomentar, donde sea posible, la asociación de los devotos de María Auxiliadora”.

- ¿Rezamos el Santo Rosario como comunidad, al menos semanalmente?
- ¿Tenemos presente la celebración del 24 de cada mes?
- ¿Cuidamos las celebraciones marianas en nuestra comunidad y servicio pastoral?
- ¿Qué acciones de difusión de la devoción a María Auxiliadora estamos llevando adelante?
- ¿Cuidamos el acompañamiento de ADMA?
- ¿Rezamos diariamente la Oración de Consagración a María Auxiliadora?
- ¿Mantenemos la tradición de la bendición del Señor por intercesión de la Virgen Auxiliadora? ¿cuidamos su difusión?

R.75. “El último día de cada mes hágase conmemoración de nuestro Padre Don Bosco. Celébrense como aniversarios de familia las fiestas de nuestros santos y beatos. Cultívese la devoción a nuestros siervos de Dios”.

- ¿Somos fieles a la conmemoración de Don Bosco el último día del mes?
- ¿Oramos en ese día especialmente por nuestra vocación y el aumento de vocaciones para nuestra Congregación, Familia Salesiana, Iglesia?
- ¿Cuidamos la celebración de nuestros Santos?

R.76. “Los Salesianos demostrarán su amor y gratitud a los hermanos, parientes y bienhechores llamados por Dios a la eternidad, con sufragios personales y comunitarios.

En particular:

1. Cuando muere un hermano o novicio, en la comunidad a la que pertenecía se celebrarán treinta misas, y una en cada casa de la inspectoría;
2. Cuando muere un Rector Mayor en el cargo o emérito, además de las treinta misas, se celebrará una en cada casa de la Congregación;
3. Cuando mueren los padres de un hermano, se celebrarán diez misas en la casa a la que pertenece el hermano.
4. Cada año:



- por los hermanos difuntos, todos los sacerdotes celebrarán la misa el día siguiente a la solemnidad litúrgica de san Juan Bosco; además, el inspector hará celebrar una misa en cada tanda de ejercicios espirituales;
- por los padres difuntos de los hermanos, se celebrará una misa en cada casa el 25 de noviembre, aniversario de la muerte de mamá Margarita;
- por los difuntos bienhechores o miembros de la familia salesiana, se celebrará una misa en cada comunidad el 13 de noviembre”.
- ¿Cuidamos la oración por nuestros difuntos según establecen nuestras Constituciones y Reglamentos?
- ¿Recordamos a nuestros difuntos en la oración diaria?

1. COMO DON BOSCO, VIVAMOS

EN UNIÓN CON DIOS

1. MOTIVACIÓN

Todos hemos escuchado alguna vez que en el proceso de beatificación de Don Bosco se le cuestionó su vida de oración. Con su gran actividad, no era posible que rezara y sin embargo los testigos lo definen como un hombre de oración, como la unión con Dios ¿Cuándo no rezaba Don Bosco? Su oración era sencilla, sin grandes gestos exteriores, pero presente en todo momento. Pidámosle al Señor, por intercesión de nuestro Padre y Maestro, que haga también de nosotros, hombre en permanente comunión con Él, para que podamos ser signos de su amor para

los jóvenes y todos los que se encuentren con nosotros.

canto: SALVE DON BOSCO SANTO

2. SALUDO

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos ha regalado en Don Bosco
un modelo de la vida hecha oración,
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. SALMOS

SALMO 15. LA ORACIÓN: ESCOGER A DIOS COMO ÚNICO DIOS

La oración nos lleva a elegir a Dios como nuestro único Dios,
nuestro único bien. Por esta elección, el corazón humano se
satisface plenamente y experimenta la gloria.

Antífona: *El Señor es mi pastor*

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: «Tú eres mi bien.»
Los dioses y señores de la tierra
no me satisfacen.

Multiplican las estatuas
de dioses extraños;
no derramaré sus libaciones con mis manos,
ni tomaré sus nombres en mis labios.

El Señor es mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano:
me ha tocado un lote hermoso,
me encanta mi heredad.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena.
Porque no me entregarás a la muerte,
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: El Señor es mi pastor

SALMO 14. ORACIÓN Y ACCIÓN

La oración y la contemplación son inseparables, dos movimientos de un corazón que goza permanentemente de la presencia del Señor: Entra en la casa de Dios que Él hará su voluntad.

Antífona: El alma del justo cantará por siempre

A. Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?

S. El que procede honradamente
y practica la justicia,
el que tiene intenciones leales
y no calumnia con su lengua,

A. Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?

S. El que no hace mal a su prójimo
ni difama al vecino,
el que considera despreciable al impío
y honra a los que temen al Señor,

A. Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?

S. El que no retracta lo que juró
aún en daño propio,
el que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.
El que así obra nunca fallará.

A. Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: El alma del justo cantará por siempre

SALMO 61. ORAR Y DESEAR

La oración es búsqueda continua, día y noche, en las acciones de cada momento, del amor del Señor. La oración se vuelve victoria, cuando experimentamos ese amor, y lo proclamamos con nuestra vida, a los demás.

Antífona: Mi alma tiene sed del Dios viviente

¡Oh Dios!, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua.

¡Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.

Toda mi vida te bendeciré

y alzaré las manos invocándote.
 Me saciaré de manjares exquisitos,
 y mis labios te alabarán jubilosos.

En el lecho me acuerdo de ti
 y velando medito en ti,
 porque fuiste mi auxilio,
 y a la sombra de tus alas canto con júbilo;
 mi alma está unida a ti,
 y tu diestra me sostiene.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Mi alma tiene sed del Dios viviente

4. PALABRA DE DIOS

DE LA PRIMERA CARTA A LOS CRISTIANOS DE TESALÓNICA (5, 16-26)

Estén siempre alegres. Oren sin cesar. Den gracias a Dios en toda ocasión: esto es lo que Dios quiere de todos ustedes, en Cristo Jesús. No extingan la acción del Espíritu; no desprecien las profecías; examínenlo todo y quédense con lo bueno. Cuídense del mal en todas sus formas.

Que el Dios de la paz los santifique plenamente, para que ustedes se conserven irreprochables en todo su ser –espíritu, alma y cuerpo– hasta la Venida de nuestro Señor Jesucristo. El que los

llama es fiel, y así lo hará.

Hermanos, rueguen también por nosotros. Saluden a todos los hermanos con un beso santo.

5. HOMILÍA

6. SCRUTINIUM

7. PRECES

- P. Don Bosco es para nosotros un modelo de hombre de oración. Oremos juntos al Señor, para que nos regale un corazón disponible a seguir el ejemplo de nuestro Padre.
- L. Su vida era Jesucristo. Sus secretarios le vieron empezar siempre el trabajo con una intensa elevación de la mente a Dios. Mientras pudo y se lo permitieron las fuerzas, rezaba juntamente con los muchachos las oraciones de la noche, de rodillas sobre el duro pavimento de los pórticos, con el cuerpo recto, y si veía que algún muchacho no hacía bien la señal de la cruz no dejaba de advertírselo. Hasta las cortas plegarias, que se solían hacer antes y después de comer, las recitaba con gran compostura. Muchas veces, escribe don Miguel Rúa, le sorprendí recogido en oración en los cortos instantes en que se encontraba solo, necesitado de un poco de descanso. El mismo dijo un día a cierto hermano, con el que tenía mucha confianza: A veces no puedo atender normalmente a la lectura espiritual, y entonces, antes de acostarme, de rodillas en el suelo, releo o al menos recuerdo despaciosamente algunos versículos de la Imitación de Cristo. En fin, con el espíritu y el corazón fijos en Jesús Sacramentado, vivía en continua plegaria. (MBe IV, 354).

Momento de reflexión en silencio

- A. Padre, tu Espíritu a guiado a Don Bosco
a vivir en unión contigo en una continua oración,
y le has dado la capacidad de leer
los acontecimientos de la vida con un espíritu nuevo.
Danos también a nosotros tu Espíritu,
para que vivamos constantemente en tu presencia
y testimoniemos a los jóvenes la alegría de tu cercanía.
- L. Hubo personas piadosas, y hasta religiosas, a quienes
no parecían oportunas tantas funciones religiosas y
objetaban tener razón para temer que los chiquillos
llegaran a aburrirse de ellas. Pero don Bosco respondía
siempre lo mismo: Di el nombre de Oratorio a esta casa
para indicar muy claramente que nos apoyamos sobre
el poder de la oración, y se reza el santo rosario porque,
desde el primer momento, me coloqué, a mí mismo y
a mis muchachos, bajo la protección de la Santísima
Virgen. Por otra parte, había sabido poner tal variedad
en estas prácticas, que la turba de muchachos no daba
muestra de aburrimiento. (MBe III, 94).

Momento de reflexión en silencio

- A. Señor,
ayúdanos a comprender de verdad
la enseñanza de Don Bosco,
y hacer de nuestras casas
un lugar de alegría y oración,
y confiar plenamente en tu poder
y en la protección de la Virgen.

- L. El apoyaba su educación cristiana en la oración, que practicó siempre con gran fervor, convirtiéndose en modelo constante y ejemplar de las almas. Sus apremiantes ocupaciones no le permitían entregarse a ella muchas horas al día; pero puede decirse que la que hacía era perfecta. Su compostura recogida y devota transparentaba su fe. No dejaba nunca de celebrar la santa misa, ni siquiera cuando estaba enfermo. Rezaba regularmente el breviario. Oraba varias veces al día por sí mismo, por las almas que le habían sido confiadas y particularmente por sus penitentes. Los que entraban en su habitación le encontraban muchas veces rezando con el rosario en la mano. Cuando rezaba en alta voz, pronunciaba las palabras con una especie de vibración amorosa, que daba a entender cómo salían de un corazón inflamado de amor y de una alma que poseía el gran don de sabiduría. (MBe III, 18).

Momento de reflexión en silencio

- A. Reconocemos Padre,
que es necesario dar tiempo a la oración
aún en medio de tantas preocupaciones.
Haznos fieles en tu búsqueda;
y que tu Espíritu nos ayude a descubrir
tu presencia en cada tarea que realizamos
y en cada lugar donde nos encontremos.
- L. Insistía también mucho en que, mientras los muchachos estaban reunidos para las oraciones en común, nadie estuviese de recreo o conversando o paseando por el

patio o por el pórtico. Quería que todos los clérigos y sacerdotes fueran a rezar las oraciones con los muchachos o se retirase a la iglesia o a su habitación, y el obrar de otro modo lo consideraba como un escándalo que se debía evitar a toda costa. (MBe VI, 139).

Momento de reflexión en silencio

- A. Padre
nos llamas a ser apóstoles siempre,
también cuando rezamos.
Ayúdanos a tener un auténtico espíritu de oración,
para que los jóvenes experimente la alegría y la paz
frutos del diálogo contigo.
- L. Oraba varias veces al día por sí mismo, por las almas
que le habían sido confiadas y particularmente por sus
penitentes. (MBe III, 18).

Momento de reflexión en silencio

- A. Señor,
abre nuestros ojos
para que sepamos ver la realidad de los jóvenes;
danos un corazón grande como el de Don Bosco,
porque solamente entonces
tendremos presentes a quienes somos enviados
en nuestra oración
y en nuestro trabajo.
- A. Padre
nos llamas a ser apóstoles siempre,
también cuando rezamos.
Ayúdanos a tener un auténtico espíritu de oración,

para que los jóvenes experimente la alegría y la paz frutos del diálogo contigo.

- L. Exigía perfecto silencio después de las oraciones de la noche hasta la mañana siguiente después de la santa misa. Tenía este silencio por muy necesario para que los ánimos, no distraídos, pudieran alcanzar todo el fruto de la oración (MBe VI, 139). Don Ascanio Savio estaba persuadido de que don Bosco se pasaba en vela muchas horas de la noche y, a veces la noche entera, entregado a la oración. (MBe III, 452).

Momento de reflexión en silencio

- A. Señor Jesús,
 Tú que enseñaste a Don Bosco
 a encontrarte en la oración solitaria,
 para recibir tu luz y fuerza
 en su misión de apóstol de los jóvenes,
 ayúdanos a buscarte y encontrarte
 en la oración silenciosa e íntima
 para que, en la comunión contigo
 encontremos la alegría de ser salesianos
 que entregan su vida por los jóvenes.

8. MAGNIFICAT

- P. Con las palabras de la Virgen, nuestra Maestra en la oración, alabemos al Señor por la vocación que nos ha regalado, y por llamarnos a vivir en su amor.

A. Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre .

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.

9. PADRE NUESTRO

P. Don Ascanio Savio afirma que Don Bosco “cuando

decía las oraciones en común, pronunciaba con un gusto especial las palabras Padre nuestro, que estás en los cielos; y su voz, destacándose por encima de las de los muchachos, adquiriría en aquel momento un sonido armonioso e indefinible, que enternecía a los que le oían”. (MBe III, 452).

Buscando imitar a Don Bosco, digamos desde lo más profundo de nuestro corazón: Padre nuestro..

- P. Padre,
 visita esta comunidad reunida
 en el deseo sincero de aprender a orar
 como Jesús y como Don Bosco.
 Haz que encuentre lo que busca
 para vivir la pasión por tu Reino.
 Por Jesucristo nuestro Señor.

10. BENDICIÓN

- P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor
- A. que hizo el cielo y la tierra.
 Dios te salve María...
- P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;
 no desoigas las oraciones
 que te dirigimos en nuestras necesidades;
 antes bien, líbranos siempre de todo peligro,
 Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.

A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,
la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;
al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo, y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

2. SEÑOR, ENSEÑANOS A ORAR

1. MOTIVACIÓN

Los discípulos veían a Jesús que se comunicaba con su Padre, y quisieron también ellos tener esa experiencia de intimidad. Ese es también nuestro deseo, poder decirle al Padre Abba, y amarle con todo el corazón, encontrando en el diálogo con Él toda la seguridad que un hijo puede experimentar en los brazos de su Padre. Sentir, la necesidad de comunicar a los jóvenes esta experiencia y ser,

de este modo, para ellos, signos y portadores del amor del Señor, como lo fue Don Bosco.

canto:

2. SALUDO

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos invita a vivir en su intimidad,
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. SALMOS

SALMO 26. UNA EXPERIENCIA QUE DA SEGURIDAD Y PAZ

Oren y busquen el rostro del Señor, entren en su tienda. Quien se aventura a hacerlo, encuentra la luz, la bondad y la salvación. Una experiencia que se transforma en deseo, coraje, seguridad, compromiso.

Antífona: Dios es mi luz y mi salvación. Cantemos al Señor

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar?

Cuando me asaltan los malvados
para devorar mi carne,
ellos, enemigos y adversarios,
tropiezan y caen.

Si un ejército acampa contra mí,
mi corazón no tiembla;
si me declaran la guerra,
me siento tranquilo.

Una cosa pido al Señor,
eso buscaré:
habitar en la casa del Señor
por los días de mi vida;
gozar de la dulzura del Señor
contemplando su templo.
Él me protegerá en su tienda
el día del peligro;
me esconderá en lo escondido de su morada,
me alzaré sobre la roca;

y así levantaré la cabeza
sobre el enemigo que me cerca;
en su tienda sacrificaré
sacrificios de aclamación:
cantaré y tocaré para el Señor.

Escúchame, Señor, que te llamo;

ten piedad, respóndeme.

Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro.»

Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro.

No rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio;
no me deseches, no me abandones,
Dios de mi salvación.

Si mi padre y mi madre me abandonan,
el Señor me recogerá.

Señor, enséñame tu camino,
guíame por la senda llana,
porque tengo enemigos.

No me entregues a la saña de mi adversario,
porque se levantan contra mí testigos falsos,
que respiran violencia.
Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.

Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Dios es mi luz y mi salvación. Cantemos al Señor

SALMO 41. UNA EXPERIENCIA QUE DA SENTIDO A LA VIDA

La experiencia de la oración es capaz de alumbrar toda nuestra vida, aún en los momentos de mayor tiniebla. Como el piadoso israelita el cristiano revive aquellos momentos de intimidad y ve renacer su confianza y coraje.

Antífona: Eres mi luz, eres mi vida, Señor.

- S.1 Como busca la cierva
 corrientes de agua,
 así mi alma te busca
 a ti, Dios mío;
- S. 2 tiene sed de Dios,
 del Dios vivo:
 ¿cuándo entraré a ver
 el rostro de Dios?
- S.1 Las lágrimas son mi pan
 noche y día,
 mientras todo el día me repiten:
 «¿Dónde está tu Dios?»
- S.2 Recuerdo otros tiempos,
 y mi alma desfallece de tristeza:
 cómo marchaba a la cabeza del grupo,
 hacia la casa de Dios,
 entre cantos de júbilo y alabanza,
 en el bullicio de la fiesta.

- A. ¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué te me turbas?
Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
«Salud de mi rostro, Dios mío.»
- S.1 Cuando mi alma se acongoja,
te recuerdo,
desde el Jordán y el Hermón
y el Monte Menor.
- S.2 Una sima grita a otra sima
con voz de cascadas:
tus torrentes y tus olas
me han arrollado.
- S.1 De día el Señor
me hará misericordia,
de noche cantaré la alabanza
del Dios de mi vida.
- S.2 Diré a Dios: Roca mía,
¿por qué me olvidas?
¿Por qué voy andando sombrío,
hostigado por mi enemigo?
- S.1 Se me rompen los huesos
por las burlas del adversario;
todo el día me preguntan:
«¿Dónde está tu Dios?»
- A. ¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué te me turbas?
Espera en Dios, que volverás a alabarlo:

«Salud de mi rostro, Dios mío».
 Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: *Eres mi luz, eres mi vida, Señor.*

4. PALABRA DE DIOS

DE LA CARTA DE SAN PABLO A LOS FILIPENSES (4, 4-9)

Alégrense siempre en el Señor. Vuelvo a insistir, alégrense. Que la bondad de ustedes sea conocida por todos los hombres. El Señor está cerca. No se angustien por nada, y en cualquier circunstancia, recurran a la oración y a la súplica, acompañadas de acción de gracias, para presentar sus peticiones a Dios. Entonces la paz de Dios, que supera todo lo que podemos pensar, tomará bajo su cuidado los corazones y los pensamientos de ustedes en Cristo Jesús.

En fin, mis hermanos, todo lo que es verdadero y noble, todo lo que es justo y puro, todo lo que es amable y digno de honra, todo lo que haya de virtuoso y merecedor de alabanza, debe ser el objeto de sus pensamientos. Pongan en práctica lo que han aprendido y recibido, lo que han oído y visto en mí, y el Dios de la paz estará con ustedes.

5. HOMILÍA

6. SCRUTINIUM

7. PRECES

P. La oración cristiana es un don de Dios, pero también

es fruto de enseñanza. Así como la ha dado a Don Bosco, así también el Padre nos regala el don de su intimidad, para que en esta experiencia encontremos la motivación, contenido y fuerza para nuestro trabajo apostólico. Digamos juntos: Señor, enséñanos a orar.

L. Padre, tú has confiado a Don Bosco la misión de ser ministro de Jesucristo entre los jóvenes, y él con celo infatigable les anunció tu Palabra, obrando siempre como sacerdote, para hacer de sus jóvenes una ofrenda agradable y santificada por tu Espíritu.

A. Señor, enséñanos a orar.

L. Has dado a Don Bosco la pureza y simplicidad del corazón; su oración ha sido la de un hijo que goza de la comunicación con su Padre. Es por eso que pudo ser maestro de oración para sus salesianos y jóvenes. Una oración sencilla, espontánea, llena de confianza y alegría.

A. Señor, enséñanos a orar.

L. Has hecho crecer a Don Bosco en una fe concreta y existencial, que lo llevó a descubrirte presente en las realidades de cada día, y lo empujó a un trabajo constante por liberar a todos los jóvenes aprisionados por el pecado.

A. Señor, enséñanos a orar.

L. Por medio de Don Bosco, tú nos enseñas que la oración nos hace alegres, contentos de nuestra vocación, en armonía con todos, fuertes para rechazar las tentación.

INDICE

PRIMERA PARTE: NOTAS PARA LA REFLEXION	3	7
1. PALABRA DE DIOS		8
2. PADRES DE LA IGLESIA		12
3. MAGISTERIO DE LA IGLESIA		18
Sacrosanctum Concilium		18
Evangelica Testificatio (Pablo VI 1971)		19
Perfectae Caritatis		23
Mutuae relationes		24
Dimensión contemplativa de la vida religiosa		25
Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa		27
Vita Consecrata (Juan Pablo II)		32
La vida fraterna en comunidad		37
Caminar desde Cristo		43
Ecclesia in America (Juan Pablo II)		44
Encíclica Deus Caritas Est (Benedicto XVI)		45
Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (Francisco)		45

4. MAGISTERIO SALESIANO	46
Don Bosco	46
Capítulos Generales	52
Capítulo General 21	52
Capítulo General 25	56
Capítulo General 26	57
Capítulo General 27	59
Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum	61
Rectores Mayores	73
Don Juan Vecchi	73
Don Pascual Chávez	103
Ángel Fernández	124
 SEGUNDA PARTE: REVISION DE VIDA	 128
1. SCRUTINIUM PERSONAL	129
2. SCRUTINIUM COMUNITARIO	144
 TERCERA PARTE: CELEBRACIONES LITURGICAS	 151
1. COMO DON BOSCO, VIVAMOS EN UNIÓN CON DIOS	152
2. SEÑOR, ENSEÑANOS A ORAR	166



SDB
SALESIANOS
DON BOSCO-CHILE